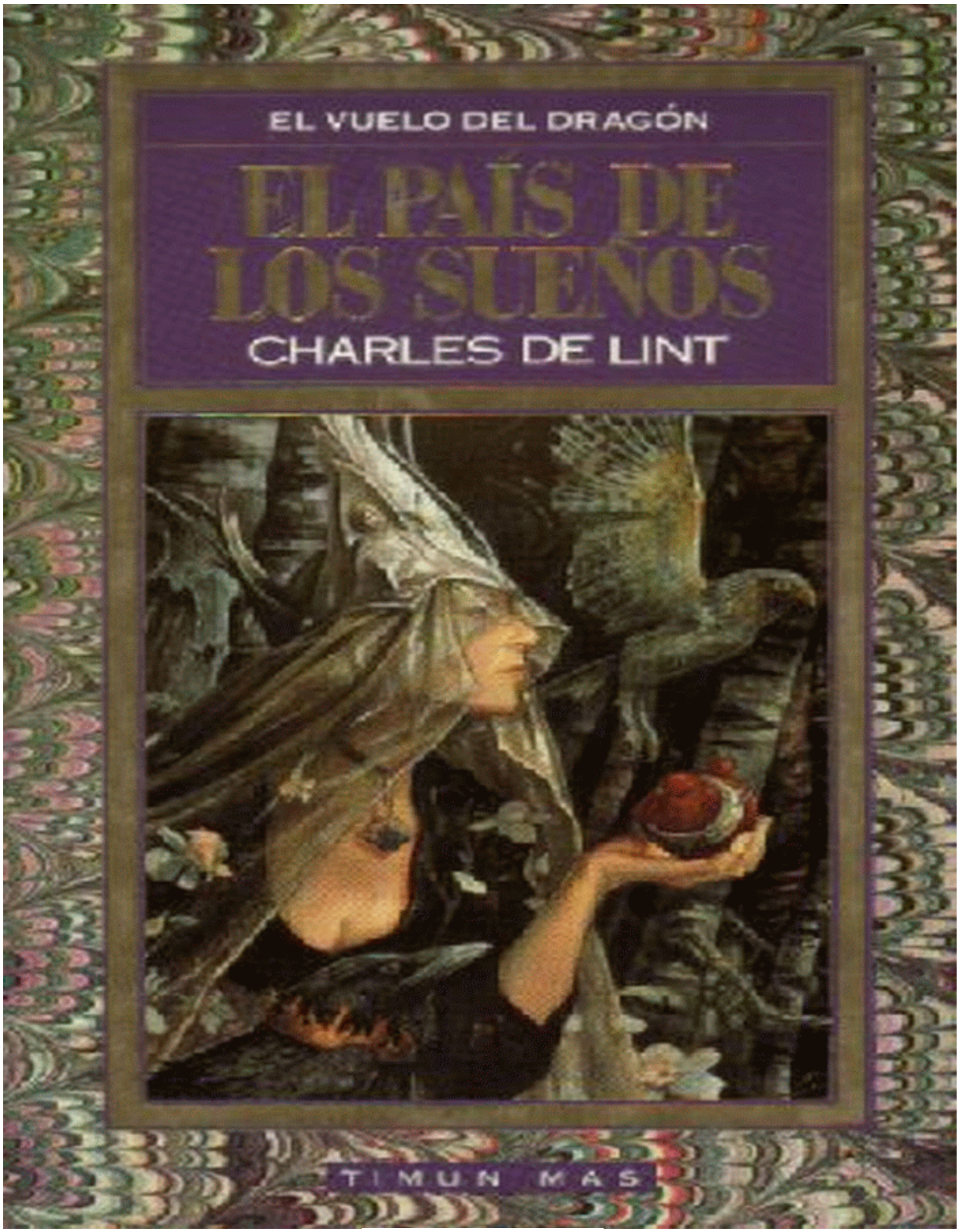
EL PAÍS DE LOS SUEÑOS
CHARLES DE LINT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Kirsty y Katie

«Acompañada de espíritus
atravieso muros de niebla
y visito mí tótem
en el lugar de los sueños.»

Jane Maverick
de Dream Time (Tiempo de Sueños)

Nina

Hoy no te he visto en la escuela, Nina -dijo Judy-. ¿Te encuentras mal?

-No. Simplemente, no he podido ir.

-Pues podrías avisarme cuando vayas a faltar. Te he buscado por todas partes. A la hora de comer, el Tanque y su grupo han terminado sentados en mi mesa. ¡Por poco me muero!

-¿Por qué no te has levantado y te has cambiado de sitio?

-¿Por qué iba a hacerlo? Yo estaba allí primero. Además, pensaba que tú o Laurie apareceríais para rescatarme, pero ella tampoco ha venido a clase esta mañana. Por cierto, ¿cómo es que has decidido hacer novillos?

-Anoche tuve otro de esos sueños y no he tenido ánimos para ir.

-¿Qué has sido esta vez? -preguntó Judy con una risilla-. ¿Un elefante?

-No tiene gracia.

-Lo sé. Lo siento. ¿Que eras esta vez?

-Un conejo. Uno de esos gazapos minúsculos que se ven a veces por el campus de la Universidad Butler.

Si miraba entre sus zapatillas deportivas, que tenía apoyadas en alto sobre el alféizar de la ventana del dormitorio, Nina Garaballo podía distinguir el ornado campanario de Meggernie Hall, que se alzaba en la colina de la universidad, dominando el campus y el parque donde la noche anterior había soñado que...

El cuerpo le resultaba raro. Desproporcionado. Lo veía todo desde una perspectiva demasiado baja, como si estuviera tendida en la hierba, pero tenía la certeza de estar sentada con el cuerpo erguido. Su visión periférica era tan amplia que casi podía ver lo que sucedía a su espalda. Su nariz no cesaba de vibrar y era capaz de captar todos los olores presentes en la noche. La hierba recién cortada. La fragancia dulzona de las lilas cercanas. El aroma fascinante que desprendía un envoltorio de caramelo arrojado al suelo.

Inició un movimiento para investigar el papel y tropezó, hecha un lío de patas. Las extremidades posteriores eran demasiado largas y torpes, mientras que las delanteras resultaban demasiado cortas. De su garganta surgió un sonido demasiado parecido, para su gusto, al chillido de un cerdo. Allí tendida, tumbada desgarbadamente sobre la hierba, tuvo ganas de gritar.

Porque advirtió lo que había sucedido.

Estaba sufriendo otro de aquellos sueños horribles. Torpemente, se incorporó y miró a su alrededor. Y se descubrió empezando a acicalarse, para lo cual lamía la suave piel del hombro con su pequeña lengua rosada.

Se detuvo de inmediato, asqueada por lo que estaba haciendo.

«! Quiero despertar!», exclamó.

Las palabras surgieron de su garganta en forma de un nuevo chillido.

Seguido del silencio.

Pero de un silencio no absoluto. Sus largas orejas se irguieron al captar el rumor dc unas pisadas sobre la hierba. Volvió la cabeza y descubrió una silueta enorme, en sombras, que se acercaba a ella con cautela desde el otro lado del parque.

Se quedó inmóvil, petrificada de miedo.

Era un mastín inmenso, un perrazo monstruoso del que se habría mantenido a distancia incluso si hubiera estado en su propio cuerpo.

El mastín hizo una pausa al advertir que había sido descubierto. Por alguna característica especial del sistema de visión dcl cuerpo que ocupaba, tan pronto como el perro se detuvo le resultó casi imposible reconocerlo. Miró con más detenimiento, tratando de distinguirlo, con el corazón galopándole al doble del ritmo normal en su minúsculo pecho. La extensión de hierba y la mole del mastín se confundieron en una sombra indistinguible.

Hasta que el perro se lanzó sobre ella.

Su gruñido la paralizó durante unos largos latidos más antes de reaccionar.

O de intentarlo.

Desorientada respecto a la extraña forma de sus extremidades y al movimiento que debían llevar, cayó tendida de nuevo. Antes de que pudiera recuperarse, el mastín se alzaba ya sobre ella, capturaba su frágil cuerpo y le trituraba los huesos mientras hundía los dientes en su carne...

Y entonces he despertado -añadió.

-¡Oh, vaya espanto! -respondió Judy-. ¿De veras te has sentido morir? He oído decir que, si uno sueña que muere, no tarda en hacerlo de verdad.

Nina se cambió de oído el auricular del teléfono.

-Pero eso no es lo peor -añadió-. Esta vez tengo pruebas de que es Ashley quien me ha echado un hechizo.

¡Vamos, vamos! -replicó Judy con una risilla nerviosa-. No irás a creerte en serio una cosa así ...

-La he visto -sentenció Nina.

Se despertó en la cama, bañada en sudor y enredada en las sábanas. Su alivio fue inmediato. Por mucho que continuaran acosándola aquellas pesadillas -una vez por semana, más o menos-, seguían siendo sólo eso: malos sueños.

No eran reales.

Y ella no había estado a punto de morir en medio del prado, atrapada en el cuerpo de un animal.

No lo había estado, en realidad.

Pero aun así.. ¡parecían tan reales!

Se estremeció con un súbito escalofrío y pensó que, por un instante, podría distinguir su propio aliento. Hacía tanto frío que cualquiera habría pensado que aún estaban en invierno. Exhaló una bocanada de aire a modo de prueba, pero no vio formarse ninguna nubecilla de vapor ante sus labios. La sala ya parecía mucho más cálida y se dio cuenta de que el escalofrío era una simple secuela del sueño.

De aquel estúpido sueño.

Que no era real. Todo el mundo tenía pesadillas.

Volvió la vista hacia el otro lado del dormitorio y observó que la cama de su prima estaba vacía. Temblando todavía, se levantó y cruzó la estancia arrastrando los pies, con los brazos apretados en torno a su flaco cuerpo, para asomarse al pasillo que se abría tras la puerta. Al otro extremo del breve corredor, el cuarto de baño tenía la puerta abierta y la luz apagada. Allí no había nadie.

Era más de medianoche. ¿Por qué no estaba Ashley en su cama?

Pasó de puntillas ante el dormitorio de sus padres y bajó con cuidado la escalera, evitando el tercer y el séptimo peldaño, pues sabía que ambos crujirían alarmantemente. A medio descenso, distinguió una luz mortecina procedente del salón. Sin embargo, debido a la cortina de cuentas ensartadas de su madre que colgaba en el dintel, no pudo distinguir con claridad el interior de la sala hasta que estuvo justo frente a la entrada.

Allí se encontraba Ashley, sentada en el suelo con las piernas cruzadas ante la falsa chimenea. El cabello negro teñido de su prima se alzaba casi diez centímetros del cráneo y se desparramaba luego por su espalda en mechones desgreñados. Llevaba una de sus típicas camisetas estampadas, no de las habituales -ajustadas y llenas de sietes-, sino una de tamaño exagerado, con la imagen de Metallica, que solía utilizar como pijama. A la luz de una vela que había colocado en el extremo de la mesilla auxiliar, estaba leyendo un libro. Nína no podía

ver cl título, pero sin duda se trataba de una de esas inquietantes obras de magia negra que tanto gustaban a su prima.

Ashley percibió su presencia y alzó la vista, clavando sus ojos en los de Nina a través de la cortina de cuentas. Una sonrisa que era más bien una mueca de burla se dibujó en sus labios; después, volvió a concentrarse en el libro sin hacer caso de su prima.

Nina corrió a refugiarse de nuevo en su dormitorio.

-Pero eso no demuestra nada -protestó Judy-. Que sea una tía rara no significa que sea una bruja.

¿Qué otra cosa podía estar haciendo allí, a oscuras?

-quiso saber Nina.

-Has dicho que tenía una vela.

Más a mi favor. Las brujas siempre usan velas y cosas así para sus encantamientos. Me tiene hechizada, te lo aseguro. Hoy, mientras estaba sola en casa, he echado un vistazo a algunos de esos libros y todos tratan de hechizos y cosas terribles por el estilo.

-Sólo pretende meterte miedo -dijo Judy.

-Pues lo está consiguiendo, te lo aseguro.

-Deberías hablar del asunto con ella.

Nina soltó una risa abatida.

-No puedo hablar con ella sobre nada. Y, además, si no me ha echado mal de ojo, se lo irá contando a todo el mundo y no seré capaz de volver a salir a la calle nunca más. Si alguien más lo supiera, me moriría...

-Yo no se lo diré a nadie.

-Ya lo sé. Pero ella sí lo haría. Sólo para fastidiarme.

Al otro extremo de la línea, Judy suspiró.

-¿Quieres que veamos algo en la tele? -preguntó.

Nina entendió perfectamente la intención de su amiga. Era momento de cambiar de tema. No le importó hacerlo, pues no había dejado de darle vueltas al asunto durante todo el día y ya estaba harta. Todo aquello la hacía sentirse a punto de volverse loca.

-Claro -respondió.

Se levantó de la silla junto a la ventana y se dejó caer en la cama. Después, alargando el brazo, conectó el desvencijado receptor de doce pulgadas en blanco y negro que tenía en la mesilla de noche.

-¿Qué dan?

-Hace unos diez minutos ha empezado La bella y la bestia en el canal tres.

Nina conectó el canal justo a tiempo de ver un anuncio de uno de los vendedores de coches de la ciudad, que tenía la tienda en la autovía 14. Un tipo gordo con un disfraz de superhéroe que le sentaba fatal estaba ensalzando las virtudes de «¡¡Cientos de coches usados a precios bajísimos!!»

-Odio este anuncio -comentó-. «Ed, el simpático» es un auténtico gilipollas.

Judy soltó una carcajada.

-Su hijo va a clase de inglés con Susie y, según ella, es clavado a su padre.

-Pobre chico.

Como vivían una en cada extremo de la ciudad, conectar sus respectivos televisores en el mismo canal y comentar juntas los programas era lo más parecido a quedarse un rato charlando que podían hacer las dos amigas los días de escuela.

Nuevos anuncios -uno de Coca-cola light y otro de tampones- dieron paso finalmente al programa, que ya había empezado.

-Este episodio ya lo he visto -dijo Nina.

-Sí, es uno de los más sensibleros.

-¿No te has preguntado nunca por qué Catherine no se va a vivir ahí abajo con Vincent? Quiero decir que es un sitio tan estupendo. Yo me mudaría ahí en un abrir y cerrar de ojos.

-Siempre me he preguntado de dónde sacan la electricidad.

Interrumpieron la conversación mientras el personaje de la bestia recitaba unos breves versos.

-¡Ah!, me encanta esa voz -declaró Judy.

-Mmm...

-¿Irás al baile el viernes?

-Creo que no. Este fin de semana no me siento de humor.

-Eso significa que tú tampoco tienes pareja dijo Judy, riéndose-. Podríamos ir juntas.

«Y pasarnos el rato plantadas como un par de gilipollas, igual que en el último baile de la escuela», pensó Nina.

-Mi padre dice que ponemos nerviosos a los chicos porque somos demasiado empollonas -comentó-. Se supone que las chicas no tienen que sacar buenas notas en matemáticas y cosas así.

-¿Y tú qué le has contestado?

Nada. Mi madre le ha llamado machista.

-¡Bien por ella!

En realidad, papá no lo decía en serio -replicó Nina, defendiéndole-. Sólo me comentaba lo que piensan los chicos.

-Entonces, ¿quién los necesita?

Nina pensó en el chico que se sentaba al fondo del aula en la clase de cálculo. Tim Lockley. Estaba de muerte. Pero nunca se la miraba dos veces.

Supongo que tienes razón -murmuro . De todos modos...

Se interrumpió al oír pasos en la escalera. No era el caminar ligero de su madre ni el de su padre, más pesado.

Tengo que dejarte -dijo-. Ashley acaba de entrar.

No le gustaba que su prima escuchara a hurtadillas sus conversaciones telefónicas. Tras una rápida promesa de acudir a la escuela al día siguiente, colgó y adoptó una expresión de absoluta concentración ante el televisor.

Ashley se detuvo en el umbral de la habitación que compartían, ataviada con todo su equipo. Unos tejanos desteñidos muy ajustados, una camiseta de Def Leppard con las mangas arrancadas, una chaqueta de cuero y el cabello, de un negro intenso, formando un halo en torno a su cabeza como una melena de león.

-No puedo creer que veas esa bazofia -murmuro.

Nina alzó la vista.

-¿Qué tiene de malo?

¿Cuántos capítulos crees que duraría esa serie si la bestia fuera la chica? -replicó Ashley.

Se quitó la chaqueta, la arrojó sobre la cama y empezó a despojarse del resto de la ropa sin el menor recato, con las cortinas de la ventana abiertas de par en par de modo que cualquiera que rondase por el terreno comunal tras las casas de la urbanización podría verla.

Lo cual, pensó Nina, era probablemente lo que su prima quería.

-¿Qué me dices? -insistió Ashley.

La única respuesta de Nina fue subir el volumen del aparato.

Ash

Hiciera lo que hiciese, en el fondo de Ashley Enys siempre había un poso de ira. En una ocasión

había oído comentarlo a sus tíos. Según ellos, era consecuencia de la muerte de su madre y de la negativa de su padre a responsabilizarse de ella.

-Lo anormal sería que no estuviera enojada -había comentado su tío-. Ha sido desarraigada de todo cuanto conocía y siente que nadie la quiere: que su madre la abandonó, que su padre no tiene tiempo para ella y que nosotros sólo la tenemos aquí por obligación. ¿Quién no se mostraría resentido en una situación así? Hemos de seguir siendo pacientes con ella, eso es todo. Ya lo superará.

Era una hermosa teoría, pero Ash no se la tragó por un solo instante. ¿Qué sabían sus tíos, al fin y al cabo?

No eran más que un par de hippies colgados que se negaban a aceptar que los sesenta habían quedado atrás.

Por supuesto, le dolía que su padre la considerara un simple fardo inútil y que no la quisiera tener cerca, rondando e importunándole. Y, aunque ya hacía tres años de la muerte de su madre, seguía echándola de menos terriblemente. No podía negar que habría dado cualquier cosa por volver atrás en el tiempo hasta antes de su muerte, cuando vivían en el pisito de St. Ives e iba a su propia escuela y salía con sus propias amigas.

Había llegado un momento en que estaba perdiendo su acento y con él, sentía, su identidad. Culturalmente, Norteamérica estaba tan retrasada respecto a como eran las cosas en su país que, si regresaba ahora, lo más probable era que se sintiese tan fuera de lugar como se notaba allí. Pese a ello, volvería al instante, de tener ocasión. Volvería e intentaría encarrilar de nuevo su vida.

Aunque, sin mamá...

Era doloroso recordar. Añorar cómo habían sido las cosas. Intentar imaginar cómo podrían haber sido si su vida no hubiera quedado tan inapelablemente trastocada, reventada por la hoja de la navaja de un loco.

Lo lamentamos, habían dicho todos, pero ¿qué sabían ellos de lamentaciones? ¿Qué sabían de la impotencia que había sentido al saber que si su madre hubiera vuelto del bar por otra calle esa noche, hoy todo estaría bien?

Pero eso era dolor. Y, aunque el dolor podía ponerla furiosa -se enardecía, en efecto, cada vez que pensaba en la injusticia de que había sido víctima-, la hostilidad permanente que sentía parecía tener raíces más profundas que todo ello. Últimamente, cualquier cosa la ponía de uñas.

Y Nina resultaba un blanco tan fácil...

Tenían muy poco en común. Su prima era de las primeras de la clase, lo cual, naturalmente, hacía que las notas mediocres de Ash parecieran aún peores. Nina y sus amigas eran sanotas e inteligentes; no exactamente empollonas o pretenciosas, pero no exactamente en la onda, tampoco. La idea que tenían de una música estupenda era Debbie Gibson y no reconocerían un riff de guitarra decente aunque las agarrara por el cuello y las sacudiera... como toda buena música debe hacer. Y, en cuanto a cine, dedicaban a ver bazofia como esas imitaciones

baratas la gran película de Cocteau...

Suspiró mientras terminaba de desnudarse y se ponía una holgada camiseta de Motley Grüe, tratando de desconectar el sonido metálico del televisor, sin mucha suerte. Recogió la ropa limitándose a amontonarla en la silla junto í la ventana, sacó de su mochila militar el libro que había comprado esa misma tarde y se sentó en la cama, apoyada en los cojines apilados contra el cabezal.

Por supuesto, no eran Nina ni La bella y la bestia lo que la había trastornado aquella tarde. Era aquel tipo inquietante que la había seguido hasta la casa desde la tienda de ocultismo del centro de la ciudad.

Normalmente, era capaz de sacarse de encima a los tipos que intentaban abordarla. Estaban los palurdos que se llevaban cortes de mangas como respuesta a sus piropos babosos. A los listillos y a los de la new wave no les hacía ni caso, pero si se trataba de punkies o cabezas rapadas... entonces, una los tanteaba para ver si eran interesantes y luego decidía si se los sacaba de encima o no.

Pero aquel tipo...

Le había dado grima.

No lograba encasillarlo. Era alto, con el cabello negro

y corto y facciones delgadas. Parecía tres o cuatro años

mayor que ella, por lo menos. Tal vez tendría hasta veinte. Llevaba botas y tejanos de skinhead, camiseta blanca lisa

y una larga gabardina negra de cuero. Y tenía unos ojos alarmantes.

Unos ojos peligrosos.

Lo había visto observarla mientras compraba un ejemplar de segunda mano del Libro rojo de las Nuevas Dimensiones, una recopilación de ensayos sobre ocultismo a cargo de Fortune, Butler, Regardie y demás. Después, camino de casa -a pie, pues había gastado los últimos billetes en el libro-, había notado que alguien la seguía. Había vuelto la cabeza y allí estaba, acechando en una esquina de la calle a la espera de que cambiara el semáforo, sin hacer el

menor intento de esconderse. Se movía calmosamente, como si fuera el amo de la calle, mirándola.

Ash había dado un rodeo por Lower Crowsea para volver a la casa de sus tíos por la parte de atrás, que daba al campus de la universidad, pero el desconocido había seguido sus pasos, ni más cerca ni más lejos que cuando ella había advertido su presencia. Por último, había tenido que entrar en la casa -descubriéndole a su perseguidor dónde vivía- para no pasarse de la hora límite, pues tenía presente lo estricta que se había vuelto su tía a tal respecto. El último fin de semana ya lo había pasado castigada en casa todo el fin de semana! por haber llegado tarde el jueves por la noche.

Tras cerrar la puerta, se había asomado a la ventana y había visto al tipo pasar lentamente ante la casa. Se había detenido a la entrada del patio delantero, le había lanzado una sonrisa a través de la ventana (unos labios finos y crueles, unos ojos centelleantes), y luego había seguido su camino.

Pero había dejado algo tras él.

Una promesa.

Ash volvería a verlo.

Y esto era lo que tenía a la muchacha fuera de sí.

Habría querido hablar de aquello con alguien, pero no tenía a nadie. La solución de sus tíos sería, probablemente, no dejarla salir más a aquella hora. Los chicos que trataba se reirían de ella y, además, echaría a perder la reputación de tía dura que tanto se esforzaba en mantener. En cuanto a Nina...

Alzó la vista y descubrió a su prima observándola con una mirada extraña. Por un instante tuvo el impulso de confiarse a ella pero, de inmediato, despertó en su interior aquella inexplicable animosidad.

-¿Tengo monos en la cara? se oyó a sí misma diciendo.

Nina volvió rápidamente su atención al televisor. A Ash se le escapó un nuevo suspiro; después, abrió el libro y empezó a leer el primer ensayo, de Fortune, titulado El mito de la Tabla Redonda.

Pero, mientras leía, el recuerdo de los peligrosos ojos del extraño permaneció instalado inquietantemente en el fondo de su memoria, resistiéndose a caer en el olvido.

Nina

Los padres siempre resultaban embarazosos pero, en ocasiones, Nina consideraba que los suyos lo eran especialmente. Ambos eran auténticos fósiles de los sesenta.

Su madre aún llevaba el cabello en una trenza larguísima que le llegaba hasta la rabadilla y tenía tendencia a llevar vestidos y faldas largos y holgados, de flores estampadas. Había llegado a Estados Unidos de su Inglaterra natal para trabajar de niñera, pero había terminado quedándose porque el Verano del Amor estaba en plena marcha y, siendo una hippie de corazón -aunque no lo supo hasta que llegó a Norteamérica-, había terminado encajando en él.

El padre era medio italiano y medio indio, lo cual, según le había confiado su madre a Nina en cierta ocasión, fue lo que le había atraído de él en un primer momento. Por esa época, cualquiera que tuviese unas gotas de sangre india era una pieza codiciada. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y tez oscura, con aretes de oro en ambas orejas y el cabello tan negro que parecía absorber la luz. Lo llevaba largo y recogido en una cola de caballo. En una ocasión, Judy le había comentado a Nina que su padre parecía un motorista y que se llevó un susto de muerte la primera vez que había acudido a su casa a buscarla. Ahora, en cambio, lo consideraba un tipo muy correcto.

-Ojalá mis padres fueran como los tuyos -le había confesado a Nina en el dormitorio de ésta, pocas semanas después.

Los padres de Judy eran chinos americanos de segunda generación y aún tenían ideas muy raras acerca de lo que una chica podía o no hacer. Las actividades escolares fuera del plan de estudios -como el balonvolea, el grupo de teatro y cosas así- estaban bien mientras Judy siguiera sacando buenas notas, pero salir con chicos quedaba excluido. No importaba que ya hubiera cumplido los dieciséis. La única manera que tenía de salir un viernes o un sábado por la noche para ir a bailar o sólo para dar una vuelta por la alameda era mediante complicadas coartadas de que iba a visitar a Nina o a Susie, coartadas que los padres de Nina, con su actitud más abierta, se prestaban de buena gana a corroborar.

Esto hacía de sus padres unos tipos muy legales, pensaba Nina, pero aun así resultaba embarazoso contarle a alguien que su madre se ganaba la vida fabricando pendientes de abalorios y cosas por el estilo, que vendía en las ferias de artesanía, mientras su padre trabajaba en la construcción, no porque no tuviera capacidad para un empleo mejor sino porque, en sus propias palabras, «prefería construir algo tangible a pasarse el día manoseando papeles tras un escritorio».

A Nina no le disgustaba ayudar a su madre en el tenderete, pero habría preferido que se olvidaran de todo aquel folklore alternativo al terminar las ferias, en lugar de dejar que invadiera también la casa. En ésta, dondequiera que una mirase, encontraba pósters psicodélicos, mobiliario reciclado, hierbas y especias colgadas a secar, discos almacenados en cajas de plástico para leche y cosas por el estilo. En una de las paredes del salón había unas estanterías de ladrillos y tablones llenas de volúmenes de poesía de Ginsberg y Blake, un ejemplar manoseado del Catálogo alternativo y libros de cocina vegetariana, tomos k filosofía Jippie como Monday Night Class, de un tipo que se hacía llamar simplemente «Stephen» y otros de Timothy Leary, Kahlil Gibran y Abbie Hoffman.

Era como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Nina suponía que, en cierto grado, admiraba a sus padres por permanecer fieles a sus principios, por vivir de cuerdo con su filosofía en lugar de seguirla sólo de boquilla. En política, se inclinaban más bien por el liberalispo y se sentían comprometidos en cuestiones como los decrechos de los animales, encontrar vivienda para los que carecían de casa y Dios sabía cuántos grupos ecologistas, todo ello cosas que Nina también consideraba muy importantes. Sin embargo, a veces deseaba que la casa tuviera muebles más normales y un televisor en color en el salón (había comprado su pequeño receptor en blanco y legro en una liquidación de trastos viejos, con el dinero ganado cuidando niños) y sentarse un rato en el jardín con una Coca-cola y una hamburguesa, para variar.

Con todo, las cosas podían ser peores, suponía también. Sus padres podrían haberle puesto Nube o algún nombre semejante. O podría haber tenido unos padres como los de Judy, que ya estaban escogiendo el chico con el cual casarla cuando terminara la escuela. Mientras Nina se portara de forma razonable, sus padres le daban más libertad de la que disfrutaba la mayoría de sus compañeras. Como permitirle quedarse en casa y no ir a la escuela, 1 día anterior. No le habían hecho ninguna pregunta; sencillamente, habían mostrado su preocupación.

¿Seguro que te encuentras bien para volver a la escuela? -le preguntó su madre cuando bajó a desayunar a mañana siguiente.

Tenían la cocina para las dos. Su padre ya había salido hacia el trabajo -tenía que estar en su puesto a las siete- y Ashley se había levantado pronto, cosa rara, y ya se había marchado también. Su madre salía para el estudio junto al mercado a la misma hora, aproximadamente, que Nina lo hacía para la escuela.

-Me siento mucho mejor -dijo Nina.

Al menos, durante la noche no había vuelto a tener aquel sueño.

-Si estás segura...

-Lo estoy.

Aunque si su madre quería de verdad que se sintiera mejor, lo que tenía que hacer era coger a la familia y mudarse a una casa donde Nina no tuviera que compartir su habitación con una bruja. Pero ya habían hablado de ello en otras ocasiones -no de que Ash fuera una bruja, sino de que no se llevaba bien con su prima- y había tantas posibilidades de trasladarse como de que su padre fuera a trabajar con traje y corbata. No podían permitirse un traslado, decía su madre. Y añadía: «¿Es que no sientes un poco de lástima por tu prima?»

¿Lástima? Claro que sí. A Nina le parecía terrible que Ashley hubiera perdido a su madre y que su padre no quisiera ocuparse de ella, pero ya llevaba tres años viviendo con ellos y la paciencia de Nina para con su prima se había agotado hacía mucho.

De todos modos, prefirió no volver sobre el asunto. En lugar de ello, le preguntó a su madre qué tal iban los preparativos para la gran muestra de artesanía de la primavera, lo cual les dio un nuevo tema de que hablar mientras daban cuenta del desayuno.

Salieron juntas nada más terminar, pero Nina tuvo que volver a entrar para coger una chaqueta tan pronto como pisó el porche.

-Quizá sea mejor que te tome la temperatura -dijo su madre cuando Nina apareció con la chaqueta tejana.

-¡Vamos, mamá...!

-Esta mañana no hace frío, precisamente.

Nina parpadeó, sorprendida. Tenía los brazos de piel de gallina.

-¿Ah, no...? -murmuro.

-Tal vez sería mejor que te quedaras en casa otro día

-apuntó su madre-. Creo que tienes un catarro.

Oleadas de calor y de frío, pensó Nina. Síntoma seguro de una gripe. Salvo que el día anterior no se había sentido enferma, ni tampoco se encontraba mal esa mañana. Sólo tenía un poco de frío y ahora, con la chaqueta, ya se sentía perfectamente.

-No me pasa nada, de veras -protestó.

-En fin...

-Voy a perder el autobús.

Su madre exhaló un suspiro y dejó que su criterio, más experto, fuera desechado. Caminaron juntas hasta la esquina de Grasso y Lee, donde Nina tomaría el autobús hasta Redding High, en el centro de la ciudad. Su madre se despidió con un beso y tomó por Lee hasta su estudio, pero antes le arrancó la promesa de que volvería a casa si empezaba a encontrarse mal otra vez.

Nina se repantigó en el banco, haciendo todo lo posible por ignorar la presencia del tipo que estaba apoyado en el poste de la señal de parada del autobús. Era Danny Connick. Delgado como un palo de escoba, con unos enormes ojos saltones y vestido siempre con una americana raída, era el genio de los ordenadores del barrio y, por alguna extraña razón, se consideraba a sí mismo un auténtico don de Dios para las mujeres. Aprovechaba cualquier ocasión para abordar a Nina, así que, naturalmente, tenían que tomar el mismo autobús para ir a clase.

Esa mañana no dejaba de buscarle la mirada, de modo que Nina apartó el rostro y se ciñó más la chaqueta porque empezaba a sentir frío otra vez.

-¡Eh, Nina...! la llamó Danny.

Cerró los ojos y fingió no haberle oído.

-¡Nina!

Una oleada de frío como el aliento helado de un viento invernal la atravesó, arrancándole un jadeo de sorpresa. Abrió los ojos con un sobresalto. Por un instante, vio el mundo a través de un velo de nieve. Luego, de pronto, se encontró...

En otra parte.

Fuera de su cuerpo. En uno ajeno. La sensación era demasiado familiar para no reconocerla. Bajó la mirada y se vio con las patas de un gato de callejón, gris y moteado. La visión volvía a estar distorsionada: la perspectiva no era la adecuada, la visión periférica estaba potenciada y los colores, apagados. Un mundo de aromas asaltó su olfato:

gases de escape de los coches, basura y desperdicios del callejón. Los sonidos se multiplicaron, demasiado estridentes, estallando en sus oídos como cristales quebradizos.

Estaba colocada sobre la tapa de un cubo de basura, observando el extremo del callejón y la parada del autobús...

donde aún seguía ella, sentada en el banco, esperando.

Una náusea le atenazó el estómago al verse desde fuera de su cuerpo.

«¡Por favor, que no sea real!», pensó.

Esta vez ni siquiera estaba durmiendo; ¿cómo podía, pues, ser un sueño?

A menos que se hubiera quedado dormida en el banco... Tal vez, si llevaba el cuerpo del gato hasta donde estaba sentada y saltaba a su regazo, el contacto rompería el hechizo que la había atrapado. Porque de un hechizo tenía que tratarse.

Un maleficio de Ashley.

Inició el avance y, tal como había sucedido invariablemente en sus sueños anteriores, el cuerpo extraño en el que estaba se movió desmañadamente, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer de la tapa del cubo de basura. Su frustración se hizo audible en forma de un maullido quejumbroso.

Aquello era realmente excesivo, pensó. La próxima vez que viera a Ashley...

Con un sobresalto, advirtió un zumbido en la parte posterior de la cabeza. Era el sistema de alarma natural del gato, que el animal cuyo cuerpo ocupaba era capaz de reconocer aunque ella no supiera de qué se trataba. Volvió la cabeza lentamente, moviendo con cautela las extremidades del felino, y observó la forma vaga de una figura apostada en el fondo del callejón. La silueta estaba demasiado en sombras para reconocerla. Demasiado indefinida, pese a captarla a través de la vista finísima del gato.

El aire se llenó de olor a nieve. Y de un frío invernal. La escarcha cubrió las paredes de ladrillo y el suelo del callejón... emanando de la figura, donde la capa era mas espesa.

La figura habló, pero Nina no entendió nada de lo que decía. Sólo oyó el sonido de su voz, grave y solemne, como el rumor del hielo al moverse y quebrarse sobre la superficie helada de un río.

«¿Qué buscas?», intentó preguntar, pues se daba cuenta de que la figura quería algo de ella, pero lo único que surgió de la garganta del gato fue un sonido sofocado.

La figura dio un paso adelante.

Nina notó que el frío se intensificaba. Creyó ver los copos de nieve en el aire. Oyó un tintineo, como el ruido de las cuentas de la cortina de su madre al rozarse, pero mas suave.

En ese instante, el espíritu del gato tuvo una reacción de pánico y se adueñó nuevamente de su cuerpo. El animal dio media vuelta y salió huyendo a una velocidad espeluznante, que a Nina le habría revuelto el estómago... si hubiera sido el suyo. Si no estuviera convertida en una especie de espíritu incorpóreo instalado en la cabeza de un gato de callejón.

¡Sácamedeaquí!, gritó en silencio.

La figura en sombras la llamó, con palabras aún indescifrables. A Nina le daba vueltas la cabeza. Debido al frío, los extraños movimientos del gato, a la voz de la figura, que ora sonaba aguda como astillas de cristal. El gato dobló esquina de Grasso Street, escurriéndose entre las piernas de los peatones. Nina notó que la fuerza que la mantenía unida al animal, fuera lo que fuese, empezaba a soltarla. Era como caer en un abismo, como descender dando vueltas en un remolino cada vez más cerrado hasta que... Abrió los ojos con un parpadeo y descubrió el rostro Danny Connick junto al suyo. La mano del muchacho sacudía por el hombro.

-Vamos, tía -dijo él-. El autobús ya está aquí.

Aún desorientada, se incorporó de su posición repantigada y se sentó muy erguida en el banco. El autobús apareció amenazador detrás de Danny, como un leviatán varado en la playa. Los ruidos de la calle formaban una disonancia áspera y desconcertante que resonaba dolorosamente en su cabeza. Nina notó unas punzadas detrás de los ojos.

-¿El autobús? -murmuró.

-¿Has tomado alguna droga, Caraballo? -preguntó Danny.

-No, yo...

¿Acaso había imaginado todo aquello? ¿De veras se había quedado dormida allí, en el banco, como una pordiosera chiflada?

Volvió la vista hacia el fondo del callejón. ¿Notaba todavía un viento helado procedente de allí? Y aquello que veía entre las sombras, ¿eran ojos -unos ojos que aún la observaban-, o meros trazos de pintada que reflejaban un rayo caprichoso de sol matutino?

El chófer del autobús hizo sonar el claxon.

-¿ Vais a subir o qué, muchachos? -les gritó.

Danny ayudó a Nina a incorporarse y la condujo hasta los peldaños de la puerta del vehículo. Mostró su pase, rebuscó en el bolsillo de la muchacha hasta dar con el de ella y la acompañó hasta un asiento en la parte de atrás. Nina tuvo una vaga impresión de que todo el mundo la miraba, pero aún se sentía demasiado ajena a todo como para apurarse por ser el involuntario centro de la atención.

-¿No sabes adónde pueden llevarte las drogas? -le cuchicheó Danny cuando se hubieron sentado-. ¿No ves el aspecto que tienes? Y aún no son las nueve de la mañana... Siempre había pensado que eras lo bastante lista como para no meterte en...

-Yo... no he tomado ninguna droga -replicó Nina.

-Entonces, ¿qué te sucede?

Nina se encogió de hombros.

«Si te lo dijera -pensó-, no me creerías.» Y entonces se dio cuenta de que tenía al tipo sentado a su lado y que iba a seguir allí hasta que llegaran a la escuela. Maravilloso. Sólo le

quedaba la esperanza de que no los viera juntos nadie que la conociese. Si corría la noticia, se moriría.

-En fin, me tenías preocupado -declaró Danny.

Nina se volvió a mirarlo -a mirarlo de verdad- y, de pronto, se sintió fatal. El chico seguía siendo un fastidio, pero allí estaba, ayudándola, después de que ella lo hubiese desairado un día tras otro desde que guardaba memoria. Ayudándola y mostrándose amable. Y lo único que se le ocurría a ella era pensar en la vergüenza que le daría que alguien la viera con él.

«Sí, eres realmente encantadora, Nina», se dijo a sí misma.

-Me temo que aún no me he recuperado por completo del catarro de ayer -explicó.

-Tal vez deberías haberte quedado en casa otro día.

-Vaya, dices lo mismo que mi madre.

-¡Muchas gracias!

Nina no pudo evitar reírse al ver la mueca que ponía.

Se encontró con Judy en los lavabos de las chicas, junto a la rotonda en torno a la cual se había construido el resto de la escuela, como radios que surgieran del centro de una rueda. La sala estaba llena de humo de cigarrillos y de chismorreos de las muchachas, que exprimían los últimos momentos de libertad antes de entrar en clase. Judy estaba inclinada ante un espejo, poniéndose el maquillaje con el que sus padres no la dejaban salir de casa, y lanzó una sonrisa a Nina cuando la vio entrar. Ya se había cambiado el cursi conjunto de blusa y falda que le había comprado su madre por un par de tejanos descoloridos y un añejo blusón de flores.

El eco de las conversaciones las envolvió.

-¿Has oído lo de Valerie y Brad?

-Sí, anoche rompieron.

-¡Con lo bueno que está...!

-¡Superior!

-Valerie ha de ser idiota para romper con él.

-Me han dicho que fue él quien la dejó porque ella estaba tonteando con ese Keith Larson.

-Creo que me está saliendo un grano dentro de la nariz.

-¡Ah, qué asco!

-A Debbie le salen en el culo.

-Noticia de última hora: Beth Grant ha dejado la escuela para irse de bailarina a Pussy’s.

-¡Pero si es un club de stri~tease!

-Dímelo a mí...

Nina dejó que los chismorreos prosiguieran en torno a ella, esperando con impaciencia a que Judy terminara de maquillarse.

-¿Qué tal estoy? -preguntó por fin su amiga.

-Definitivamente impactante -le aseguró Nina.

Y era cierto. Judy tenía una piel clarísima, por la que Nina hubiera sido capaz de matar, y un cabello que cogía la permanente como si fueran rizos naturales. Nina, en cambio, tenía que pasarse siglos cada mañana para que sus cabellos retuvieran algo más que una ligera onda.

Esperó hasta que estuvieron en el pasillo, camino de las aulas, antes de contarle a Judy lo que le había sucedido un rato antes.

-Es extrañísimo -musitó Judy cuando hubo terminado.

-¿Me estoy volviendo loca, o qué? -añadió Nina-. Danny pensaba que había tomado alguna droga.

Judy hizo una mueca ante la mención de aquel nombre.

-¿Y si me sucede en clase? -prosiguió su atribulada amiga.

-¿No puedes controlarlo en absoluto?

Nina movió la cabeza en gesto de negativa, pero pareció algo dubitativa.

-No sé -respondió-. Siempre me entra tanto pánico que ni me detengo a pensar en nada. Lo único que quiero es salir del cuerpo en el que me descubro.

-Pero... -Judy vaciló-. Seguro que te has quedado dormida mientras esperabas el autobús, ¿no es eso?

-Yo...

Nina pasó revista a sus recuerdos, tratando de situar en su orden exacto los sucesos de por la mañana.

-No lo sé -dijo por último-. Me da la impresión de que sólo he cerrado los ojos durante un segundo y que en ese instante ha empezado a suceder todo.

-Bueno, tal vez...

Sonó el timbre y en el pasillo se formó un alborotado tumulto de taquillas que se cerraban y de chicos y chicas que corrían a sus respectivas aulas.

-Después hablaremos -dijo Judy mientras ella y Nina se unían al alboroto para no llegar tarde.

Ash

Ash no se sintió capaz de ir a la escuela aquel jueves por la mañana. Desde que había pasado el fin de semana encerrada, llevaba tres días seguidos portándose lo mejor posible. Había asistido a la serie inacabable de clases aburridas sin saltarse ninguna, había vuelto a casa a la hora todas las tardes para sentarse sin hacer nada en la habitación que compartía con Nina y donde tenía que soportar la expresión enfurruñada de su prima, que la observaba cuando creía que Ash no la veía, y había ayudado en la casa como la buena gilipollas en que fingía haberse convertido.

Pero ya tenía suficiente. Necesitaba dedicarse una mañana a ella misma, o se volvería loca.

Así pues, se levantó temprano y salió de casa antes de que su prima se hubiera vestido siquiera. Cuando Nina se

encaminaba a la parada del autobús con su madre, Ash ya había cruzado la ciudad y se había adueñado de un banco en el parque Fitzhenry, donde permaneció sentada mientras avanzaba la mañana, contemplando la entrada de los últimos empleados en los edificios de oficinas que daban al parque y disfrutando, luego, con la presencia familiar de los habituales del parque que se preparaban también a iniciar su jornada.

La primera en acudir fue la vieja de los gatos. Llegó empujando un desvencijado carrito de compras cargado con todas sus pertenencias y envuelta en tantas capas de ropa que parecía llevar puesto todo su vestuario. Sacó del carrito una bolsa de comida seca para gatos, que repartió a los animales que se habían congregado al pie del monumento a los soldados muertos en campaña, atraídos por sus canturreos -«mininos, mininos»- y por la promesa de comida.

En rápida progresión, aparecieron otros personajes:

Pedro, el narrador de historias hispano que siempre llegaba pronto para hacerse con el mejor lugar junto a la fuente, desde el cual declamaba sus fábulas urbanas a los paseantes del mediodía; un par de músicos ambulantes, un violinista y una intérprete de salterio; esta última solía pasar más tiempo afinando que tocando, como sabía Ash de anteriores ocasiones; el hombre de la bicicleta y su triciclo, adornado con todos los accesorios imaginables

-luces y espejos, banderitas y hasta un transistor , que arrastraba un cochecito de niño y, sentado en él, su perro, Surfer, una criatura delgada y de pelaje ralo que lucía unas gafas de sol. Llegaron después varios mendigos, alcohólicos recién salidos del desayuno gratuito de la misión para hombres, otros chicos que se habían saltado la escuela y que se dedicaron a

patinar con sus planchas cerca del monumento cuando la vieja de los gatos se hubo marchado, varios drogadictos de ojos turbios en busca de la dosis matinal, mujeres del barrio cercano paseando a sus hijos en cochecito o aupándolos en brazos mientras formaban corros y se dedicaban a chismorrear, practicantes de jogging, un par de chicos de edad universitaria que se lanzaban un

disco playero, varios vendedores de comida rápida y bocadillos con sus carretillas y muchos otros, demasiados para mencionarlos a todos.

Desde su asiento, Ash los observó dedicarse a sus asuntos mientras hacía chocar las punteras de sus botas negras y lanzaba cautas miradas por si veía al causante de su mal encuentro de la noche anterior, pero el tipo, al menos, no hizo acto de presencia. Empezó a relajarse cuando el sol ya lucía en lo alto. La chica del salterio terminó de una vez de afinar el instrumento y, acompañada del violinista, empezó a tocar una vieja pieza de Gerry and the Pacemakers, Ferry Cross the Mersey, que sonó extraña pero no excesivamente miserable, teniendo en cuenta la insólita instrumentación escogida para interpretarla.

A su madre le gustaba aquella canción. Tenía el disco de la banda sonora de la película que se hizo a partir de la canción y solía poner la pieza una y otra vez, hasta que Ash creía que se volvería loca si la oía una sola vez más.

En aquel momento, habría dado cualquier cosa por volver a estar en casa, con su madre, escuchándola de nuevo.

Una extraña presión le atenazó el pecho y notó que las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

<<Olvídalo -se dijo-. Olvídalo todo.»

Pero era muy difícil. Tres años era una eternidad, pero aún le parecía que fuera ayer cuando la señora Christopher, la vecina, la había despertado con suave insistencia.

Oh, pobre niña, tengo una noticia terrible...

Ash se frotó los ojos con los nudillos.

No estaba dispuesta a quedarse allí sentada, llorando en público como un bebé. Sin embargo, dentro de ella notaba un vacío, un hueco que su madre había dejado al morir y que nunca más podría llenarse. Ash estaba haciéndose una experta en ocultarlo, en fingir que no existía. Al menos, cuando no estaba sola. Pero allí en el parque, entre la música y sus recuerdos...

El agujero se abrió como las fauces inmensas de alguna antigua bestia monolítica, amenazando con engullirla entera.

-¡Eh, chica, dame un beso!

Por un instante, sólo percibió las palabras, no la voz que las decía ni su tono humorístico. Ash se volvió con una expresión de furia, pero enseguida volvió a suavizar el gesto.

-¡Oh, Cassie! -exclamó, y abrazó a la mujer, a quien no había visto acercarse al banco.

Cassandra Washington, una mujer que rondaba los treinta y que era habitual de las calles más por gusto que por necesidad, era lo más parecido a una amiga íntima que tenía Ash. Cassie tenía la piel de color café, llevaba el cabello recogido en un centenar de trenzas con abalorios en las puntas y era la mujer más guapa que Ash conocía. También tenía tendencia a las indumentarias extravagantes. Esa mañana iba con unos tejanos rojos muy ajustados, metidos en unas botas de caña alta anaranjadas, y una torerilla negra con una blusa amarilla; llevaba también brazaletes y pendientes, unos enormes aros de plástico que reflejaban todos los tonos del arco iris. Caída a sus pies había una abultada bolsa de lona roja que contenía los útiles de su oficio: un complicado rompecabezas de lona y madera que se desplegaba para convertirse en una mesilla y un taburete, un mantel bordado a mano con floridos dibujos herméticos, un pequeño cuenco de cobre para el dinero y, envueltas en seda y guardadas en una caja de teca, sus cartas del tarot.

Cassie era adivina y Ash no la había visto desde hacía meses.

-Pensaba que te habías ido al Oeste -le dijo después de un abrazo.

-Me fui. Y ya estoy de vuelta.

-Me alegro.

Cassie le dedicó una atenta mirada.

-Ya lo veo. Tienes cara de necesitar una amiga, muchacha. ¿Vuelves a pasar una época difícil?

-Igual que siempre -contestó Ash.

-¿Dándole vueltas a las cosas y aterrizando en el vacío?

Ash asintió.

-Bien, pues -continuó Cassie-, ¿por qué no nos acercamos entonces a la carretilla de Ernie, compramos unos tés y luego vemos si encontramos un lugar tranquilo donde podamos tomárnoslos y hablar?

Ash señaló la bolsa de Cassie con la puntera.

-¿Y el trabajo? -preguntó.

-¡Bah!, no necesito el dinero -le aseguró Cassie-. Ahora tengo un piso en Upper Foxville y a un vendedor de hierba instalado allí, un tipo llamado Huesos que sólo vive para hacerme feliz, de modo que no te preocupes por mi.

Se incorporó, se colgó la bolsa al hombro y luego tomó dc la mano a Ash.

-Andando, chica. Vamos a hacer una sesión en serio.

Compraron las infusiones en el tenderete de Ernie y Cassie echó cinco cucharadas de azúcar en su bebida, lo que causó el asombro de Ash por un momento, pues había olvidado el gusto por los dulces de su amiga. Ernie, en cambio, no. El cubano, un hombre bajo y de tez oscura, sacó de un cajón de la carreta un bollo empapado en miel y se lo ofreció a Cassie.

-Tenemos galletas -dijo Cassie, dando unas palmaditas en la bolsa.

-Para ti -insistió Ernie-, invita la casa. Para celebrar tu regreso.

-Bueno, si se trata de eso... -aceptó Cassie con una carcajada.

Ernie las vio alejarse con una sonrisa radiante en el rostro.

En el interior del parque, centrado en torno a una serie de estatuas que representaban a un sátiro con una flauta (le Pan en los labios y a tres ninfas bailando, había un pequeño montículo rodeado de cerezos en flor. El rincón era llamado los jardines de Sileno y había sido donado por un rico mecenas de las artes de Crowsea en honor al poeta Joshua Stanhold. Allí, los bancos eran de mármol, igual que las estatuas, y el aire estaba perfumado con el aroma embriagador de los capullos.

-Me encanta este lugar -dijo Cassie mientras tomaba asiento en uno de los bancos-. Cuando estoy aquí, me parece que estoy escondida de todo; no aislada, sino como si el mundo estuviera en suspenso. Es un buen sitio para hablar -añadió con una sonrisa.

Ash asintió.

-A mí también me gusta. A veces vengo a sentarme aquí de noche, sólo para... no sé, para pensar, supongo.

-¿Sabías que nunca han asaltado ni herido a nadie en esta parte del Fitzhenry? -comentó Cassie-. En el mundo hay espacios mágicos, sitios en los que creo que quien esté a cargo de todo (Dios, Alá, un pequeño contable gris con traje gris, una mágica madre del mundo, escoge lo que más te guste) ha decidido que sólo iban a tener buenas vibraciones, y éste es uno de ellos. Es difícil encontrar un espacio así en una gran ciudad. Y la mayoría de lugares, si lo tienen, es solamente uno. Aquí tenemos mucha suerte. Esta ciudad posee dos.

-¿Cuál es el otro? -preguntó Ash.

-Una casa vieja de Lower Crowsea. Ya te la enseñaré alguna vez.

Cassie quitó la tapa del recipiente del té, rompió una lengüeta en forma de tajada de torta y volvió a colocar la tapa sobre el vaso de plástico.

-La gente debería llevar su propio recipiente para el té. Así los vendedores no tendrían que utilizar esta basura

-apuntó, observando el plástico con mirada crítica-. Va fatal para el medio ambiente.

Ash asintió.

-Y bien, ¿por qué no me cuentas qué es eso que te consume? -dijo Cassie.

Ash abrió la tapa de su vaso de té y no dijo nada durante un rato. Fijó la vista en las estatuas, que le parecieron muy felices y libres de preocupaciones, y se preguntó cómo sería sentirse así, no tener que llevar siempre consigo aquella carga de resentimiento.

Cassie le dejó todo el tiempo que quisiera tomarse. Mientras, engulló el bollo embadurnado de miel, que le dejó pringados los dedos y la barbilla, y tomó unos sorbos de té. Se comportaba como si estuvieran de picnic, como sí la conversación no fuera necesaria, no fuera deseada siquiera. Pero cuando Ash empezó a hablar por fin de lo que la inquietaba, prestó toda su atención a la muchacha.

-Nunca resulta fácil perder a la madre de esa manera -dijo, cuando Ash hubo terminado-. Pero todo esto ya lo hablamos en otra ocasión.

-Ya sé -asintió Ash-. Tengo que olvidarlo. Pero parece que soy incapaz de hacerlo.

-No -replicó Cassie-. Olvidarlo, no. Tienes que ver cl hecho en su debida perspectiva, eso es todo. Las cosas sucedieron así y no puedes cambiarlas. Pero ahora debes continuar adelante.

-Supongo que tienes razón.

-Es lo que tu madre habría querido que hicieras.

Pero no es sólo eso -añadió Ash con un suspiro-. Es... No sé. No me siento normal.

No me gusta emplear estas palabras, chica, pero eso es parte de la maldición de tener la edad que tienes. Cuando pienso en las extrañas divagaciones en las que me metía a los dieciséis años... -Cassie le dirigió una sonrisa de añoranza.

-Pero yo siempre estoy enfadada -replicó Ash-. Siempre. Y eso no está bien. Sé que no lo está. No quiero sentirme así, pero parece que no puedo hacer nada por impedirlo. Mis tíos creen que se me pasará conforme madure. El consejero de estudios opina que sólo estoy tratando de llamar la atención, que sólo finjo tener problemas para poder holgazanear en clase.

-Tú sabrás cuál es la verdad -dijo Cassie-. Nadie puede conocer eso mejor que tú misma.

-Pero tal vez necesito... Ya sabes, ayuda en serio.

Cassie no dijo nada durante unos instantes y paseó la mirada por el jardín. Mientras lo hacía, Ash estudió su perfil y deseó parecerse a ella. Cassie daba la impresión de no tener nunca problemas.

-No me gusta dar sermones -dijo por último la negra-, pero eso es lo que me estás pidiendo, ¿verdad?

Ash asintió.

-Lo cierto es que todo cuanto te sucede lo estás provocando tú misma.

-¿Cómo dices?

-Verás, por lo general, si una piensa que las cosas van a ir mal, así resultan. La solución tiene que ver, ante todo, con tu propia actitud. Sé que esto recuerda a los tópicos de las reuniones de padres y maestros, pero es una auténtica verdad divina. Andas por ahí con una actitud negativa y, como es lógico, así sólo conseguirás atraer más problemas y dificultades. Y, en cuantos más líos se ve una metida, más fácil le resulta pensar que el mundo entero está en su contra.

-¿Pero cómo deja una de sentirse negativa?

Cassie movió la cabeza a un lado y a otro.

-Esa es la auténtica cuestión, ¿no? Resulta díficil pensar en sentirse bien cuando todo parece estar mal.

Ash asintió.

-Tal vez deberías intentar ayudar a otros; ya sabes, hacer algo por alguien que tiene sus propios problemas, sin esperar nada a cambio. Por ejemplo, visitar a los viejos de una residencia. O hacer trabajos voluntarios en el hospital, como entretener a niños enfermos. Cosas así...

-Con el aspecto que tengo, no me querrían.

-No te digo que debas cambiar tu aspecto, pues es parte de lo que eres. Te sorprendería comprobar cuánta gente se tomaría el tiempo y la molestia de interesarse por lo que palpita debajo de esa indumentaria. Pero tú también debes tomarte ese tiempo y esa molestia. Estoy segura de que tienes tantos prejuicios respecto a los ancianos como ellos puedan tenerlos hacia ti.

A Ash estuvo a punto de escapársele una respuesta airada, pero logró contenerla antes de que se transformara en palabras. Porque Cassie tenía razón. Ash se inclinó hacia adelante en el banco de mármol y bajó la mirada hacia sus botas. Todo lo que Cassie le estaba diciendo tenía sentido. Ella también lo había pensado un millón de veces. Pero no la ayudaba a sentirse mejor.

-¿Qué te parece si te echo las cartas? -dijo Cassie.

Ash alzó la vista, sorprendida. Cassie no se había ofrecido nunca a leerle las cartas y Ash no se lo había pedido. Había dado por entendido que no era algo que Cassie hiciera con sus amigas.

-Pero tienes que tomarte esto con ciertas reservas -le advirtió Cassie-. Lo único que exponen las cartas son posibilidades; sucesos que tienen grandes posibilidades de producirse, eso sí, pero nada más. No se trata de profecías grabadas en piedra. Las cartas son más bien como mirarse en un espejo, sólo que en lugar de mostrar un reflejo de tu rostro, reflejan lo que sucede aquí dentro -Cassie se dio unos golpecitos en el pecho-. ¿Te apetece?

-Desde luego.

Ash dirigió una mirada expectante a la bolsa de lona y toda su parafernalia, pero Cassie se limitó a sacar una baraja manoseada del bolsillo interior de su torerilla. Las cartas estaban sujetas con una goma elástica.

-Esto... -empezó a decir Ash. Cassie la cortó con una sonrisa.

Debes de preguntarte por qué no uso las de aquí dentro, ¿no? -dijo, dando unas palmaditas en la bolsa. Ash asintió-. Esas son las de lucir -continuó Cassie-. Son para el espectáculo. La gente saca el dinero, yo les doy una actuación: toda la parafernalia de símbolos, mucho misterio.., lo que la gente espera.

Tópicos -apuntó Ash.

Exacto. La mayor parte de la gente considera que, si no paga un precio por una cosa, es que no tiene ningún valor. Y, si pagan por ella, entonces exigen un espectáculo. Por eso tengo esas cartas de fantasía para ellos, envueltas en seda y guardadas en una caja. Son preciosas. Tienen unos grabados preciosos. Pero estas otras -Cassie tocó con los dedos los naipes raídos que acababa de sacar del bolsillo , éstas sí que son mágicas.

Quitó la goma elástica y se la colocó en la muñeca. Después, barajó las cartas.

-Necesitamos una carta del Consultante -dijo.

Ash asintió. En su casa tenía un tarot de Acuario y había leído algo sobre cómo se echaban las cartas, pero nunca había probado a hacerlo. Se suponía que una no se

las echaba a sí misma y no se le ocurría a quién pudiera hacer participar en ello. ¿A Nina? Ni en broma. Su prima parecía muerta de miedo con sus discos de heavy metal, por no hablar de su pequeña biblioteca de ocultismo.

-El Paje de Pentáculos -murmuró Cassie-. Creo que éste servirá. Cabello negro y ojos oscuros... la Reina quizás es demasiado vieja, ¿tú qué crees?

Ash miró la carta que Cassie había colocado en el banco, entre las dos, y exhaló un brusco jadeo.

-Eso es...

Cassie la miró a los ojos con una sonrisa.

-Sí. Tú.

-¡Pero soy yo de verdad!

Los naipes parecían viejos, con los bordes gastados y las imágenes casi totalmente desgastadas en algunas partes. Pero el grabado que mostraba la carta que Cassie acababa de colocar en el mármol era el vivo retrato de Ash; incluso lucía el pendiente del esqueleto y el arete con el símbolo de la anarquía, la A en el círculo, que colgaban de su lóbulo izquierdo y el parche con el anagrama de Motorhead que llevaba en el bolsillo de la chaqueta tejana. Se le parecía tanto que habría podido ser una fotografía.

-Cartas mágicas -dijo Cassie-. No te inquietes, chica -añadió, entregándole el resto de los naipes.

-Pero...

-Barájalas -le sugirió su amiga.

Durante unos largos momentos, Ash no pudo hacer otra cosa que contemplar aquella imagen suya colocada en el banco. Notó caliente el mazo de cartas que tenía en las manos; más caliente de lo que había creído que estaría en aquel bolsillo de Cassie, junto a su pecho. Bruscamente, se dio cuenta de que hasta entonces había considerado todo aquello como un juego; ahora, de pronto, estaba convencida de que las cosas eran mucho más reales de lo que había creído.

Y el pensamiento la asustó.

-No es necesario que sigamos apuntó Cassie con delicadeza.

Ash alzó la mirada y fijó sus ojos en los de Cassie. La mujer era amiga suya, pensó. Sucediera lo que sucediese, Cassie no permitiría que algo malo le ocurriera. Y si las cartas la ayudaban en algo...

-No -dijo, pues-. Adelante.

Barajó las cartas lentamente, pensando en lo que la preocupaba, y luego le devolvió los naipes a Cassie.

-Estamos en un buen lugar -afirmó ésta-. Recuerda que aquí nos protege algún ente benévolo.

Sacó una carta de la baraja y la colocó sobre la carta del Consultante. Una imagen de Nina miró a Ash desde su superficie.

-Esta representa la atmósfera general -indicó Cassie-. Voy a extender las cartas primero, y luego hablaremos de todo lo que salga, ¿de acuerdo?

Ash no pudo sino asentir. Ver en aquellos naipes su propia imagen, primero, y la de Nina a continuación, la había dejado en un estado de profundo aturdimiento.

Cassie colocó otra carta, atravesada sobre las anteriores.

-Y ésta representa las fuerzas en oposición -explicó.

La carta mostraba la imagen del desconocido que había seguido a Ash la noche anterior.

La muchacha reprimió un escalofrío.

-Esta indica la causa y el origen del asunto.

Cassie colocó la tercera carta en el mármol, al pie de las anteriores. El grabado mostraba la imagen de una vieja cuyas facciones eran una intrincada telaraña de arrugas, más numerosas aún en torno a sus ojos castaño oscuro, que parecían intemporales. Tenía los rasgos de alguna tribu india e iba ataviada con un vestido de suave ante con abalorios y, sobre los hombros, una capa de piel. Llevaba el cabello peinado en trenzas entretejidas de plumas, conchas de moluscos y más cuentas y abalorios. Sostenía una vara con adornos de plumas en el extremo y portaba una bolsita de piel de alce a la cintura, sujeta con tiras de cuero a un cinturón adornado con cuentas.

Ash no había visto a aquella mujer en su vida. Tampoco había visto una imagen parecida en ningún mazo de cartas del tarot pero, antes de que pudiera preguntarle nada, Cassie, su amiga sacó otra carta más.

-Esta muestra una influencia que ha desaparecido recientemente -dijo, colocándola a la izquierda de la carta del Consultante. En ella había una extraña imagen mecánica que parecía una síntesis de máquina y partes de cuerpo humano. Sus únicos colores eran tonalidades de gris. LI grabado le recordó a Ash una pintura de Giger o algo sacado de la película Alíen.

-Esta muestra el futuro cercano.

La nueva carta, colocada junto al borde superior de la que representaba al Consultante, mostraba una llanura nevada y barrida por el viento en la que se alzaba una torre. No; se trataba de un árbol, pero parecía una torre con cientos de ventanucos abiertos en su superficie. La imagen provocó en Ash una sensación de absoluta desolación.

-Y ésta, el futuro lejano.

La mano de Cassie colocó la sexta carta a la derecha de la del Consultante, completando la forma de una cruz. El nuevo naipe tenía la imagen de un lobo tocado con una corona de ramas de rosal. Las hojas de las ramas aún estaban verdes y sobre la oreja izquierda del animal, entre las espinas, había un capullo rojo en plena floración.

-La próxima muestra tus miedos.

Cassie inició una hilera de cartas a la derecha de la cruz y colocó la séptima en la parte inferior. En ella se apreciaba el dibujo de los restos de un edificio devorado por el fuego. A Ash se le aceleró el pulso cuando cayó en la cuenta de que era el edificio de St. Ives donde había vivido con su madre.

-Esta representa la influencia de tu familia y tus amistades.

La octava carta fue colocada a continuación de la anterior, tocando su borde superior. En el dibujo se veía a los tíos de Ash en un prado estival, con los brazos y las piernas rodeados por las raíces y las ramas de la vegetación circundante. La imagen transmitió a Ash una sensación de esperanza y, a la vez, de amenaza.

-La siguiente indica tus propias esperanzas.

Situó la novena carta a continuación de las dos anteriores. El naipe mostraba una figura humana de espaldas, escalando una cumbre. La figura estaba a apenas unos palmos de su meta, pero no tenía dónde asirse para terminar la ascensión. Del borde superior del naipe surgía un brazo extendido para ayudar al escalador. Al aparecer en la imagen únicamente aquella extremidad, no había modo de saber quién era el que estaba en la cima, tendiéndola.

La figura que escalaba era ella, se dijo Ash. Pero, ¿de quién era aquella mano?

Y, por último, ésta muestra el resultado final anunció Cassie. Sacó del mazo la carta número diez y la colocó encima de la novena, completando así la hilera de cuatro cartas a la derecha de la cruz que había formado con las seis primeras.

Ash observó el naipe y alzó rápidamente la vista hacia su amiga. De pronto, el pulso se le había disparado al galope, como el frenético punteo de una buena guitarra de heavy metaL

-¿Qué... qué significa esto? -quiso saber.

En los ojos de Cassie advirtió una expresión que no había visto nunca. Su amiga parecía encerrada en sí misma pero, al mismo tiempo, tenía la mirada perdida en la lejanía. Era como si estuviera allí y, a la vez, en otra parte. Como si estuviera presente pero, al mismo tiempo, muy distante.

La inquietud de Ash se incrementó. El miedo se deslizó arriba y abajo de su espinazo como si estuviera dotado de pequeñas zarpas de rata.

-¿Cassie? -insistió al comprobar que su amiga no respondía-. ¿Qué sucede?

-Yo... no lo sé.

Las dos contemplaron de nuevo la última carta. Allí estaba. En blanco. Sin grabados ni dibujos. Con la superficie absolutamente libre de marcas.

La sensación reconfortante que envolvía el jardín a su llegada parecía estar desvaneciéndose y, de pronto, un intenso frío había hecho acto de presencia.

Cassie empezó a alargar la mano hacia aquella última carta cuando una ráfaga de viento se levantó de la nada y arrastró los naipes expuestos, que cayeron en el sendero a los pies de ambas y quedaron posados sobre el pavimento como otras tantas hojas caídas al azar. Cassie se quedó paralizada, con la mano extendida todavía para recogerlos y la vista perdida en el infinito.

Allí nunca sucedía nada malo, se dijo Ash mientras intentaba contener un escalofrío.

Pero, ¿y si era ella quien había traído algo malo a aquel lugar? ¿Y si llevaba dentro de sí algo malévolo que se había desatado allí, adueñándose de la magia y pervirtiéndola? Igual que llevaba dentro de sí algo que no funcionaba bien...

De improviso, Cassie se estremeció. Su extraña expresión se suavizó y, sin más comentarios, se inclinó a recoger las cartas, devolviéndolas a la baraja. Se quitó la goma elástica de la muñeca y la puso en torno al mazo, que guardó acto seguido en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cassie... -murmuró Ash . ¿Qué sucede? ¿Por qué no había nada en la última carta? ¿Cómo es posible que en esos naipes aparezcamos yo, Nina y todos los demás?

Ya te dije que eran cartas mágicas replicó Cassie. ¿Va sucederme algo malo?

No, si puedo evitarlo.

La respuesta no resultaba demasiado tranquilizadora, pensó Ash.

¿Qué decían las cartas?

Nadie va a hacerte daño -le aseguró Cassie . Te lo prometo, y Cassie Washington no falta nunca a su palabra. ¿De acuerdo?

Pero las cartas...

-Aún estoy trabajando en eso respondió Cassie-. Vengo que reflexionar un poco más antes de explicarte qué decían.

Se puso en pie y se echó la bolsa de lona al hombro.

¡Cielos! Cassie se disponía a marcharse, pensó Ash. No sabía si sería capaz de soportarlo.

-Creo que en este momento no podría quedarme sola

murmuro.

-¿Quién dice que pienso dejarte aquí? Tú vienes conmigo, chica.

-¿Adónde vamos?

-A mi casa. Quiero comentar una cosa con Huesos.

Al ver la mirada de desconcierto de Ash, Cassie sonrió.

-Ya te lo he contado, chica. Huesos es un hechicero de magia negra y creo que ésta es la fuerza que ha actuado aquí. Magia negra, densa e intensa. Lo que necesitamos es a un hechicero que nos explique qué significa.

Ash no tenía idea de lo que estaba sucediendo, pero confiaba en Cassie lo suficiente como para dejarse llevar fuera del parque y tomar el metropolitano hasta Upper Foxville, donde su amiga y Huesos compartían un edificio abandonado con otra docena de ocupantes.

Ash no había estado nunca en la zona de Upper Foxville donde se encontraban instalados Cassie y Huesos. El edificio quedaba un par de manzanas al norte de Gracie Street, justo en el centro del kilómetro cuadrado de casas vacías y solares cubiertos de cascotes que era lo único que quedaba de los bienintencionados proyectos de un consorcio inmobiliario que había intentado convertir la zona en una especie de barrio residencial en plena ciudad. En otro tiempo, toda el área había sido como los bloques al sur de Gracie, edificios de pisos y apartamentos de renta baja, pero ahora sólo acogía a ocupantes ilegales, drogadictos, motoristas y demás.

No era la clase de sitio que Ash habría visitado por propia iniciativa. Había lugares donde no merecía la pena meterse, aunque le fuera en ello la fama de dura. Incluso teniendo a Cassie a su lado, caminar por las calles cubiertas de cascotes la ponía nerviosa. Vio a unos drogadictos congregados en la boca de un callejón, con la mirada inquieta pendiente de ellas mientras pasaban. Las risas y silbidos de unos rufianes callejeros las siguieron al dejar atrás otra bocacalle. En una esquina, cerca de la casa de Cassie, un motorista solitario con la divisa de los Dragones del Diablo blasonada en la espalda de un sucio chaleco tejano las vio pasar con ojos entrecerrados, sentado a horcajadas en una Harley modificada.

Con considerable alivio, Ash cruzó un umbral detrás de Cassie para conocer a Huesos.

El interior del edificio estaba cubierto de pintadas de todo tipo, desde símbolos de anarquía pintados con spray a comentarios sobre diversas perversiones sexuales, toscamente garabateados. Basuras y desperdicios inundaban los pasillos y escaleras pero, en el primer piso, las paredes hahían sido sometidas a una limpieza y los pasillos y habitaciones estaban despejados y barridos.

-¿Qué tal va? -preguntó Cassie mientras avanzaban por un largo corredor vacío.

Bien, supongo. Ash pensó en lo que había sucedido un rato antes en los jardines de Sileno y reconoció-: Pero aún estoy algo alterada.

-Yo también -asintió Cassie.

Ash la miró, preocupada. Saber que su amiga compartía sus temores la hacía sentirse un poco mejor. La cruz era que esperaba que Cassie le resolviera todos los problemas, y si ahora veía mal las cosas...

Cortó sus pensamientos antes de que siguieran por aquellos derroteros.

-Aguanta -le dijo Cassie-. Con Huesos de nuestra parte, tenemos una ayuda muy poderosa.

Huesos era un kickaha de pura cepa, un indio americano de una pequeña tribu local perteneciente al grupo lingüístico algonquino. Era algo mayor que Cassie, en torno a los treinta, lo cual lo convertia en un auténtico anciano en comparación con Ash. Su piel tenía un intenso tono cobrizo y sus facciones eran anchas: una nariz chata, unos ojos oscuros muy separados y un mentón cuadrado. Llevaba el cabello, negro y largo, en una única trenza casi tan larga como la de la tía de Ash, e iba vestido como un punk, con tejanos negros descoloridos y rotos en las rodillas, botas de trabajo de suela gruesa y una simple camiseta blanca.

Lo encontraron en una habitación trasera del primer piso, sentado con las piernas cruzadas ante un pequeño tipi de ramitas, entre las cuales había intercalada una serie de extraños objetos: caparazones de pequeños moluscos, plumas de paloma, algo que parecía las zarpas de un animal y pequeñas tiras de cuero con el pelaje del animal aún en ellas.

Huesos no se parecía en nada a lo que Ash había esperado. Tenía una expresión tan ausente como la de Cassie en el parque, con la mirada concentrada en sí mismo pero como si, al mismo tiempo, estuviera oteando algún lugar remoto e invisible. No dio la menor muestra de haber advertido su presencia.

Estupendo, pensó Ash. Todo aquel paseo para pedirle consejo a un chiflado por los psicodélicos.

Sin embargo, tan pronto como Cassie y Ash tomaron asiento frente a él, los ojos del indio se concentraron en ellas. Por un instante, emanó de él una sensación de poder tal que hizo crepitar el aire y erizó el vello de los brazos de Ash como si la atmósfera estuviera cargada de electricidad estática. A continuación, Huesos les dedicó una sonrisa que dejó al descubierto todos sus dientes y lo transformó en lo que a Ash no pudo por menos que recordarle a un payaso.

Huesos se sacó del bolsillo una bolsa llena de caramelos de goma, se llevó uno rojo y otro negro a la boca, y los mascó con fruición. Evidentemente compartía el gusto de Cassie

por los dulces. Ash confió en que los caramelos no estuvieran cargados de algún tipo de droga.

-¿Qué, Cassie? -dijo entonces-. ¿Se te ha dado mal el día?

-Ni siquiera he empezado -respondió Cassie-. Me he encontrado a una amiga y tiene un problema.

Las facciones de cómico se volvieron hacia la muchacha.

-Hola, Ash. Me alegro de conocerte. -Le ofreció la bolsa de dulces-. ¿Quieres uno? ¡

Ash dijo que no con la cabeza y miró a Cassie.

-Esto... quizá no ha sido tan buena idea que viniera... -empezó a murmurar, pero calló a media frase y miró a Huesos más detenidamente.

¿Cómo había sabido su nombre?

- Ya sé el aspecto que tiene -oyó decir a Cassie, hablando del indio como si él no estuviera presente-, pero confía en mí. No puede evitar comportarse como lo hace. lleva demasiado de Nanabozho en la sangre.

-Nana... ¿qué?

-Hay que reír -proclamó Huesos-. Si uno no ríe, llora.

¡Es bien cierto! -asintió Cassie.

Ash sacudió la cabeza. Allí estaba sucediendo algo; aquello tenía un extraño sentido oculto que era incapaz de concretar.

-El problema es el siguiente -añadió su amiga, y se lanzó a contar lo sucedido en el parque, describiendo a Huesos la frustrada tirada de cartas y cómo había sido interrumpida. Mientras hablaba de las imágenes de los naipes, los ojos mentales de Ash fueron reviviéndolas con la misma claridad que si aún las tuviera expuestas ante ella.

Se llevó un sobresalto cuando, de improviso, Huesos le preguntó:

-¿Qué significaban para ti esas imágenes?

No quedaba ahora nada del payaso, salvo una vaga y distante llamita humorística en el fondo de sus ojos. Ash se sintió impresionada por su súbita seriedad. Las imágenes de las cartas, tan claras en su mente cuando Cassie las describía momentos antes, se hicieron confusas y enmarañadas.

-Yo...

-Vayamos una por una -apuntó Cassie, sacándola del apuro-. La primera era la de una chica de tu edad.

Sí. Mi prima Nina. -Ash le dirigió a su amiga una mirada de agradecimiento.

Con una ligera ayuda de Cassie, Ash fue recordando el resto de las cartas, explicando quiénes eran los que aparecían y la relación que tenían con su vida. Para algunas imágenes -el lobo con la corona de espinas, la anciana india , no pudo encontrar explicación; sobre otras -las ruinas quemadas del edificio donde estaba el apartamento en el que había vivido con su madre en St. Ives, sus tíos en el claro de bosque con los brazos y las piernas enredados en ramas y raíces-, sólo pudo hacer suposiciones.

Cuando hubieron repasado los diez naipes, Huesos asintió con gesto meditabundo.

-Ya veo... -murmuró.

Buscó detrás de él y alzó del suelo una bolsita de cuero que guardó en su regazo. Cerró los ojos e introdujo la mano en ella. Ash captó un curioso sonido apagado que le recordó el de un sonajero cuando Huesos movió los dedos en el interior.

-¿Qué está haciendo? -le preguntó a Cassie. Esta se llevó el índice a los labios.

Huesos empezó entonces a emitir un murmullo.

-¡Ay ye, ye-no, no-ya!

Al principio, Ash pensó que estaba gimiendo, pero luego se dio cuenta de que era una especie de cántico. La sensación de poder que había percibido durante unos instantes cuando ella y Cassie se habían sentado frente al indio volvía a notarse... y esta vez llenaba la

habitación. Se le pusieron los brazos de carne de gallina y no pudo evitar un escalofrío que parecía surgir de muy adentro, de los propios tuétanos.

El cántico se hizo más potente.

-¡Ah-nia-hee, hey-no, hey-no!

Con un movimiento brusco e inesperado, Huesos sacó la mano de la bolsa y, abriendo los dedos, esparció su contenido por el suelo, entre él y el extraño tipi.

«Así que de ahí le viene el nombre...», pensó Ash.

Lo que había arrojado al suelo era un puñado de huesecillos, los cuales quedaron dispuestos en una configuración que no tenía ningún significado para Ash -y ésta pensó que, probablemente, tampoco lo tendría para Cassie-, pero que Huesos dio la clara impresión de saber interpretar. El indio se inclinó sobre los huesecillos con los dedos extendidos para seguir el dibujo, y mantuvo la mano sobre ellos unos breves instantes.

Ahora guardaba silencio. El único ruido en la estancia era el de las respiraciones. Ash estudió los huesos, intentando adivinar qué veía el indio en ellos.

¿De qué serían? ¿De ave? ¿De ratones? Quizás era mejor no saberlo.

El hombre recogió los huesecillos con un movimiento tan brusco como el empleado antes para arrojarlos y volvió a guardarlos en la bolsa.

-El problema no es tuyo -dijo, una vez los tuvo a buen recaudo-. Te afecta, pero tú no eres el objetivo. Tu dolor y tu cólera fueron los catalizadores, lo que atrajo al espectro desde el mundo de los espíritus; sin embargo, una vez aquí, ha encontrado a otro a quien acosar.

A Ash se le empezó a acelerar de nuevo el pulso.

-Qué... qué significa eso? -preguntó.

-Quiere decir que la fuerza de tus emociones ha atraído a un espíritu de la otra vida -explicó Cassie.

-¡Vamos, Cassie! -respondió Ash-. No me vengas con cuentos.

-El problema -continuó Cassie, como si Ash no hubiera dicho nada- es que ese espíritu ha encontrado a otra persona a la que perseguir.

Ash sacudió la cabeza.

-Aunque fuera cierto lo que dices, ¿qué tendría eso de malo? Ya no es cuestión mía, ¿no?

Cassie no dijo nada, pero en sus ojos era patente la reprobación. Huesos se limitó a bajar la mirada hacia el pequeño tipi colocado en el suelo entre él y las muchachas.

Ash lanzó un suspiro.

-Está bien -musitó-. No he pensado lo que decía. O, mejor, sólo pensaba en mí.

Huesos le dirigió una sonrisa alentadora.

-Así pues, decís que lo malo del asunto es que ese...-titubeó antes de pronunciar la palabra, pues el significado de la frase seguía dejándola perpleja- ...ese espíritu anda acosando a otra persona, ¿no es eso?

Ash tenía una pequeña colección de libros de ocultismo y le gustaba pensar en las cosas que leía en esos libros, pero en lo más profundo de ella, donde no valían engaños, nunca había creído de verdad que nada de aquello fuera cierto. Porque, si lo fuera, seguro que su madre se habría puesto en contacto con ella. Esta era la verdadera razón de que hubiera empezado a interesarse en explorar aquellos temas.

Pero su madre nunca había respondido.

Porque, cuando una estaba muerta, lo estaba y basta. Una ya no podía sentir nada. Ya no existía. Y todo le daba igual.

En cambio, para los que se quedaban, las cosas eran diferentes...

-Si el espíritu te quisiera a ti -intervino Huesos-, podríamos conjurarlo para que se manifestara ahora mismo y resolver el asunto. Sin embargo, tal como están las cosas, tenemos que averiguar a quién busca y convencer a esa persona de dos cosas: primera, que el problema es real, y segunda, que podemos ayudarla.

-Apuesto a que se trata de su prima -dijo Cassie.

-¿Nina? -Ash movió la cabeza en gesto de negativa-. Imposible. Estas cosas le interesan tanto como a mí sus ridículas amigas.

-Es el cazador quien escoge -sentenció Huesos-, no la víctima.

Tal vez, pensó Ash, ¿pero Nina? ¿Quién querría a Nina?

-¿Qué hay de ese tipo que me siguió anoche desde la tienda de ocultismo? -preguntó-. Yo diría que es un mejor candidato.

-A mí también me inquieta -apuntó Cassie.

Huesos asintió.

-Ese hombre no encaja. Y yo no creo en las coincidencias. Pero ese espíritu es un aspecto femenino (me lo dicen los huesos y también la carta que os salió en el parque) y, tradicionalmente, para una cacería como ésta debería buscar a alguien de su propio sexo.

-¿Por qué? -quiso saber Ash.

-Parece que estamos ante una de las pequeñas primas manitús de la Abuela Sapo.

-Pero si la Abuela siempre ha sido benefactora -protestó Cassie, frunciendo el entrecejo.

-Es cierto -asintió Huesos-, pero las manitús son amorales. Esta parece estar marchitándose y busca la energía de un espíritu femenino joven para compensar las fuerzas que está perdiendo.

-¿Como si fuera un vampiro, quieres decir? -preguntó Ash, sin poder evitar una risilla. ¿Una especie de chupasangres india persiguiendo a su prima? Sí, exacto...

Algo parecido -respondió Huesos con expresión solemne.

Por dentro, toda Ash se puso en tensión. Cielos, se dijo, el indio parecía hablar totalmente en serio. Carraspeó y musitó:

-Entonces, hum... ¿qué podemos hacer al respecto?

-Es preciso que vea a tu prima -dijo Huesos.

¡Como si Nina fuera a acceder a acompañarla a Upper Foxville porque Ash se lo pidiera! ¿Y si invitaba a Cassie y a Huesos a cenar en casa? ¿Cómo se lo tomarían sus tíos?

Sus pensamientos inconexos se detuvieron al llegar a este punto.

Los padres de Nina.

Tiene sangre india -respondió por fin-. Mi prima Nina, me refiero. Su padre es medio no sé qué.

Y, pensándolo bien, lo más probable era que los padres de Nina acogieran a Cassie y a Huesos en su casa sin

pestañear. Desde luego, no podía decirse de sus tíos que fueran una pareja de yuppies, precisamente. Imposible, con sus viejos carteles psicodélicos del Fillmore colgados aún en la pared, veinte años después de que los conciertos fueran anunciados y celebrados. Los Grateful Dead. La Acid Test Band. Big Brother and the Holding Company.

¿Está ahora en casa? -quiso saber Huesos. Ash asintió.

-Su abuela era de no sé qué tribu, pero mi tío ha pasado aquí toda su vida, así que tal vez sea alguna tribu de esta zona.

-Me parece que diste en el clavo -dijo Huesos a Cassie-. Tendremos que...

Interrumpió la frase al escuchar un súbito clamor procedente del piso inferior del edificio.

-¡Oh, mierda! -exclamó Cassie.

-¿Qué sucede? -preguntó Ash. Cassie suspiró:

-La policía está haciendo otra de sus redadas en los edificios abandonados.

-¿La policía? ¿Con qué objeto?

-La empresa propietaria de los edificios ha convencido a algunos miembros del consejo municipal para que el departamento de Policía detenga y disperse de vez en cuando a la gente que se aloja en ellos.

Cassie parecía estar citando de corrido un artículo de periódico.

-¡Pero no hay derecho! Si nadie más utiliza los edificios, ¿por qué no podéis...?

-Porque si a alguien le sucede algo en uno de ellos y decide poner una querella, los propietarios serían declarados responsables legales y, como puedes apostar lo que quieras a que no tienen asegurado nada de esto...

Ash empezó a incorporarse.

-Entonces, salgamos de aquí. ¡Sólo me faltaría que mis tíos tuvieran que depositar una fianza para sacarme del tribunal de menores!

Cassie posó una mano en la rodilla de Ash, impidiendo que se levantara.

-¡Cassie! ¡Me castigarían sin salir durante meses!

-No tengas miedo -dijo su amiga-. Pero sólo tenemos una manera de salir de aquí sin que nos cojan.

Ash captó las voces bruscas de los policías en la planta baja, de donde procedían a desalojar a todos los ocupantes ilegales que encontraban. Oyó gritos y discusiones al fondo del pasillo, y un ruido como el de una puerta derribada a patadas.

-¿De qué estás hablando? -replico.

Cassie se limitó a mirar a su compañero.

-¿Huesos?

El indio ya estaba canturreando. Esta vez, la salmodia era distinta.

-Oh-na, oh-nya-na, hey-canta, no-ua-canta...

Huesos sacó una pipa de alguna parte. Una pipa de boquilla muy larga y de cuya cazoleta colgaban unas tiras de cuero ensartadas de cuentas, conchas y plumas.

Ash le vio cargar la cazoleta con unas hojas de tabaco muy oscuras. Y oyó los pasos de los agentes subiendo la escalera.

-Cassie... -empezó a decir. De nuevo, intentó incorporarse, pero la mano de Cassie se cerró dolorosamente sobre su muslo impidiendo que lo hiciera.

Lo siento, Ash dijo su morena amiga-, pero es mejor que vengas con nosotros.

-¡Pero si no os movéis!

Huesos interrumpió el cántico y encendió la pipa. El aire se llenó de un humo espeso, en una cantidad que Ash nunca hubiera creído posible que saliera de una pipa tan pequeña y en tan poco tiempo. La invadió una súbita sensación de vértigo, como si estuviera bajando demasiado deprisa en un ascensor. Notó un nudo en el estómago y un principio de náusea. También seguía notando la mano de Cassie sobre la rodilla, pero ya no la apretaba con tanta fuerza. Sin embargo, debajo de ella, donde había estado el suelo...

Un escalofrío le subió por el espinazo.

¡Oh, cielos...!

El suelo de madera había desaparecido y en su lugar notó la superficie áspera y desigual de una piedra. Entonces se levantó una ráfaga de viento que agitó sus cabellos y rasgó la cortina de humo, dispersándolo.

El pánico de Ash se convirtió en perpleja incredulidad al darse cuenta de que los tres estaban sentados en la cima de un enorme afloramiento de granito, por encima de una inmensa extensión de bosque, las copas de cuyos árboles formaban un mar verde que se extendía hasta el horizonte en todas direcciones.

¿Cassie...? -murmuró, con la garganta tan seca que le costaba formar las palabras-. ¿Dónde... dónde estamos...?

-En el mundo de los espíritus -respondió Huesos.

Ash lo miró. En los ojos del indio volvía a brillar aquella llamita humorística, pero la muchacha ya no encontraba nada de divertido en el hombre. Huesos era un auténtico y genuino chamán. Alguien que podía hacer aquello... podía hacer cualquier cosa, ¿no? Entonces, ¿cómo era que estaba allí, refugiado en una casa abandonada en Upper Foxville?

¿Qué quería de ella?

-No tengas miedo -volvió a decir Cassie en tono tranquilizador.

No estaba asustada, quiso contestarle Ash. Lo que estaba era aterrorizada. Pero se le había formado un nudo en la garganta y lo único que pudo hacer fue seguir mirando a su alrededor y esforzarse en despertar de lo que tenía que ser un sueño.

Nina

Después de clases, Nina cogió uno de los anticuados sillones de mimbre de la parte de atrás de la casa y lo colocó en medio del sello de correos que teman por jardín, iluminado por los últimos rayos del sol de la tarde. Fue a cambiarse de ropa -escogió unos pantalones cortos muy anchos y una blusa que se ataba holgadamente por encima del ombligo-, cogió un refresco y el último número de la revista Sassy y tomó asiento, colocando el vaso sobre uno de los anchos brazos del sillón y la revista en el otro.

Nina no estaba del mejor humor del mundo.

En primer lugar, Judy la había utilizado como excusa para largarse de paseo con Bernie Fine. A Nina no le importaba tapar a su amiga, pero querría haber hablado con Judy algo más que las cuatro palabras que habían podido cruzar en el almuerzo. Era lo malo de los chicos: siempre interferían en el serio asunto de una auténtica amistad.

Después, Nina había tenido que aguantar los gritos de su madre: que si la habían llamado de la escuela mientras estaba en el estudio, para comunicarle que Ashley había faltado de nuevo a clases, que si sabía ella dónde se había metido su prima, que si ya vería cuando le pusiera la mano encima a aquella muchacha, porque aquello ya era el colmo... Todo eso díselo a Ashley, había querido cortarla Nina. Pero, claro, Ashley no estaba, de modo que Nina había tenido que tragarse la bronca. ¡Ash se merecía que la dejaran sin salir durante un año!

Sin embargo, el auténtico problema de Nina eran sus sueños. Ya había sido suficientemente malo tenerlos una vez por semana, o así, durante todo un año. Pero últimamente estaban presentándose durante su vida cotidiana, y eso sí que no podía soportarlo. A aquel paso, pronto le cogería en pleno entrenamiento de balonvolea y se pondría a ladrar o algo parecido. Fantástico, ¿no? Ya tenía suficiente con que la mitad de la escuela la considerara una empollona; y que la otra mitad ni supiera que existiera.

No entendía a qué venía esa actitud de sus compañeras. Si una tenía que ir a la escuela, era lógico que tratara de hacer las cosas lo mejor posible. Además, muchas de las asignaturas -Historia, Lengua, pero sobre todo las Mates y las Ciencias- resultaban realmente interesantes. No era que no participase en bromas o no se saltara de vez en cuando alguna clase, escondida en los lavabos. Pero aquello no era suficiente, para ciertas personas. Si una quería estar de verdad en la onda, se suponía que no debía sacar, además, buenas notas.

Nina suspiró. Nada de aquello le servía para enfrentar-se a su problema presente.

Pensó en el consejo con el que la había dejado Judy antes de largarse con Bernie a las galerías de Williamson Street. Judy decía que la siguiente vez, en lugar de dejarse llevar por el pánico, Nina debía intentar «meterse dentro» del animal que estaba soñando que era.

-Como en Caddyshack, ¿recuerdas? -le había dicho-. Cuando Chevy Chase está explicando el zen del golf.

-Sé la pelota -apuntó Nina antes de que Judy pudiera declamar el que consideraba el segundo mejor gag dc la película (el primero era el comentario de Dangerficld sobre su propio pedo: «¿Alguien ha pisado un pato?»).

Caddyshack era una de las películas favoritas de Judy porque en ella trabajaban juntos dos de sus héroes, Bill Murray y Chevy Chase.

-Son demasiado viejos -se quejaba Nina más de una vez cuando entablaban una discusión al respecto.

-Pero son graciosos.

-A veces.

Las revisiones de Saturday Night Live con la pareja en el espectáculo eran, desde luego, más divertidas que los programas más recientes, pero... ¿Sé la pelota? ¿Sé el animal? ¿No te dejes llevar por el pánico?

Claro. Como si pudiera conectar y desconectar sus miedos a voluntad.

Suspiró de nuevo. Empezaba a refunfuñar como una vieja, se dijo y volvió a concentrarse en la revista.

Su madre solía lamentarse de que leyera revistas de adolescentes por «el tipo de roles que presentan a unas mentes jóvenes e impresionables», por mucho que Nina argumentara que sus páginas de moda y maquillaje eran el mejor modo de mantenerse en la cresta de la ola. Sin embargo, a su madre no le importaba que hojeara Sassy desde que Nina le señalara que también llevaba artículos como cl ¿Quién quiere cambiar el mundo? del último número, que habla de machismo, derechos de los animales, desarme nuclear y demás.

Nina pasó las páginas, conviniendo con un articulista en que el cantante de INXS no debería haberse cortado el pelo jamás y admirándose de que las modelos tuvieran siempre la cara tan limpia, pero sin dejar de pensar en los sueños. Cuando llegó a la columna del consultorio -en una carta, alguien preguntaba cómo saber cuándo un chico te esta utilizando; otra quería saber qué significaba «orgasmo»-pensó que quizá debiera escribir exponiendo su problema.

Pero sabía cuál sería la respuesta: Ve a ver a un psiquiatra.

Al menos, eso responderían los de la revista, si eran honrados.

Cerró la revista. Era inútil. No podía sacarse los sueños de la cabeza; sobre todo, el que había tenido en la parada del autobús, esa mañana. Sólo de pensar en aquella extraña figura del fondo del callejón, le daban escalofríos.

Al cabo de un rato, se levantó y entró en la casa. Preparar un examen de Biología le ayudó a mantener la mente ocupada en otros temas hasta la cena, momento en el que las cosas se pusieron horribles porque tanto su madre como, ahora, su padre estaban furiosos y preocupados con la desaparición de Ashley.

«¡Por fin se ha largado!», fue el único pensamiento de Nina sobre el tema, pero tuvo el suficiente juicio para callárselo.

Después de cenar llamó a Judy, pero su amiga sólo quería hablar de Bernie. Bernie ha dicho eso y Bernie ha hecho lo otro. El chico la había invitado al cine el fin de semana y Judy quería pedirle que volviera a servirle de tapadera. Sólo iba a ser la segunda cita, pero era un poco como empezar en serio, ¿verdad?

Nina la escuchó un rato, pero cortó la charla a la primera ocasión con la excusa de que tenía pendientes los deberes, que ya había terminado. A continuación, se acostó.

Al menos, ahora estaría a salvo de sueños por un tiempo, pensó mientras se metía entre las sábanas, contemplando el techo.

Normalmente, rara vez los tenía más de una vez por semana. Pero aquella última semana ya había sufrido dos.

Se durmió preguntándose, entre amodorrada y medio interesada, qué le habría sucedido a Ashley...

y despertó y descubrió que tenía la piel cubierta de pelo.

Empezaba a acostumbrarse a ello. No era que le gustara -no, no; rotundamente, no pero estaba llegando al

Librodot

punto en que lo primero que hacía era llevar a cabo un rápida inspección de sí misma para ver en qué clase de animal estaba soñando que se había convertido. El pánico siempre llegaba más tarde. Cuando intentaba moverse Cuando tenía que moverse porque algo terrible estaba punto de suceder si no lo hacía...

Esta vez era un lobo.

No era justo. Ya era la tercera vez en dos días. Pero en una de las anteriores había sido un perro -un sarnoso perrillo callejero que apenas levantaba lo que un gato crecido- y ya estaba cerca de cogerle el truco a mover aquel cuerpo cuando un gran pastor alemán le había tomado por un buen bocado. El cuerpo de un lobo no era muy diferente, así que tal vez pudiera hacerlo obedecer sus deseos.

Ser la pelota.

Adelantó una pata con cautela, luego otra, concentrándose al máximo hasta haber dado algunos pasos vacilantes, con la cola muy recta tras el cuerpo para mantener el equilibrio. Sonrió y avanzó unos cuantos trancos más hasta que se encontró frente a una abrupta caída. Delante de ella se extendía una escarpada hondonada de cemento. Al otro lado había un muro bajo. Más allá, la penetrante visión nocturna del lobo le proporcionó una imagen de las amplias extensiones del zoológico de la ciudad.

Por un instante, la asaltó la frustración. Allí estaba, en el cuerpo de un hermoso depredador de primera clase -¿a ver, quién se atrevería a meterse con un lobo?-, y no podía largarse a explorar con él. Por otra parte, sin embargo, se dio cuenta de que en aquel lugar también estaba a salvo de las amenazas exteriores. Ningún valiente gran cazador se pondría a dispararle al azar con su rifle. Tampoco tenía que preocuparse por encontrar un escondite, pues, ¿dónde podía estar más segura que encerrada allí, en el zoo? Era la oportunidad perfecta para aprender más acerca del animal y sobre qué estaba haciendo en su cuerpo.

Ser la pelota.

Tal vez haría el próximo trabajo de Biología sobre los lobos.

Dio unos cuantos pasos experimentales más y su confianza aumentó cuando empezó a cogerle el truco a moverse a cuatro patas. El fino olfato del lobo le abrió un mundo asombroso de olores exóticos y se movió entre los mil y un aromas disfrutando del reto de identificarlos uno a uno.

En el extremo opuesto del recinto de los lobos, algo se movió.

Un leve estremecimiento de miedo recorrió el espinazo de Nina, pero entonces vio que era parte de la pequeña manada de lobos del zoológico. Media docena de animales salía de entre las sombras más profundas, avanzando hacia ella. La pareja alfa, los jefes de la manada, venían delante seguidos del resto.

«Hola», quiso decir Nina.

Lo que salió de su garganta fue un atronador gruñido que la sobresaltó.

Parecía una voz salida de una película de hombres lobo, pensó.

Se echó a reír ante la ocurrencia, pero se detuvo al advertir que su gruñido había provocado una reacción adversa en los demás lobos.

¡Oh, cielos!, pensó. ¿Qué habría dicho en el idioma de los lobos?

El macho alfa se acercó con las patas rígidas y emitió un grave grunido de respuesta desde lo más hondo de los pulmones.

«Tranquilo, chico -quiso decirle-. No traigo malas intenciones».

Las palabras salieron en forma de nuevos gruñidos. Al macho alfa se le erizaron los pelos del cuello. Continuó su avance y los demás miembros del grupo la rodearon.

Nina empezó a recordar cosas que había leído acerca dc los lobos. Cómo lo íntimamente unida que estaba una manada y cómo expulsaban de su territorio a los extraños. Ahora ocupaba el cuerpo de uno de sus compañeros pero, seguramente, no estaba actuando como era debido. Probablemente, no olía como era debido.

Lanzó una rápida mirada a la zanja del recinto. Era demasiado inclinada para intentar el salto. Pero si no podía

marcharse, silos lobos no podían expulsarla de lo que consideraban su «territorio», ¿qué harían?

La respuesta llegó en forma de un brusco ataque del macho alfa, que se lanzó sobre ella con los dientes al descubierto, buscándole el hombro. Ella saltó fuera de su alcance tan pronto como el lobo se movió y, aunque los dientes encontraron carne, sólo consiguieron pellizcarle el hombro sin llegar a hacerle un rasguño. De todos modos, el dolor fue intenso, un fuego ardiente en los músculos, y el pánico que hasta entonces había conseguido controlar con tanto éxito la dominó de nuevo, como si le clavaran unas zarpas en las terminaciones nerviosas.

Nina cayó de costado por el brusco movimiento de esquivar el ataque, se incorporó de inmediato con gestos frenéticos y retrocedió. Pero con ello le quedó la zanja a lx espalda y la manada delante.

«Despierta -se dijo-. ¡Despiertadespiertadespierta!»

Pero no cambió nada.

Salvo que el macho alfa cargó de nuevo contra ella.

Ash

Tranquila -dijo Cassie-. No vamos a estar aquí mucho tiempo.

Dirigió una relajada sonrisa a Ash, como si aún estuvieran paseando por los jardines de Sileno, en lugar de encontrarse en una tierra de Nunca Jamás. Pero, por incongruente que fuera la sonrisa en tal situación, seguía siendo mucho más tranquilizadora que la mueca desquiciada y torcida de las facciones de Huesos.

-Claro -asintió Ash con una vocecilla-. No mucho.

Seguía sin poder creerse lo de «aquí». ¿Dónde estaba Upper Foxville? ¿Cómo habían salido de la ciudad? Desde el escarpado afloramiento de granito sobre el cual se encontraban, no se divisaba más que bosques vírgenes. Miles y miles de hectáreas de vegetación silvestre que se extendían hasta el lejano horizonte, interrumpidas únicamente por contados afloramientos aislados como el que ocupaban y que producían la impresión de viejos huesos de piedra abriéndose paso a través del bosque para alcanzar el cielo.

Aquel lugar parecía no haber conocido nunca la pisada de un hombre blanco, y mucho menos un bloque de pisos destartalados y en ruinas.

-No conviene quedarse demasiado tiempo en este lugar -declaró Huesos, cambiando la sonrisa por una expresión solemne. Con todo, la risa continuó burbujeando en el fondo de sus ojos.

Ash le dirigió una breve mirada y luego volvió la vista hacia la espesura. Sabía que el indio era amigo de Cassie y que debía confiar en él, pero aquel hombre tenía algo que le producía escalofríos. Y no era tanto él, reflexionó la muchacha, como lo que podía hacer. Por ejemplo, arrebatarlas de la realidad sin otra cosa que un cántico y unos efectos de hielo seco dignos de los Motorhead.

Aunque tal vez no habían sido arrebatadas. El humo que salía de la pipa... tal vez no era más que alguna droga extraña y sólo estaban imaginando que se encontraban en aquel lugar. Quizás, en aquel mismo instante, los policías estaban arrastrando sus cuerpos fuera del edificio mientras ellos seguían en plena alucinación. Maravilloso.

Sin embargo, lo que veía le parecía demasiado real. Ash no estaba segura de si ello le hacía sentirse más aliviada o no. Estaba tan inquieta por todo lo que estaba sucediendo que era incapaz de concretar sus sentimientos.

Finalmente, volvió a mirar a Huesos.

-¿Por qué? -preguntó-. ¿Qué sucedería si nos quedáramos aquí demasiado tiempo?

-Este es el mundo de los espíritus -respondió él-, donde viven los manitús. No está hecho para que lo visitemos durante largos períodos con nuestra forma corpórea. Es un lugar al que viajan nuestros espíritus cuando buscamos conocimiento y sabiduría, o cuando queremos hablar con las sombras de nuestros antepasados, pero nuestros cuerpos crean ondas de disonancia, más numerosas cuanto más tiempo permanecen aquí. Unas ondas que cambian a los espíritus, que cambian la tierra. Y tales cambios no siempre son beneficiosos.

-¿Qué significa eso de hablar con los antepasados?

-quiso saber Ash.

-A veces, los espíritus recorren esta tierra antes de rel1acer o de continuar su viaje.

¿Y tú sabes invocarlos?

-He hablado con las voces del pasado -asintió Huesos.

-Pero no es una buena idea intervino Cassie. Su compañero se mostró de acuerdo:

Los muertos no suelen recordar los detalles de sus vidas anteriores. Cuando uno los llama, rara vez le reconocen. Igual que los manitús, pueden hacerte malas pasadas; no adrede, por pura maldad, como los manitús, sino simplemente por haber cometido la tontería de haberlos invocado. Todo tiene su precio, especialmente en este reino, y a veces resulta caro.

-Demasiado caro -añadió Cassie-. Puedes salir loca.

-Y, a veces, ni siquiera vuelves a salir -dijo Huesos.

Pero su madre la reconocería, pensó Ash. ¿Cómo no iba a hacerlo?

-Dado que ésta es una tierra del espíritu, de la mente continuó Huesos-, no podemos confiar demasiado en nuestras propias percepciones, sobre todo si hemos de verla a través de los toscos sentidos corporales. El tiempo sigue ciertos cursos y trayectorias, como una ráfaga de viento. En un curso determinado, viaja a la misma velocidad que el mundo que acabamos de abandonar. En otro curso, un minuto puede ser una semana. O una semana puede ser un día.

-Como en el país de las hadas -apuntó Ash, que había leído algo acerca de unos mortales que pasaban una noche perdidos en el país de las hadas y, al salir por la mañana, descubrían que habían transcurrido siete años.

__Esto es el mismo país de las hadas -afirmó Cassie- .El otro mundo donde viven los espíritus. Puedes llamarlos manitús, elfos o loa, eso no importa. Cada cual los ve de una manera diferente. Y ve la tierra diferente, pero siempre es el mismo lugar.

-Pero...

Es hora de que nos vayamos -dijo Huesos, poniéndose en pie con agilidad-. Ya hemos estado aquí el tiempo suficiente.

-¿Irnos? -preguntó Ash, incorporándose a duras penas . ¿No puedes llevarnos de vuelta con uno de tus encantamientos?

El indio asintió con la cabeza y añadió:

Pero si lo hago aquí mismo, volveríamos a aparecer en el edificio, entre la policía. Lo que vamos a hacer es caminar un poco y poner cierta distancia de por medio. Considera esta visita como un atajo para llegar de un sitio a otro... sin que nos vea nadie de nuestro mundo.

Ash miró a su alrededor, perpleja no tanto por lo que Huesos había dicho como por lo que se había callado.

-¿Hay alguien aquí que nos observe? -preguntó. No había visto el menor rastro de vida.

-Los espíritus nos vigilan -respondió Huesos, en cuyos ojos había reaparecido aquel desquiciado brillo humorístico.

¿Que los espíritus los vigilaban?, pensó Ash. Tal vez su madre estaba allí, tras alguno de los árboles, observándola...

-Vamos -dijo Cassie.

Perpleja, Ash asintió y siguió a la pareja, que había empezado el descenso hacia los árboles por la ladera del abrupto promontorio rocoso que resultaba más practicable. Mientras

avanzaba, no dejó de mirar hacia los árboles y de hacer una pausa cada vez que creía ver algo moviéndose, pero siempre resultaba ser un efecto de la luz en las ramas, o su propia sombra alargada entre los cedros y abetos.

-No te rezagues -le dijo Cassie cuando ella y Huesos se detuvieron por cuarta vez para permitir que Ash les alcanzara-. No te gustaría perderte en este lugar, créeme.

-No me voy a perder -le aseguró la muchacha.

Cassie asintió con la cabeza y continuó avanzando junto a Huesos, ambos seguidos por Ash. Sin embargo, poco después, la chica volvió a captar un movimiento y no pudo evitar quedarse muy quieta, intentando descifrar de qué se trataba. Esta vez no era su sombra ni un efecto de la luz. En esta ocasión no cabía ninguna duda: allí había alguien que la contemplaba. Ash entrevió un vago asomo de cabellos negros bajo un velo de gasa finísima que caía de un extraño casquete, dando forma a una figura bastante evocadora de las imágenes que aparecían en los cuadros y pinturas medievales. La aparición llevaba el cuerpo envuelto en ropas negras, un vestido largo o una capa. Por su silueta, Ash apreció sin ningún género de dudas que se trataba de una mujer.

-¿Quién eres? le preguntó sin alzar la voz.

Cassie y Huesos se habían detenido de nuevo a esperarla.

-¡Ash! gritó su amiga.

¡Sólo un segundo! -replicó Ash.

Dio un paso hacia la misteriosa figura inmóvil. Tuvo una efímera sensación de que el suelo se movía bajo sus

pies -una versión reducida del vértigo que había experimentado cuando Huesos les había transportado a aquel lugar desde la casa de Upper Foxville-, y a continuación cambió todo.

Cedros y pinos habían desaparecido. También la luz del sol. Ahora, la penumbra caía opresiva sobre el bosque cuyos árboles eran predominantemente abedules, en lugar de los cedros y abetos que la rodeaban hacía apenas un instante. El terreno en ligera pendiente se había hecho mucho más empinado y Ash consiguió mantener el equilibrio a trompicones.

Se volvió a mirar por dónde había venido; sólo había dado un paso, pero era como si hubiera viajado hasta el otro extremo del mundo. Y tal vez lo había hecho, porque ya no le parecía hallarse en un bosque norteamericano. Más bien tenía la sensación de estar en uno del Viejo Mundo, como los de su añorada Inglaterra. Las ramas de gruesas hayas y de robles, de olmos escoceses y de abedules blancos, extendían un tupido dosel en las alturas. Abajo, cl suelo tenía una gruesa capa de humus y estaba limpio de la mayor parte de maleza.

Y Cassie y Huesos habían desaparecido.

El único rastro de ellos que encontró fue el sonido de sus voces. Parecían lejanas, remotas, como si llegaran hasta Ash desde el otro lado de una montaña. O como si se filtraran a través de alguna barrera que actuara de sordina. La voz de Cassie, llamándola. Después, la de Huesos, que decía:

-Es demasiado tarde. Ha desaparecido donde no podemos seguirla.

-¡Tenemos que encontrarla! -replicó Cassie-. Soy responsable de que esté aquí y no puedo marcharme sin más y dejarla. Esa chica vino a pedirme ayuda y mira ahora lo que he hecho. Si no la encuentro, no podré seguir viviendo conmigo misma.

-No tendrás más remedio. Escucha, Cassie: Ash puede haber tomado mil y un caminos diferentes. Tal vez ha ido a parar a ayer. O a mañana. Puede haber caído en un tiempo que nunca existió, o que nunca existirá. No hay manera de que podamos ir tras ella. Podríamos pasarnos vidas enteras buscándola y ni siquiera acercarnos nunca a encontrarla.

Ash sacudió la cabeza. ¿Qué estaba diciendo aquel indio? ¿A qué se refería?

Cassie continuaba protestando, pero su voz iba y venía, como la señal fluctuante de una emisora de radio, y Ash no lograba distinguir lo que decía. Pero aún logró entender a Huesos.

-Lo único que podemos hacer es volver y esperar. Y desear que la chica sepa encontrar el camino a casa.

Cassie añadió algo que Ash tampoco consiguió captar.

-Rezar... oyó responder a Huesos antes de que también la voz de éste se desvaneciera.

Ash miró hacia donde le pareció que habían sonado las voces.

Ahora sí que la había hecho buena, pensó.

Un miedo nervioso le recorrió la columna vertebral. Empezó a dar un paso hacia atrás, pero luego se detuvo y echó otra mirada a la figura misteriosa que la había seducido para que se apartara del camino que seguía. Ash casi esperaba que la mujer hubiera desaparecido, pero la descubrió sentada en un tocón redondo de olmo, con unos avellanos jóvenes a su espalda. Estaba contemplándola con una leve sonrisa que despertó en Ash el incómodo recuerdo del inquietante humor de Huesos.

El velo de la mujer sólo llegaba por delante hasta el puente de su nariz, ocultándole los ojos, mientras que por detrás le caía como una cascada hasta los talones. El casquete que lo sujetaba parecía hecho de cuero duro, incrustado de pequeñas piedras preciosas. Otra gema -una piedra azul engastada en oro colgaba de una gargantilla como un medallón y reposaba en el hueco entre sus clavículas. Tenía la piel pálida, palidísima, y en la mano sostenía una granada, cuidadosamente rodeada de cintas plateadas con figuras icónicas.

Su belleza era de las que quitaban el aliento, como Ash recordaba que había sido la de su madre.

Mentalmente, Ash escuchó de nuevo las palabras de Cassie.

Puedes llamarlos manitús, elfos o loa, eso no importa.

Pero aquella mujer no era su madre.

Cada cual los ve de manera diferente.

Era una especie de reina de las hadas de los cuentos que su madre le leía.

Y ve la tierra diferente.

Igual que aquel bosque era como los de su tierra inglesa.

Pero es siempre el mismo lugar.

El lugar le sonaba familiar. Igual que la mujer.

Cosa extraña, a Ash le habían desaparecido todos sus temores. Estar perdida en aquella espesura no parecía tener importancia. Y tampoco la tenía el hecho de que hubiera algo peligrosamente atractivo en aquella mujer.

Confía en mil decía todo su aspecto.

Excepto la sonrisa.

Si te atreves, era el mensaje de ésta.

Ash dio otro paso adelante y fue entonces cuando advirtió la presencia de las aves. Junto a la mujer, sobre el tocón del olmo estaba posado un cuervo con la cabeza apoyada en su regazo, al lado de la granada. Un halcón o gavilán acechaba desde una rama baja al otro lado de la mujer.

Magia, pensó Ash. Una dama de los pájaros mágica en un lugar mágico.

Una débil voz gritó una advertencia en el fondo de su cabeza. Era la voz de Cassie.

Puedes salir loca.

Tal vez ya lo estaba, porque toda aquella tarde tenía algo de locura.

Y, a veces, ni siquiera vuelves a salir.

Pero, ¿qué la esperaba si volvía? Sólo líos y soledad y aquel horrible sentimiento de rabia que la corroía constantemente.

Allí, en el bosque, no se sentía furiosa.

Lo único que experimentaba era una sensación de asombro.

Avanzó un poco más. La mujer levantó la cabeza. Sus ojos brillaban a través del velo, pero su expresión esquiva permaneció oculta tras la gasa.

-¿Quién eres? -preguntó de nuevo Ash.

Deja que te enseñe una cosa -dijo la mujer sin hacer caso de la pregunta.

Tenía una voz grave, pero sus sonidos estaban matizados por un leve timbre como de campanillas. Dejó a un lado la granada de las cintas plateadas y echó hacia atrás la manga derecha del vestido, dejando a la vista un brazalete profusamente adornado con decenas de amuletos de plata. Los dijes tintinearon en armonía musical con la voz mientras la mujer extraía uno de ellos. Lo depositó un instante en la palma de la mano -Ash vio que era una reproducción en miniatura de ciertos grabados en piedra: un círculo de piedras transversales montado en un fino aro de plata- y, a continuación, lo arrojó al suelo entre las dos.

El cuervo lanzó un graznido y levantó la cabeza del regazo de la mujer. La otra ave entreabrió las alas con un rumor de plumas. Ash, por su parte, no pudo hacer otra cosa que quedarse plantada donde estaba y mirar a su alrededor, boquiabierta de asombro, mientras el amuleto crecía y crecía, echando hacia atrás el bosque hasta que la

misteriosa mujer y la muchacha quedaron en el centro de un círculo de piedras enhiestas, viejas y desgastadas.

-Nada tiene que ser como parece, en este lugar -dijo la mujer-. Sólo como una lo percibe... como una necesita que sea.

Hizo un extraño movimiento con los dedos y el amuleto se encogió. El bosque se cerró de nuevo en torno a ellas, más tupido y tenebroso que antes. La mujer se agachó y recuperó el dije, que volvió a colgar del brazalete. Cuando se incorporó, sus ojos ocultos tras el velo estudiaron de nuevo a Ash.

¿Entiendes lo que digo? preguntó.

Ash movió la cabeza lentamente en gesto de negativa.

¿Quién eres? -fue lo único que logró balbucir.

-Puedes llamarme Lusewen.

La mujer sonrió de nuevo (siempre aquella sonrisa exasperante) al ver la expresión de desconcierto de Ash.

-Pero un nombre no basta, ¿verdad? continuó-. Lo que quieres es tener toda mí historia y mis antecedentes debidamente catalogados y etiquetados para poder clasificarme sin problemas en la casilla adecuada de tu mente. A pesar de toda tu presunta «actitud liberal», eres tan mala como tu hermana.

-No tengo ninguna hermana replicó Ash.

Tal vez no en el sentido más estricto de la palabra, pero vuestras madres eran gemelas, ¿verdad? Compartían los mismos genes y eso os hace lo bastante iguales como para ser casi hermanas, ¿no?

-¿Cómo... cómo es que sabes cosas de mí y de mi familia?

-¿Cómo es que tú no sabes nada de mí? -replicó Lusewen.

-¡Si acabo de conocerte! ¿Cómo voy a saber quién eres?

La sensación de asombro se difuminaba por momentos, sustituida por un nuevo acceso de aquella ira siempre presente.

-Calma, calma -susurró Lusewen.

Ash tuvo ganas de abalanzarse sobre la irritante mujer, pero se contuvo justo a tiempo. Estaba ante una hechicera, se dijo, y debía mantener la calma pues, de lo contrario, Lusewen terminaría transformándola en un sapo.

-¿Dónde has conocido a esa hermana mía? -preguntó, pues.

-No la he conocido nunca declaró Lusewen . Sólo he visto a su espíritu vagar buscando tótems. Es una chica poco común. Siempre tiene misterios acechando a su alrededor.

-¿Misterios?

Espíritus.

-¿Como tú?

Lusewen sonrió:

-¿Todavía intentas encasillarme?

-Eres tú quien ha dicho que lo hacía -replicó Ash Y no es verdad.

Pero es lo que haces con todo el mundo. Lo sé. Yo...

Pero, a continuación, Ash reflexionó sobre las palabras de su interlocutora. Era cierto que se esforzaba por no emitir juicios de valor sobre la gente por su mero aspecto externo, pero ello no le impedía encasillar a cada cual en el oportuno compartimento de su mente. Punkies y carrozas, pandilleros y niñatos. Con unos se relacionaba, a otros los evitaba, a unos terceros no les hacía el menor caso...

-¿A qué te refieres con eso de «buscando tótems»?

-preguntó para cambiar de tema.

-El espíritu de tu hermana abandona su cuerpo y se introduce en el cuerpo de diversos animales, como si buscara la influencia totémica que ha de guiar su vida.

-¿Nina? -exclamó Ash con claras muestras de incredulidad en la voz-. Debes de estar bromeando.

Lusewen se incorporó bruscamente y tomó de la mano a Ash.

-Mira -le dijo.

De nuevo, el bosque se disolvió, pero esta vez fue reemplazado por una visión familiar. Lusewen la había llevado al zoológico de la ciudad, justo en mitad del recinto de los lobos. Su aparición interrumpió lo que parecía una confrontación entre uno de los animales y el resto de la manada. En el momento en que Ash y Lusewen surgieron del mundo de los espíritus en medio de los lobos, la manada se dispersó. Todos los animales huyeron a otros rincones del recinto, salyo el que había sido objeto de la agresión de los demás. Este se agazapó junto al borde de la zanja de cemento que impedía a los lobos escapar de su encierro y miró a las recién aparecidas con... con nerviosismo, sí, apreció Ash, pero en los ojos del animal se advertía también una excepcional inteligencia.

El lobo tenía ojos humanos.

De pronto, el corazón se le aceleró, desbocado.

Habría reconocido aquellos ojos en cualquier parte. Eran los ojos de Nina. Era Nina en aquel cuerpo de lobo...

O, al menos, había sido Nina hasta aquel instante. El lobo experimentó un violento temblor, parpadeó y, a continuación, su mirada volvió a ser la de un mero animal. Emitió un gruñido, descubrió los colmillos y, acto seguido, huyó igual que sus compañeros habían hecho momentos antes.

Pero Ash no tuvo la menor duda de que dentro de aquel cuerpo había estado Nina.

El zoológico desapareció de la vista, sustituido por el bosque del Más Allá al que Lusewen la devolvía. Ash sintió una flojera de rodillas que le obligó a sentarse allí mismo.

¿Cómo era posible que todo su mundo cambiara tanto en el plazo de una tarde? Diez horas antes, la magia era algo sobre lo cual leía en los libros de ocultismo deseando que fuera real, pero convencida, en el fondo, de que no lo era. Ahora, en cambio, estaba en mitad del mundo de los espíritus -donde la había conducido un chamán que también era un ocupante ilegal de Upper Foxville-, hablando con una especie de bruja, y acababa de descubrir que su dulce primita andaba metida, en realidad, en asuntos de magia de altos vuelos.

¡Cielos! exclamó.

¿Me crees ahora? -inquirió Lusewen. Ash asintió lentamente.

¡Cómo no, si lo acabo de ver con mis propios ojos!

No tenía la menor idea de que Nina llevara eso dentro.

-¡Ah!, tu hermana no ha hecho nada -explicó Lusewen-. Por lo que a ella respecta, lo que le sucede no es más que una pesadilla. Un mal sueño repetido en el que se descubre encarnada en cuerpos de animales sin entender la causa.

-¿Y bien, cuál es esa causa? -preguntó Ash.

¿Y por qué no le estaba sucediendo a ella, que al menos sabría apreciar la experiencia?, añadió para sí.

La única respuesta de Lusewen fue un encogimiento de hombros, pero Ash recordó entonces la interpretación que le había hecho Huesos horas antes, la lectura de los huesecillos de animales que había realizado en la casa en ruinas de Upper Foxville para aclarar el sentido de la consulta al tarot de Cassie.

El problema no es tuyo, había dicho el indio. Te afecta, pero tú no eres el blanco.

La agitada confusión de sus emociones había atraído algo del mundo de los espíritus (del lugar donde ahora se encontraba) y entonces...

Había encontrado a otra a quien acosar.

Había encontrado a Nina. Y... Cerró los ojos, intentando recordar qué había dicho Huesos antes de que ella empezara a burlarse de él con comentarios sobre vampiros. Algo acerca de un espíritu que estaba debilitándose... 110, la palabra que había utilizado era «marchitándose», y buscaba la energía de un espíritu femenino joven para reabastecerse y compensar la pérdida de la suya.

Ash abrió los ojos y miró a Lusewen con repentina suspicacia.

¿Qué mejor candidato a ser ese espíritu acechante, se dijo, que la mujer que tenía sentada ante ella?

-¿De qué va el asunto? -exigió saber-. ¿Qué quieres de mí?

Lusewen le lanzó aquella irritante sonrisa.

-No he sido yo quien ha venido en tu busca, sino al contrario... -murmuro.

Sí, sí. Soy yo quien ha tropezado contigo, pero ha sido un accidente...

-En el mundo de los espíritus no existen las coincidencias.

-¡Me estás volviendo loca! -exclamó Ash. Lusewen movió la cabeza en gesto de negativa.

-Lo que vuelve loca es este lugar -comentó-. Recuerda lo que te he dicho: aquí, nada tiene por qué ser lo que parece. Todo es sólo como tú lo percibas... como necesites que sea.

Necesito ayuda -dijo la muchacha.

-Para eso estoy aquí.

Ash entrecerró los ojos. Estudió de nuevo las facciones de Lusewen y, aunque la mujer seguía conservando aquel aire que a Ash le recordaba a Huesos, no parecía estar burlándose de ella. ¿Por qué sería que sus facciones seguían resultándole familiares? Había algo en ella.., como esos nombres que una tenía en la punta de la lengua pero no había modo de pronunciar.

En este lugar, nada tiene por qué ser lo que parece.

De acuerdo. ¿Dónde la llevaba eso?

Todo es sólo como tú lo percibas, como necesites que sea.

¿Era real la propia Lusewen? ¿O había hecho surgir a la mujer de su propia imaginación?

¿Puedes devolverme a mi casa? -le preguntó. Lusewen asintió.

-Pero, ¿y tu hermana? -añadió, sin embargo.

-¡No es a mi...! inició una réplica la muchacha; luego, exhaló un suspiro.

En fin, tal vez lo fuera, en algunos aspectos. O quizá debía empezar a tratar a Nina como si lo fuese.

-¿Qué sucede con ella? -preguntó.

-Si quieres ayudarla, tendrás que hacerlo desde aquí.

-¿Y qué tengo que hacer?

-Enfrentarte al origen de lo que la está perturbando.

Estupendo. Para Nina, lo mejor que podía pasarle en la vida era que Ash se largara de su habitación -se largara de la casa- y no volviera a aparecer jamás. ¿Y ahora se suponía que debía ayudar a su primita?

Soltó un nuevo suspiro y murmuró:

-Bueno, ¿por dónde empiezo?

Nina

Nina despertó y se incorporó bruscamente, como impulsada por un resorte, hasta quedar sentada en la cama asiendo entre sus apretados puños la sábana revuelta y retorcida. Tenía el pijama húmedo y adherido a la piel. Todo su cuerpo temblaba como consecuencia de la pesadilla. Hacía frío en la habitación. Un frío glacial. Su aliento formaba una nubecilla de vapor ante su rostro cuando respiraba.

Pasó por su mente una rápida sucesión de imágenes.

El zoo. Los lobos. El macho alfa atacando.

Y Ashley.

Justo al final, la aparición de su prima en medio de la manada, dispersándola. Ashley y alguien más, aunque de la acompañante de su prima sólo guardaba el vago recuerdo de una figura con velo.

Aquello era cosa de magia, pensó, tiritando tanto a causa del frío como del miedo. ¿Qué, si no, cabía deducir de la aparición de Ashley en su sueño?

Dirigió una mirada a la cama vacía de su prima y se le cortó literalmente la respiración. Sus temblores se hicieron tan violentos que apenas conseguía tomar aire y casi no podía enfocar la vista.

De pie junto al lecho de Ashley había una figura alta, envuelta en una capa. En torno a ella, el suelo estaba cubierto de una escarcha blanquecina y unos pálidos copos de nieve flotaban como motas de polvo en el aire de la estancia.

La figura se puso a hablar con una voz de mujer, más estridente que ronca. Aunque Nina no entendió lo que decía, el mero tono de la voz le provocó nuevos escalofríos que le recorrieron el espinazo.

La muchacha continuó diciéndose que aquello era realmente cosa de magia. Su prima estaba utilizando hechizos contra ella. Primero, para provocarle aquellos sueños horribles; ahora, además, mandando a una especie de demonio para acosarla.

La figura volvió a hablar y, en esta ocasión, las palabras en aquel extraño idioma se ordenaron en la mente de Nína de tal modo que empezó a entender lo que decían.

Eres mía.

Nina, perpleja, movió la cabeza en un gesto de negativa.

Has sido consagrada a mi...

-¡Vete! ¡Déjame! logró decir Nina. Le castañeteaban los dientes y apenas conseguía articular las palabras.

Mía.

La figura dio un paso hacia ella y todos los temores de Nina se fundieron en un grito aterrador que surgió desde su diafragma y le desgarró la garganta hasta estallar en su boca en un alarido agudo y penetrante. La figura titubeó y pareció emitir un débil resplandor, ondulando como un reflejo en un charco de agua estancada al que se hubiera arrojado una piedra.

Instantes después, la puerta del dormitorio se abrió con

un estruendo y apareció la madre de Nina. La figura se desvaneció como si nunca hubiera estado allí. La escarcha desapareció, igual que los copos de nieve.

Pero la sensación de frío se mantuvo, arraigado en los huesos de la muchacha igual que el recuerdo de la mujer envuelta en la capa y su terrible mensaje.

Eres mía.

Has sido consagrada a mi.

Su madre cruzó la habitación rápidamente y se sentó al borde de la cama, rodeando a Nina con sus brazos.

-Dios mío -murmuró-. Estás helada.

Nina no pudo responder. Se limitó a seguir mirando, con un estremecimiento, hacia el lugar que momentos antes había ocupado la figura.

-Mañana no irás a la escuela -anunció su madre-. Esta mañana no debería haberte permitido que fueras.

-Yo... yo...

La madre le acarició el cabello, apartando de su frente los mechones empapados en sudor. Poco a poco, la mirada de Nina pasó del lugar donde había aparecido la visitante no deseada hasta el umbral de la habitación, donde se hallaba su padre con la misma expresión ansiosa de su madre.

-¿Todo en orden por aquí? -preguntó.

-Tiene fiebre -contestó la madre-. Y ha tenido una pesadilla, ¿verdad, cariño?

¿Pesadilla? Ojalá fuera sólo una pesadilla, pensó Nina.

-Iré a calentar un ponche con leche -propuso el padre.

-En seguida te sentirás bien -aseguró la madre a Nina mientras el hombre se alejaba del dormitorio-. Estás enferma y has tenido un mal sueño. Sucede a menudo, cariño. No por ello parece menos real, pero sólo ha sido un sueño. ¿Quieres que hablemos del asunto?

Nina tragó saliva con esfuerzo.

Era..., era... -Las palabras se confundieron en su cabeza al intentar explicarse-. Era... Ashley -logró articular.

La madre exhaló un suspiro y continuó acariciando los cabellos de Nina.

-Ya lo sé, querida -murmuró-. A todos nos preocupa mucho.

-No, no es eso. Es sólo que...

-¿Has soñado con ella?

Era horrible -contestó Nina, asintiendo.

Sólo podemos esperar que no le suceda nada malo

-dijo la madre-. Tu prima siempre ha tenido un carácter muy terco, pero jamás hubiera esperado que nos hiciera algo así. Dios sabe que nos hemos esforzado con ella.

«Pues no sabes ni la mitad de lo que ha hecho», pensó Nina.

De todos modos -continuó su madre , al menos una cosa buena ha resultado de todo esto. Tal vez no debería hablar así, pero tengo que reconocer que me alegro de verte preocupada por Ash. Supongo que tu subconsciente sabe lo que sientes de verdad, aunque creas que tu prima no te importa.

¿Mi subconsciente? replicó Nina. No estaba segura de dónde quería ir a parar su madre . ¿Qué tiene eso que ver con...?

Ahí es donde tienen origen los sueños le explicó la madre . A veces, los sueños son su medio de decirnos algo que creemos ignorar.

¡Pero yo sé positivamente...!

Su madre la interrumpió, posando un dedo sobre sus labios.

-No te alteres, cariño. Lo que necesitas ahora es descansar.

Era inútil, pensó Nina. No tenía modo de explicar lo que sucedía sin que su madre creyese que lo estaba inventando para dejar en peor lugar a Ashley. En cualquier caso, era evidente que sus padres no iban a creerse lo de la magia y los hechizos. Bastantes problemas tenía ella misma para aceptarlo. Y, aunque consiguiera convencer a sus padres de que realmente había visto lo que decía, probablemente sólo conseguiría que la enviaran a ver a un psiquiatra como habían hecho con Ash unos meses atrás.

-Aquí estamos anunció su padre al reaparecer en la habitación . Ahora, bébete esto.

Traía un tazón de leche humeante con canela, nuez moscada y un chorrito de coñac. Nina se lo tomó, reconfortada por el calor del tazón que sostenía entre sus manos. El líquido cayó en su estómago como pequeñas brasas cuyo calor se extendió por todo el cuerpo. El coñac le produjo un ligero sopor.

-No te preocupes de levantarte mañana por la mañana -le dijo su madre mientras la arropaba cariñosamente . Descansa todo lo que puedas, ¿de acuerdo?

Nina asintió, soñolienta. Cuando sus padres hubieron salido de la habitación, se volvió de costado y hundió el rostro en la almohada. Sin embargo, aunque se sentía adormilada, dudó de que consiguiera conciliar el sueño. El ponche de leche había eliminado el frío de su cuerpo, pero la sensación helada que le producía pensar en lo que Ashley le estaba haciendo y el recuerdo de la figura envuelta en la capa...

Eres mía.

continuó envolviéndola como la escarcha sobre el cristal, gruesa y quebradiza.

¿Qué iba a hacer ahora?

Cuando por fin se durmió, pasó la noche inquieta y cambiando constantemente de posición, sin lograr sentirse cómoda hasta que el amanecer empezó a bañar con su luz el cielo oriental.

La mañana siguiente, Nina apenas tuvo una vaga conciencia de que, primero, su padre entraba sigilosamente en la habitación para ver cómo estaba antes de salir para el trabajo y, luego, su madre hacía lo mismo antes de marcharse al estudio. Hasta media mañana, Nina no despertó dcl todo, sobresaltada por el estridente campanilleo del teléfono que sonaba en la mesilla de noche.

-¡Habíamos quedado en que me avisarías cuando volvieras a saltarte las clases! -protestó Judy tan pronto como Nina murmuró un soñoliento «hola».

Cuando supe que me quedaría en casa, ya era demasiado tarde para llamarte -respondió.

-¿Estás enferma de verdad?

Nina no estuvo segura de qué responder. ¿Estaba realmente enferma? Eso dependía de lo que se entendiera por «realmente». Si la presencia de aquella mujer en la habitación sólo había sido producto de su imaginación...

-No lo sé -dijo por último.

-Has tenido otro sueño, ¿verdad?

-Sí. Y ha sido peor que nunca, porque ha continuado cuando he despertado.

-Eso no tiene sentido -apuntó Judy.

Así pues, Nina le explicó todo lo sucedido: la transformación en lobo del zoológico, el ataque de la manada y su retirada al aparecer Ashley y su misteriosa acompañante y, por último, el despertar en la habitación helada, con la escarcha en el suelo, la nieve en el aire y aquella figura horrible esperándola junto a la cama de Ashley.

-¿Y ahora, me crees cuando te digo que es Ashley?

-preguntó cuando hubo terminado.

-No necesariamente.

-¡Judy!

-¡Para el carro, Nina! Acepto que lo del sueño fuera cierto, pero tal vez aún estabas soñando cuando creías haber despertado, ¿entiendes a qué me refiero? A veces me ha sucedido también a mí: soñar que estaba soñando.

-Supongo que...

-Pero, aunque en todo esto haya realmente algo de magia, no parece que sea Ashley quien lo causa; al menos, es lo que se deduce de lo que has contado.

-Pero estaba allí, en el parque... observando su obra.

-Más bien da la impresión de que te salvó el pellejo ante los demás lobos.

-No sé qué decirte -respondió Nina-. Es cierto que la manada huyó al verla aparecer, pero entonces se quedó allí quieta, mirándome...

Como si no pudiera creer que fuese yo, comprendió de pronto Nina al revivir la escena mentalmente. Como si estuviera desconcertada de yerme allí, devolviéndole la mirada a través de los ojos del lobo. Pero, si Ashley no era la causante de lo que le estaba sucediendo, ¿quién...?

Evocó el recuerdo de la figura de la capa, al pie de la

cama de Ashley. La imagen era fácil de retener en su mente. Igual que su voz ronca e inquietante.

Eres mía.

Escarcha y nieve. Allí mismo, en mitad de su habitación.

Has sido consagrada a mi.

Se estremeció. ¿No estaba cada vez más fría la habitación? ¿No era escarcha aquello que contorneaba los cristales de la ventana?

-¿Nina? ¿Sigues ahí?

La voz de Judy, metálica a través del auricular pero reconfortantemente familiar, la sacó de su ensimismamiento.

-Sí, estoy aquí -respondió.

-¿Te encuentras bien?

En realidad, no. Es como... Escucha: si no estoy loca, es que tengo a alguna bruja poderosa persiguiéndome. Y no sé cuál de las dos cosas es peor.

-Es como en un cuento de hadas, ¿no? -dijo Judy.

-¿A qué te refieres?

-A lo que dijo la mujer respecto a que le fuiste prometida. Ya sabes que, en los cuentos, la gente siempre anda prometiéndole su primer hijo a alguien.

-Muchas gracias. ¿De modo que, además, debo pensar que mis padres me metieron en esto, no? Ahora sí que me siento mucho mejor.

-No me refería a que lo hicieran de verdad. Eso sólo sucede en los cuentos.

-¡Pues esto es como estar viviendo uno de ellos!

-¿Quieres que vaya a tu casa a hacerte compañía?

-preguntó Judy.

-¿Podrías hacerlo?

Los padres de Judy la controlaban tan de cerca que la muchacha debía hacer grandes preparativos para poder dar una simple vuelta por las galerías comerciales; eso, por no hablar de lo que le costaba poder acudir a una cita o saltarse la escuela. Para esto último había que falsificar una nota, lo cual no era precisamente lo más fácil del mundo porque el señor Woo tenía una caligrafía muy elegante y una rúbrica casi imposible de imitar. Danny, el hermano menor de Judy, había convertido en el trabajo de su vida perfeccionar la imitación de la firma de su padre. De momento, su versión era tan buena que la secretaria de la escuela era incapaz de distinguirla, lo cual, aunque no satisfacía al muchacho, era suficiente a efectos prácticos.

Le diré a Danny que me escriba una nota -dijo Judy.

-¿Puedes permitírtelo?

Danny no hacía nada gratis.

No tengo que pagar -respondió Judy-. Anoche lo sorprendí en el baño con un ejemplar de Playboy Le dije que un poco de chantaje puede conseguir muchas cosas.

Nina no pudo evitar una carcajada.

Se lo merece continuó Judy-. Tal vez se lo diga a todas las chicas de su clase.

-Eres retorcida.

-Pero tengo buen corazón cuando es preciso. Vendré después de comer, ¿de acuerdo?

-Gracias, Judy.

-¡Eh! ¿Para qué están las amigas, si no?

Nina sonrió mientras colgaba el teléfono. La sensación de frío que había experimentado hacía un momento había desaparecido y se sentía mucho mejor sabiendo que Judy acudiría a verla; tanto, que se levantó de la cama, se puso unos tejanos y una camiseta y bajó a

prepararse algo de comer. Había llegado hasta el último peldaño de la escalera cuando sonó el timbre de la puerta principal.

Sin pensar lo que estaba haciendo -«no abras nunca a desconocidos cuando estéis solas en casa», no cesaba de repetirles su madre a ella y a Ashley-, acudió a abrir. En el porche había un perfecto desconocido. Tenía unos veinte años, cabello corto y oscuro y facciones angulosas, e iba vestido con tejanos, una camiseta de manga corta y una larga gabardina negra de cuero. Parecía un tipo duro; lo bastante como para que Nina se arrepintiera en seguida de haber abierto la puerta tan confiadamente. Sin embargo, lo que realmente la asustó fueron los ojos del desconocido. Eran de un tono azul pálido -tan pálidos que casi parecían incoloros- y su intensidad hizo que Nina se sintiera incómoda al instante.

-Busco a Ashley Enys -dijo el individuo.

-Lo siento, pero no está -respondió Nina, y empezó a cerrar la puerta.

El desconocido apoyó la mano en la plancha de madera, impidiéndole que ajustara.

-Es importante -dijo.

Sus ojos brillaron amenazadoramente.

-Un... momento y... llamaré a mi padre. Puedes hablar con él.

Así podría salir por la puerta de atrás y acudir a la casa de al lado a llamar a la policía antes de que el tipo supiera qué estaba pasando. Pero el desconocido echó por tierra su débil plan sin darle ocasión de ponerlo en práctica.

No lo creo dijo . Tu padre está trabajando y tu madre, en el estudio. Estamos solos tú y yo, Nina.

Nína le miró, desconcertada. ¿Cómo era que conocía su nombre y dónde estaban sus padres? Y, más en concreto, ¿qué buscaba allí?

El individuo abrió de un empujón y penetró en la casa como si fuera el dueño. Cuando llegó a la altura de la muchacha, ésta se recuperó lo suficiente como para intentar escapar, pero el tipo la sujetó por el brazo y la arrastró de nuevo al interior de la casa. Luego, cerró la puerta.

-Nadie va a hacerte daño -dijo-. Sólo quiero hacerte unas preguntas.

-¿Por qué? -replicó Nina, con todo el aplomo de que fue capaz . ¿Qué eres? ¿Un policía, o acaso estás escribiendo un libro?

El extraño se echó a reír.

-Quizá soy un policía que escribe un libro.

Sin soltarla, se dirigió al salón y la obligó a sentarse junto a él en el sofá de lona. Acto seguido, le liberó el brazo y Nina se frotó la zona por donde la había tenido agarrada, aunque en realidad no le había hecho daño.

¿Qué quieres de Ashley? -preguntó.

-En realidad -respondió él-, ahora que te he conocido, creo que estaba buscando a la que no debía.

Estupendo, pensó Nina. Ashley atraía a un chiflado y ahora le tocaba a ella lidiar con él. Como si no tuviera ya bastante con sus propias preocupaciones.

Como si no estuviera ya muerta de miedo.

El individuo se recostó en el sofá con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

-Muy bien -dijo-, háblame de esos sueños.

De puro desconcierto, Nina no atinó a otra cosa que a mirarle con los ojos como platos.

Ash

Ash descubrió que viajar por el mundo de los espíritus con Lusewen era como dar un agradable paseo por los recuerdos de su hogar. El viejo bosque donde había encontrado a su

extraña acompañante no tardó en dar paso a un páramo que, a su vez, se convirtió en una serie de acantilados y pendientes sembradas de rocas hasta el mar. El paisaje podría haber sido arrancado de la costa norte de Cornualles, una zona por la que ella y su madre habían salido de excursión un fin de semana al mes durante todas las épocas del año.

Lusewen la guió a lo largo de la costa, siguiendo un estrecho sendero que se retorcía y serpenteaba entre las extensiones rocosas que bordeaban los despeñaderos. El aire estaba impregnado del sabor salado a mar. Las aves de Lusewen -la segunda era un azor, le había dicho la mujer al preguntárselo- compartían el cielo con incontables gaviotas chillonas. Bajo sus pies, el terreno estaba surcado de grietas y la tierra era gruesa y oscura allí donde quedaba acumulada entre las antiguas formaciones de arenisca.

-Este lugar es como un sueño -dijo Ash cuando se detuvieron a contemplar un pequeño rincón resguardado que se había abierto de pronto ante ellas . Como debió de ser mi tierra, antes de ser poblada.

-El sueño somos nosotras -respondió Lusewen . Al menos, en este lugar.

-¿A qué te refieres con eso?

-Sólo a que aquí, en este mundo de los espíritus, somos menos reales que el mundo en sí -explicó Lusewen con una sonrisa . Igual que los habitantes de este mundo parecen fantasmas cuando penetran en el nuestro, nosotras también somos intrusas fantasmales aquí.

-La gente con la que vine decía que, cuanto más permanece una aquí con su forma física, más peligro corre

-insistió Ash . Decían que si una se queda aquí demasiado tiempo, empieza a volverse un poco loca. ¿Es verdad eso? -dirigió una penetrante mirada a su compañera.

Siempre se puede identificar a quienes han viajado a menudo y durante mucho tiempo por estas tierras -asintió Lusewen-. Sus ojos tienen una mirada misteriosa, una especie de luz desquiciada que les hace parecer como si no estuvieran del todo en su juicio. Sonríen cuando no hay nada gracioso y parecen observar cosas que no existen. Tales personas resultan desconcertantes para aquellos que no han viajado hasta aquí; hacen sentirse incómodos a los demás, porque la locura (por muy levemente que haya rozado a alguien) siempre parece peligrosa a quienes no han conocido su tacto.

Ash pensó en los ojos de Huesos y en los de su compañera de viaje, ocultos bajo el velo pero suficientemente visibles como para revelar su brillo. Tanto Lusewen como el indio tenían aquella luz en los ojos. Los dos se sentían tan cómodos en el mundo de los espíritus como Ash en el suyo. Más incluso, quizá. Entonces se acordó del hombre que la había seguido a casa la noche anterior. Le había parecido que tenía unos ojos peligrosos, pero tal vez lo que había visto en ellos era aquella luz del mundo de los espíritus. Quizá también él había pasado un tiempo allí. Aunque eso no explicaba por qué la había seguido desde la tienda ocultista.

-Has dicho que los misterios seguían y envolvían a Nina -dijo-. ¿Por qué lo hacen?

-Porque tu hermana lleva una magia dentro de ella.

Exacto. A Ash todavía le costaba esfuerzo aceptar que su prima tuviera otras facultades especiales más allá de saber maquillarse perfectamente y de sintonizar con todo lo que estuviera de más rabiosa actualidad, fuera el nuevo disco de Madonna o algún estúpido programa de televisión.

-No insistió . Me refiero a por qué lo hacen.

-La magia los atrae.

-¿Tengo yo esa clase de magia dentro? ¿Esa que atrae los misterios?

Los ojos de Lusewen brillaron bajo el velo mientras estudiaban a Ash largo rato.

-¿Eso te haría feliz? preguntó por fin.

Ash se encogió de hombros.

-No estoy segura. Pero, decididamente, haría mi vida un poco más interesante. Me refiero a que, cuando miro cl mundo real que me rodea, cuando pienso en qué guarda para mí,

no le encuentro demasiados alicientes. Al menos, con la magia... No sé, quizá con ella las cosas serían algo distintas.

Pensó en su madre. Con la magia podría hacerla regresar, ¿no? Entonces, todo volvería a ser como antes de su muerte. Normal. No confuso y enmarañado como estaba ahora.

Tienes un problema de enfoque afirmó Lusewen.

Ash le lanzó una mirada feroz. ¿Cómo le salía ahora con ésas aquella especie de personaje de cuento?

¡Como si estuvieras al corriente de todo! -replicó.

-Sé que las cosas no te han sido fáciles empezó a decir Lusewen.

-¡Qué vas a saber! -la interrumpió Ash con una breve carcajada cargada de amargura.

-¡Claro que lo sé! -insistió la mujer-. Yo he pasado por lo mismo que tú. Mi madre murió cuando yo era muy joven. Mi padre me abandonó. Y he estado en la misma situación que tú ahora. Vagando de un sitio a otro llena de resentimiento, deseando desesperadamente integrarme pero incapaz de lograrlo porque me rondaban por la cabeza cosas para las cuales los chicos y chicas que me rodeaban no tenían el menor marco de referencia. Desde mi punto de vista, tal como recuerdo que veía las cosas cuando estaba en tu actual situación, hay dos caminos que puedes tomar. Puedes dejar que la amargura te arrastre y convierta el resto de tu vida en algo tan vacío o más de lo que te resulta ahora, o bien puedes hacer algo de provecho.

Ash deseó preguntar a Lusewen qué había sido de su madre. Deseó compadecerse de ella, compartir su dolor y mitigar, tal vez, la horrible tensión que sentía por dentro. Pero aquella cólera inexplicable no le permitía romper los muros que había erigido entre su yo interno y el resto del mundo. Unos muros necesarios pues, cada vez que se había abierto a alguien, había salido malparada. Sólo había un modo de sobrevivir, y era endureciéndose por propia cuenta.

Las dos necesidades lucharon entre sí. Ash notó que una parte de sí quería acercarse a Lusewen: la parte tierna, el corazón oculto que latía en lo más hondo bajo la apariencia externa de dureza, la niña que había recibido demasiados golpes.

Sin embargo, cuando habló, fue su genio más áspero el que puso una mueca burlona en sus labios.

-¿Ah, sí? ¿Como qué?

-Lo que estás haciendo ahora mismo, ayudar a tu prima, es un buen paso.

-Fantástico. Como si le hiciera un gran favor al mundo ayudando a la señorita Brillante.

-Podrías seguir el ejemplo de Nina en más de un aspecto -apuntó Lusewen.

Era lo mismo que le decían en la escuela, pensó Ash: ¿Por qué no te parecerás un poco a tu prima? Tienes tanta capacidad como ella, pero la estás desperdiciando.

Y el psiquiatra al que la habían llevado sus tíos no había resultado mucho mejor.

-Estoy harta de oír hablar de Nina -dijo, pues.

-Es una buena persona.

¿Y yo no?

-No he dicho tal cosa.

-Sí, bueno, tal vez sea fácil ser como ella. Nina lo tiene todo a favor.

-¿A qué te refieres? preguntó Lusewen. Su voz era suave, tranquilizadora.

Y debido a ello, debido a que -Dios sabría por qué- Lusewen parecía tener un genuino interés por ella, Ash notó que se le agolpaban las lágrimas.

«No voy a llorar -se prometió-. No lo haré.»

Pero tenía el pecho tan tenso que le costaba respirar y notó que no podría seguir conteniendo las lágrimas.

-A nada -logró responder-. Vamos... vamos a dejar el tema...

El sentimiento de pesar se hizo insoportable.

-Pero... Pero, al menos, sus padres la quieren, ¿no es eso? -insistió Lusewen-. ¿Era esto lo que querías escuchar? Sus padres no dijeron, «no te queremos» o... o «que se muera».

Y el dique se desmoronó. Ash apartó el rostro, con las mejillas bañadas en lágrimas. Lusewen alargó la mano hacia ella, pero la muchacha rechazó el gesto.

-¡No me toques! -Ash retrocedió hasta llegar al borde del acantilado, sin dejar de llorar y temblando de pies a cabeza. Lusewen se mantuvo a distancia con los brazos en torno al pecho, el cuervo posado en el hombro con las plumas encrespadas de alarma y el azor volando en círculos sobre ella y llenando el aire con sus reclamos nerviosos y espectrales.

Tu madre te quería -musitó Lusewen. Ash se limitó a redoblar su llanto-. No quería dejarte... abandonarte como lo hizo.

Al escuchar esto, el dolor que Ash sentía dentro de sí se hizo aún más intenso.

Estás segura de eso, ¿verdad? -continuó la mujer. Ash sólo pudo asentir con un gesto. Sus lágrimas no cesaban-. Y tu padre es un idiota por no quererte.

-Es fácil... para ti... decir eso...

-Vamos, Ash -Lusewen se acercó unos pasos más. Su voz parecía tener el efecto de un bálsamo sobre la muchacha . El mundo está lleno de gente como él, gente que sólo piensa en sí misma, que no asume la responsabilidad de asuntos que le incumben. Gente que no sabe amar...

Ash se volvió hacia Lusewen con un rostro angustiado, aún bañado en lágrimas. Cuando habló, las palabras le salieron entrecortadas, entre hipidos.

-Entonces... supongo que..., que soy... igual que él..., ¿no es eso...?

Lusewen terminó de cubrir la distancia que las separaba y posó una mano en el hombro de Ash. Esta se encogió, pero no se apartó cuando Lusewen la tomó por la barbilla y le hizo levantar la cabeza hasta que sus miradas se encontraron.

Yo no lo creo -declaró Lusewen.

-¿Cómo..., cómo vas a saberlo? Tú no..., no me conoces apenas...

Pero el viento levantó el velo de los ojos de la mujer y Ash vio brillar algo entre ellos. Al instante, notó como si la mirada de Lusewen penetrara en su interior. Era como si pudiera ver hasta la última rendija, hasta la última grieta, que Ash había ocultado al mundo tras su muralla protectora. Como si pasara inspección a todo lo que Ash había sido, pensado o hecho, lo sopesara y no lo encontrara tan mal.

-Has cometido errores y has tenido mala suerte -sentenció-, pero en el fondo de tu corazón, donde realmente cuenta, eres una buena persona. Eso me basta.

Ash resolló con fuerza y se limpió la nariz en la manga. Cuando Lusewen la atrajo a sus brazos y la estrechó contra sí, Ash no protestó.

-Y a ti debería bastarte también -añadió la extraña mujer.

Transcurrió un rato hasta que reemprendieron la marcha. Antes, Lusewen extrajo un amuleto del brazalete. Cuando hubo recitado la invocación que le daba vida, apareció en mitad del páramo una mesilla, algo ladeada y apoyada contra un peñasco de arenisca, sobre la cual había dos tazas de té y una bandeja de pastelillos. Ash agradeció el té. No se sentía hambrienta pero, cuando hubo probado uno de los pastelillos una especie de bollitos de miel y nueces, pero con la masa compacta-, terminó comiéndose cuatro. Incluso empezó un quinto, pero vio que no iba a poder acabarlo; Lusewen le enseñó entonces el nombre de sus aves y el truco de llamarlas a posarse en el hombro o en el brazo para darles de comer.

El cuervo se llamaba Kyfy y el azor, Hunros; los nombres significaban «confianza» y «sueño», respectivamente.

¿Por qué les has puesto esos nombres? -quiso saber Ash.

Para acordarme de confiar en mis amigos tanto como en mí misma, y para tener presente que, cuando las cosas van mal, aún es posible soñar, tener esperanza. A veces, el mero hecho de pensar de forma positiva consigue que las cosas vayan mejor. Y lo mismo puede decirse de lo contrario.

Una cuestión de actitud apuntó Ash con una desvaída sonrisa.

-Algo así. ¿Te sientes mejor? Ash asintió.

-¿Lo suficiente como para continuar?

Ash repitió el gesto de asentimiento. Se sentía mejor, realmente, aunque presa de un extraño decaimiento.

Como en respuesta a su cambio de ánimo, el paisaje se transformó mientras seguían avanzando. El páramo se hizo más yermo; los acantilados, más imponentes. No se veían más aves que Kyfy y Hunros. Eh aire se hizo cada vez más frío, hasta que Ash tuvo que abrocharse la chaqueta. Miró a su acompañante, pero Lusewen no parecía notar el frío.

Horas más tarde, después de atravesar un brezal cada vez más desolado, llegaron a la cima de una pequeña colina. A sus pies, oculto en un valle recogido, se extendía un bosque de pinos cargados de nieve. El viento que ascendía por la colina tenía el aliento del invierno. Hunros se posó en el hombro de Lusewen y protestó con su voz estridente. Kyfy cabalgó el frío viento en círculos descendentes hasta que también él buscó dónde posarse. Para gran placer de Ash, el cuervo escogió su hombro cubierto con la chaqueta tejana. La muchacha alargó la mano y acarició con cuidado sus brillantes plumas negras.

-Ahí es donde vive -anunció Lusewen.

La momentánea felicidad de Ash se evaporó. Se rodeó el cuerpo con los brazos, helada, tanto debido al frío como al lúgubre aspecto de aquel bosque. Kyfy captó su estado de ánimo y se movió con nerviosismo sobre su hombro, clavando las garras un poco más de lo que resultaba agradable.

-¿Quién? -preguntó. Pero ya lo sabía.

-Ya-wau-tse -respondió Lusewen-. El espíritu que reclama el alma de tu hermana.

Ash no se molestó en corregirla. Hermana o prima, supuso que no importaba demasiado. Se limitó a contemplar el bosque y estremecerse.

Nina

Recostado en el sofá, el extraño parecía completamente relajado. Se comportaba como si la casa fuera suya y la intrusa fuese Nina. Para la muchacha era una sensación desconcertante, pero lo que más la confundía era que, pese a la dureza de sus flacas facciones, el desconocido no parecía demasiado amenazador, allí sentado.

Con excepción de sus ojos.

Eran unos ojos peligrosos. Unas luces fantasmales titilaban en sus profundidades con una promesa de amenaza que tenía a Nina paralizada de terror.

¡Por favor, que no me mate!, se repetía una y otra vez.

-Los sueños -dijo el desconocido.

¿Quién... quién eres?

-Esa no es realmente la pregunta que quieres hacerme, ¿verdad? replicó él-. O, más bien, es sólo una parte.

-¿A qué te refieres?

-Lo que quieres es saber cómo lo sé todo de ti, qué estoy haciendo aquí, qué quiero de ti.

Nina asintió, inquieta.

«Lo que quiero es que te largues -quiso responder-. Que desaparezcas de mi vida.»

-Mi nombre es Alver -prosiguió él-. Pero puedes llamarme Al... como en la canción. -De pronto, en sus ojos había aparecido un destello burlón . ¿Qué? Esto no te dice gran cosa, ¿verdad?

Nina movió la cabeza en gesto de negativa.

Estaba siguiendo a tu prima porque le gusta jugar con la magia explicó Alver-, pero tú eres magia.

¿Yo?

Alver asintió.

-Es la magia lo que nos llama... del Otro Mundo. Y es la magia lo que me facilitó encontrarte.

-¡Oh, vamos! -replicó Nina. No se le había pasado el miedo, pero aquello era tan ridículo que no pudo evitar una protesta . Yo tengo tanta magia como un troncho de apio -añadió.

Alver sonrió.

-En realidad, algunas tribus indias utilizan la raíz y la semilla de la planta de apio como tónico y estimulante, incluso como sedante nervioso. Eso tiene algo de mágico, ¿no te parece?

Su sonrisa causó escalofríos a Nina.

-Supongo que sí, pero eso no me hace mágica a mí. Es cierto, pero, ¿qué me dices de tus sueños? ¿Qué sucede con ellos?

¿Qué crees que son?

-Una tortura -suspiró Nina.

-¿Y si te dijera que son reales?

«Pensaría que estás chiflado», se dijo Nina, pero comprendió que debía ser más diplomática.

-No te creería -contestó.

Ya veo.

Tras esto, el intruso permaneció largo rato callado, sin moverse del sofá. El brillo burlón desapareció de sus ojos reemplazado por una mirada perdida, casi melancólica, que llevó a Nina a pensar si no estaría viendo a través de las paredes, concentrado en algún paisaje remoto e invisible. Como si sus ojos fueran capaces de captar lo que nadie más podía.

Y lo que viera no lo llenase de felicidad.

-Deja que te narre un cuento -dijo por último-. Imagina que existe un lugar, un sitio remoto que no está en el aquí y ahora, en este mundo tuyo, sino.., en otra parte. Un valle, escondido a los ojos curiosos incluso en ese otro mundo oculto. Las gentes que viven allí son como las hamadríadas de vuestra mitología griega: viven en los árboles. Son, literalmente, parte del árbol. Como unidades móviles sensoriales, si quieres, pues no importa cuánto se alejen de su árbol-cobijo, siguen formando parte de él; una especie de esencia fundamental en cada uno de ellos permanece en el árbol. Y, a diferencia de la interpretación clásica de estos seres en tu mundo, están representados ambos sexos.

A Nina no le gustó cómo sonaba todo aquello. Alver le había dicho que imaginara aquel lugar y su gente pero, por su forma de describirlo, no parecía que lo estuviera imaginando. Daba la impresión de que lo consideraba real. Como el modo en que se refería repetidamente a «tu mundo» cuando hablaba sobre el único mundo que existía. O lo de que ella tenía magia. A aquel paso, pronto le confiaría que esas extrañas gentes tenían el interior de sus casas arbóreas forrado de papel de aluminio para esconderse de los extraterrestres y que Elvis era su rey y señor.

Las chifladuras estaban bien, pensó. Por ella, la gente podía volverse todo lo chiflada que quisiera. Pero así, no. Irrumpiendo en casa de una con unos ojos espantosos para contarle historias extrañas, no. Porque aquella clase de chaladura se parecía demasiado a esas otras en las que el tipo sacaba un arma y empezaba a exponer sus argumentos matando a un montón de gente.

Y, dado que ella era la única persona presente...

¿Me has seguido hasta aquí? quiso saber Alver.

Nina se apresuró a asentir, tratando de que no se alterase.

-Sí, claro.

«Síguele el juego -se dijo-. Tenle contento.»

Mientras el intruso seguía hablando, Nina echó una ojeada al salón tratando de escoger qué utilizar para golpearle... en el caso, naturalmente, de que se presentara la ocasión. Se decidió por un jarrón que había hecho su madre en un curso de cerámica que había seguido hacía un par de años. Era lo bastante sólido como para dejarlo sin sentido, pero no lo mataría como un golpe del martillo que su padre había dejado olvidado por la mañana, al salir hacia el trabajo.

-Naturalmente siguió diciendo Alver-, este bosque sería ni más ni menos que la vida, para esas gentes. Si los árboles muriesen, ellos también dejarían de existir. Sus vidas dependen del bosque y del ciclo de las estaciones. En primavera florecen, el verano es una época de actividad, el otoño un tiempo de recolección y en invierno se adormecen.

Hizo una pausa y volvió una mirada hacia Nina.

-Suena lógico se apresuró a comentar ella.

El jarrón estaba al otro lado de la estancia, sobre una mesa junto a la ventana. ¿Cuántos pasos habría?

-Lo importante que debes recordar es que, al igual que estas gentes dependen del bosque, el bosque depende a su vez del ciclo estacional. Necesita el invierno para reposar y reunir fuerzas. Necesita el verano para crecer y absorber el sol. El equilibrio es importante. Cuando no existe, el orden natural se perturba y las cosas... cambian.

Nina volvió a concentrar la atención en él. Advirtió que había dejado de hablar como cuando apareciera ante la puerta. Seguía utilizando el mismo idioma, pero ahora lo pronunciaba con un acento indefinible. Las cadencias de su habla habían cambiado también, de una especie dc descaro callejero a algo más parecido a como sonaba su profesor de Lengua cuando leía un texto en voz alta.

Un año, el invierno llegó a ese valle prosiguió Alver- como llegaba todos los años, pisándole los talones a las cosechas del otoño. Pero esta vez no se marchó. Esta vez se quedó en el valle. Pasó un año tras otro, y el invierno siguió. ¿Sabes por qué?

¿Porque unos alienígenas del espacio secuestraron a una monja enana?, quiso preguntar Nina, pero no era tan estúpida como para decirlo en voz alta. Se limitó, pues, a mover la cabeza.

-¡Porque ella había venido!

Alver se sumió de nuevo en el silencio.

El tipo se creía de verdad todo aquello, pensó Nina. Lo cual la ponía en un serio apuro. Echó otra breve mirada al jarrón y siguió buscando en la estancia otra cosa que le fuera más fácil de alcanzar si llegaba la ocasión. Sin embargo, sólo estaba el jarrón y el martillo de su padre; una cosa o la otra. Todo lo demás que se le ocurrió quedaba demasiado lejos.

-¿Quién es «ella»? preguntó por último, cuando el silencio se prolongó excesivamente.

Alver parpadeó y sus pálidos ojos clavaron en los de ella su mirada amenazadora.

-Su nombre es Ya-wau-tse, una palabra kickaha que significa «ser de fuego blanco».

Yo tengo sangre kickaha -declaró Nina, incapaz de contenerse y ocultar aquel dato-. Mi abuela paterna era una kickaha de pura sangre.

-Ya lo se.

Como si fuera un crimen, pensó para sí. Aunque tal vez para él lo fuera. ¿Quién sabía qué había tras aquellos ojos que producían escalofríos? Tal vez tenía algo contra todos los descendientes de los aborígenes americanos, por poca sangre india que corriera por sus venas.

-Ya-wau-tse es un espíritu de la tierra -explicó Alver-. Un espíritu invernal. Allí donde establece su hogar, nunca desaparece la nieve. Nada puede crecer. La rueda de las estaciones deja de girar. Y cuando deja de girar, se detienen con ella las ruedas de nuestras propias vidas. Nos quedamos reducidos al estado de latencia invernal. Nuestro espíritu se marchita y envejece sin renovarse. Todos nos volvemos algo locos. Algunos mueren. Al final, todos moriremos.

Librodot

Su voz era áspera, amarga. Sus ojos, penetrantes de dolor y de rabia.

-La muerte es parte de otro ciclo, de otra rueda

-añadió-. Sabemos aceptarla, pero Ya-wau-tse nos la trae demasiado pronto. Y de una manera demasiado antinatural.

Guardó silencio de nuevo, pero esta vez quedó en el aire una tensión tan intensa que a Nina le resultó difícil volver a respirar. Notaba el pecho tan comprimido que los pulmones no parecían funcionarle como era debido.

-Yo... todavía no entiendo... -balbució.

-¿... qué tiene todo eso que ver contigo?

Nina asintió.

-Ni siquiera los espíritus son inmortales -dijo Alver-. La mayoría se limita a cumplir su ciclo vital, como nosotros. Pero algunos han saboreado la adoración y, con ella, han obtenido una fuerza que les ha permitido incluso prolongar su tiempo de vida. Estos llegan a necesitar la energía que les da esa adoración. Si no la consiguen, se marchitan y desaparecen. Se convierten en adictos a la idea de inmortalidad y a su propio poder. Cuando se les niega la adoración, buscan la energía por otras vías.

Nina descubrió al individuo mirándola de un modo que le puso la piel de gallina.

«Aquí viene», pensó.

Empezaron a temblarle las piernas. ¿No...no estarás pensando en..., en mí para dársela, verdad?

Alver movió la cabeza en gesto de negativa.

-Todo lo contrario.

Una sensación de alivio recorrió a Nina; su tensión se relajó como el aire al escapar de un globo pinchado, hasta que Alver se llevó una mano al bolsillo interior de la gabardina y extrajo una navaja automática. Un rápido movimiento del pulgar y la hoja de acero inoxidable surgió del mango con un chasquido seco y volvió a disparar el pulso de Nina al doble de lo normal.

-Debo matarte, para que ella no tenga ocasión de utilizarte.

Había un tono de disculpa en su voz, un aire de tristeza en sus ojos, vueltos hacia ella, que expresaban algo más que el sufrimiento por su gente.

Nina no pudo hacer otra cosa que contemplar la navaja. Todo su ser parecía concentrado en el arma. Los reflejos que arrancaba la luz a la hoja. Los centelleos azulados en el metal. La perfección de su filo, delgado como una hoja de afeitar.

-¿Por..., por qué yo?

Incluso seres como Ya-wau-tse tienen que seguir ciertas normas -explicó Alver-. No puede tomar una víctima al azar, sino sólo a alguien que le haya sido consagrado, y únicamente cuando haya alcanzado la madurez. Cuando Ya-wau-tse era objeto de adoración, podría haber tomado a cualquiera de sus seguidores puesto que todos estaban consagrados a ella, pero entonces no lo necesitaba. La propia veneración de que era objeto le proporcionaba energía. Ahora que precisa nutrirse, sólo te tiene a ti.

-¡Pero...!

No creas que mi pueblo y yo estamos orgullosos de esto. Nosotros no lo deseábamos, pero no tenemos más opción, para sobrevivir. Ya-wau-tse se marchita día a día. Si logramos impedir que se recupere, pronto desaparecera y seremos libres. La rueda de las estaciones volverá a girar y las ruedas de nuestras vidas girarán con ella. La atacaríamos directamente pero, aun en su debilidad, es demasiado poderosa para que saliéramos triunfantes en tal confrontación.

-Lo lamento de veras.

Cuando Alver inició un gesto para agarrarla, Nina se hundió en el sofá de lona para alejarse todo lo posible de él.

¡Te has equivocado de persona! exclamó-. ¡A mí nunca me han consagrado a nadie!

A no ser que...

¿No podía Ashley...?, se preguntó, pero en seguida se dio cuenta de que era una tontería. ¡Como si algo de cuanto estaba diciendo aquel individuo fuera real! El tipo era tan convincente que había terminado atrapándola en aquella pequeña fantasía de revista de supermercado, pero nada de todo aquello era verdad. Lo único real era que el tipo estaba chiflado. Y que ella estaba a punto de morir.

-Pues claro que has sido consagrada -replicó él en un tono de voz sereno que se contradecía completamente con el hecho de empuñar la navaja y con la fuerza de su mano al agarrar a la muchacha por el hombro y atraerla hacia sí-. De lo contrario, Ya-wau-tse no enviaría tu espíritu a la busca de tu tótem, ¿no te parece?

Ante la expresión de perplejidad de Nina, Alver añadió:

-Lo que has experimentado no eran sueños. Ya-wautse sólo podrá tomarte cuando hayas encontrado tu tótem, pues ésta es la señal de la madurez entre su pueblo. Esta es la razón de que tu espíritu haya estado abandonando tu cuerpo y entrando en el de otras criaturas.

Nina movió la cabeza, pasmada.

-Eso... eso no es verdad.

-Por el bien de todos, ojalá no lo fuera. Pero lo es. La prueba está ante nuestras narices. Puedo oler la presencia de Ya-wau-tse a tu alrededor. Alguien te consagró a ella y ahora ha venido a reclamar su regalo.

Nina siguió negando con la cabeza.

-¿Quién? ¿Quién lo hizo?

-No lo sé. Generalmente es cosa de los padres pero, en cualquier caso, eso no importa ahora. No afecta al asunto que nos ocupa en este momento.

Mientras el intruso tiraba de ella, Nina encontró por fin fuerzas para resistirse, aunque no sirvió de nada. Alver era más fuerte de lo que correspondía a su complexión y la mantuvo sujeta con la misma facilidad que si fuera un bebé, sin hacer el menor caso a los inútiles golpes que la muchacha descargaba sobre sus hombros. La brillante hoja de la navaja se alzó en el aire al mismo tiempo que su rostro, cegando a Nina con el miedo que despertó en ella.

Perdónanos, por favor -murmuró Alver.

¡No! gritó Nina, sacudiendo la cabeza adelante y atrás mientras seguía golpeándole con sus puños-. ¡Estás loco! ¡Nada de esto es verdad!

En ese instante, escuchó un alarido. Un chillido prolongado y desgarrador que le taladró los oídos, agudo y estridente. Nina estuvo convencida de que era su propia voz hasta que Alver volvió la cabeza para mirar hacia la puerta del salón, de donde procedía en realidad aquel sonido.

Aprovechando el breve instante de distracción, Nina hizo un desesperado esfuerzo y consiguió liberarse de su captor. Rodó por el suelo, se incorporó en un abrir y cerrar de ojos y corrió al otro extremo del salón antes de volverse a ver qué había interrumpido a Alver cuando se disponía a matarla.

En el umbral de la puerta estaba Judy, con las manos en el rostro y los ojos dilatados de estupor. Cuando Alver se levantó del sofá, Judy giró sobre sus talones y echó a correr sin dejar de gritar. Mascullando una maldición, Alver fue tras ella.

Era su oportunidad, se dijo Nina. Probaría a escapar por la parte de atrás y llamar a la policía.

Pero estaba Judy. Si el tipo la cogía...

Tragando saliva con esfuerzo, Nina agarró el jarrón en el que se había fijado antes y corrió rápidamente al pasillo en busca de los dos.

Judy había conseguido llegar hasta la puerta principal, donde Alver la había acorralado contra la pared. La muchacha aún seguía chillando.

-¡Cállate! ¡Cállate! -gritaba él.

Nina se le acercó sigilosamente por detrás, con el jarrón levantado por encima de la cabeza.

«¡Por favor, que no falle!», suplicó en silencio.

Pero en el instante de llegar lo bastante cerca de él como para descargar el golpe, una especie de sexto sentido pareció advertir a Alver. Este se volvió con un destello de rabia en sus ojos pálidos y una mueca bestial en los labios. Empezó a levantar una mano para protegerse, pero llegó tarde. Nina descargó el golpe y el jarrón impactó en un lado del cráneo. Por unos instantes, el intruso abrió

los ojos de sorpresa ante el dolor y, a continuación, cayó al suelo como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas. La navaja resbaló de su mano con la caída y rebotó por el pasillo.

Nina se quedó inmóvil, con el hombre a sus pies y el jarrón sujeto precariamente entre las manos. Sus dedos, adormecidos y sin fuerzas, se abrieron por iniciativa propia y el jarrón cayó al suelo, haciéndose añicos. Notaba un extraño zumbido en los oídos y le llevó un rato darse cuenta de que era el sonido monótono de su propia sangre, audible en el súbito silencio que había caído sobre el vestíbulo. Volvió los ojos hacia Judy, que tenía la mirada fija en el cuerpo caído de Alver y los brazos apretados en torno al cuerpo.

-¿Está... está muerto? preguntó, temblando del susto.

-No lo sé- contestó Nina.

-¿No deberíamos averiguarlo?

Nina bajó la vista hasta el caído. Alver tenía sangre en la sien, donde había recibido el golpe. Y no se advertía ningún movimiento de su pecho.

-Yo... tengo demasiado miedo para tocarlo -murmuró. Judy asintió.

-Pero..., ¿no deberíamos hacer algo?

La cabeza de Nina era un mar de confusiones. No estaba en absoluto preparada para la realidad de lo que estaba sucediendo. Aquello era muy distinto de cómo parecían funcionar las cosas en la tele o en las películas. Los héroes de la pantalla siempre parecían saber perfectamente qué hacer. Ella, en cambio, tenía problemas hasta para acordarse de respirar.

-Yo... supongo que deberíamos llamar a alguien-dijo por fin. Judy asintió otra vez.

-Deberíamos llamar a la policía... ¡Oh, mierda! Se supone que yo no tendría que estar aquí. Cuando se enteren, mis padres van a matarme.

Vaya cosas de comentar en aquella situación, pensó Nina. Acababan de sobrevivir al ataque de un maníaco armado con una navaja y a Judy le preocupaba que la pillaran saltándose la escuela. Aunque ella no lo estaba haciendo mucho mejor: Ahora que Alver estaba fuera de combate, todas aquellas cosas extrañas que le había contado volvían a zumbar dentro de su cabeza como moscas topando contra un cristal.

Su espíritu, a la busca de un tótem. Gente arbórea en ruedas de tiempo.

Consagrada por alguien a un espíritu de la tierra.

-¿Nina?

Parpadeó y miró a Judy.

-¿Y si recobra el conocimiento mientras estamos llamando a la policía? preguntó ésta. Nina asintió y, finalmente, salió de su inmovilidad.

-Tendremos que atarlo.

-¿Aunque..., aunque esté muerto?

-No creo que lo esté.

Nina no quería ni pensar en la posibilidad de haberlo matado. No importaba que él hubiera estado dispuesto a acabar con las dos. Aquella parte de lo sucedido ya no le parecía del todo real.

-Iré a por una cuerda -dijo.

-Y yo iré contigo -declaró Judy-. No podría quedarme aquí, sola con él.

Nina imaginó por un instante que se marchaban las dos y, al volver, descubrían que Alver había desaparecido. Eso sí que no podría soportarlo. Sería demasiado parecido a esas películas de sangre y vísceras donde, por muchas veces que se mate al maníaco, éste siempre regresa para seguir persiguiendo a los chicos...

Librodot

-Entonces, ve tú a por la cuerda -dijo, pues-. Creo que mi padre dejó una en el armario de la cocina, bajo el fregadero.

Sacó del armario contiguo a la puerta el viejo bate de béisbol de su padre y se plantó junto al caído agarrando el mango con fuerza, hasta que los nudillos le quedaron blancos.

-Adelante -le indicó a Judy-. Cuando terminemos de atarle, llamaré a mi padre. El sabrá qué hacer.

Y entonces podría derrumbarse en los brazos de alguien y dejar de fingir que era muy valiente.

-De acuerdo -asintió Judy. Pasó con cautela junto al cuerpo de Alver y se dirigió a la cocina. Nina la oyó arrastrar cosas en busca de la cuerda y notó que le sudaban las manos, apretadas todavía en torno a la empuñadura del bate, envuelta en esparadrapo. No dejó de imaginar que veía moverse a Alver: un pequeño gesto con un dedo, un parpadeo... Judy tardó tres semanas en encontrar la cuerda, y otro mes en volver al vestíbulo con ella.

-Átalo -dijo Nina.

-¡De ninguna manera! -replicó su amiga moviendo la cabeza-. ¡Hazlo tú!

Intercambiaron la cuerda por el bate y Judy pasó a vigilar a Alver mientras Nina lo tocaba cautelosamente, primero con el pie para comprobar si se movía, y luego se lanzaba a inmovilizarle. Cuando hubo terminado, el intruso parecía una heroína de cómic atada entre las vías del tren, con metros y metros de cuerda enrollada en torno al cuerpo.

Una vez estuvo lista, telefoneó a su padre. Luego, le contó a Judy los desvaríos que había oído en boca de Alver.

Judy meneó la cabeza lentamente, mirando alternativamente a su amiga y al cautivo mientras Nina hablaba.

-Sólo era una broma dijo, cuando Nina termino-. Eso que dije de que tus padres te prometieran a un hada mala, me refiero.

-No empieces -replicó Nina.

-De acuerdo, pero...

-Además, mis padres no harían nunca algo así, ¿vale? Simplemente, el tipo está chiflado.

-Entonces, ¿cómo ha sabido lo de tus sueños? Te aseguro que yo no se lo he contado.

-Yo...

Nina dirigió una mirada angustiada a su amiga.

-Todas esas cosas que me ha contado... no pueden ser ciertas... ¿verdad? Gente que vive en los árboles y espíritus maléficos. ¡No tiene pies ni cabeza!

-Eres tú quien decía que Ashley es una bruja respondió Judy.

-Sí, pero eso era...

¿Qué?, se preguntó Nina a sí misma. ¿Distinto?

Bajó la vista hacia Alver. Con los ojos cerrados, daba impresión de estar sólo dormido. Seguía teniendo un aire duro, pero también había en él una especie de inocencia.

-¿Cómo, si no, puede haberse enterado de todo? -insistió Judy-. Respecto a tus sueños, a ti, a tu familia...

-¡No logro entenderlo! -exclamó Nina con un escalofrío.

Y poco después llegó su padre. John Caraballo echó un vistazo al cuerpo inmovilizado y luego estrechó entre sus brazos a Nina.

-¡Cielos! -exclamó-. Cuando has dicho que había un pequeño problema... ¿Te encuentras bien, cariño?

Nina asintió, con la cara hundida en su pecho. Mientras acariciaba el cabello de su hija, el hombre miró a Judy, que aún blandía el bate de béisbol entre las manos.

-¿Qué tal estás tú? -preguntó.

-Ya estoy mejor, señor Caraballo.

-Gracias a Dios murmuró él-. Quedaos aquí las dos un momento más, mientras llamo a la policía. -Se volvió hacia Nina y añadió-: ¿Ha dicho ese tipo algo sobre Ashley? Esto tiene

que estar relacionado con la desaparición. Esta mañana he sido un completo desastre en el trabajo, de lo preocupado que me tiene.

-Esto... ¿papá?

-¿Qué sucede, Nina?

-Tal vez deberías escuchar lo que ese tipo tenga que decir, antes de llamar a la policía.

El señor Caraballo arrugó la frente.

-¿A qué te refieres?

-Verás, papá. Antes de que el intruso apareciera, he tenido desde hace algún tiempo unos sueños muy extraños y... resulta que él los conoce con detalle. Yo sólo he hablado de esos sueños con Judy y ninguna de las dos los ha comentado con nadie más, pero ese tipo sabía punto por punto lo que me sucede en esas pesadillas. Y luego se ha puesto a hablar de magia y de espíritus de la tierra kickahas y de...

Dejó la frase a medias ante la expresión de perplejidad de su padre. Este lanzó una mirada valorativa a las dos muchachas y suspiró. Se agachó, comprobó los nudos de Alver y, por último, se sentó en el propio suelo del vestíbulo con las dos muchachas, Nina y Judy a un lado del prisionero y el padre al otro.

-Está bien dijo-. Supongo que podemos posponer un par de minutos la llamada a la policía. ¿Qué es lo que te ha dicho este tipo?

Alver recobró el conocimiento casi al final del relato de Nina, aunque nadie lo advirtió hasta que la muchacha hubo terminado de explicárselo todo a su padre. Fue Judy la primera en darse cuenta de que Alver tenía los ojos abiertos y les miraba. Con una exclamación, se apretó contra la pared para alejarse de él cuanto fuera posible.

Nina entendía los sentimientos de Judy, pero ella ya no estaba asustada. Teniendo a su padre allí, no sentía miedo.

-Me advirtieron de que no hablara contigo -murmuró Alver, dirigiéndose a Nina-. Limítate a hacerlo, me dijeron, pero yo pensé que merecías conocer la razón.

Sin dar tiempo a que la muchacha contestara, su padre agarró a Alver por las solapas de la gabardina y lo incorporó del suelo hasta que sus rostros quedaron a apenas unos milímetros.

¿Qué le has hecho a Ashley? ¿Qué le has hecho, miserable escoria del mundo?

Yo no soy de este mundo.

La tranquila rotundidad de su respuesta puso a John Caraballo aún más fuera de si.

-¿Dónde está? insistió, subrayando cada sílaba con una sacudida lo bastante enérgica como para que le castañetearan los dientes al intruso. Nina no había visto nunca a su padre tan enfadado y su aspecto casi le asustó tanto como las amenazas de Alver un rato antes. No había imaginado que su padre pudiera perder el control de aquella manera. Alargó la mano y la posó en su brazo.

-¡Papá, no...! -dijo con voz nerviosa.

El hombre se volvió; los ojos de un extraño la contemplaron durante un largo momento hasta que el brillo de furia desapareció por fin de su mirada. Lentamente, depositó a Alver en el suelo; después, alzó las manos y miró a las muchachas con aire sorprendido. Las dos estaban temblando.

-¡Cielos! -murmuró-. Miradme.

-¿Y si es verdad, papá? -preguntó Nina.

-Imposible. -El padre movió la cabeza-. Esas cosas de las que te ha hablado no existen.

-Pero mis sueños...

Una expresión preocupada cubrió las facciones de su padre.

Sueños de tótems -musitó.

Por su manera de decirlo, Nina comprendió que los sueños habían despertado algún recuerdo en él.

-¿Sabes algo de ellos? insistió.

-Mi abuelo, el padre de Nana Tortuga Rápida, hablaba a veces de ellos. En los años sesenta, cuando empecé a interesarme por mis orígenes como cualquier chico que tuviera una sola gota de sangre india en sus venas, me habló de las dos clases de tótem: el del clan, que cuida de la familia en su conjunto, y el personal, el que uno tiene que encontrar a través de un viaje espiritual.

-¿Hiciste alguna vez ese viaje?

El padre suspiró antes de responder:

-No conocía a ningún chamán, pero hice muchos... experimentos con diversas cosas por esa época.

Lo cual era otro modo de decir que había probado drogas, pensó Nina.

-El tótem de nuestro clan era el barbo -añadió el hombre, lanzando a su hija una mirada apesadumbrada-. No es muy estimulante, ¿verdad?

-No mucho.

-Así pues, intenté encontrar mi tótem personal por mi cuenta. Esperaba que fuese un lobo, un oso o un águila, algo impresionante de lo que pudiera ufanarme ante la gente, ¿entiendes? O, si no iba a ser algo que deslumbrase de inmediato a un no indio, que fuese al menos algo especial para los kickaha, como el sapo, que tenía fama de dar muy buena suerte, o el cuervo.

¿Y qué encontraste? -quiso saber Nina.

Nada. Sólo conseguí probar muchas cosas raras y arriesgar la salud en algunos colocones idiotas. Tuve suerte y no salí muy malparado, al contrario que algunos de mis amigos...

Nina notó que tras los ojos de su padre se agolpaban unos recuerdos desagradables y comprendió que debía estar pensando en algún viejo conocido que se había hecho junkíe o había muerto de una sobredosis. La muchacha no había entendido nunca cómo había gente que jugaba de aquella manera con su salud. Desde luego, ella no pensaba probarlo nunca.

John Caraballo sacudió la cabeza.

Bueno, ya basta. Es hora de llamar a la policía.

-Puedo demostraros que todo es real dijo Alver cuando el padre de Nina empezó a ponerle en pie-. Puedo llevaros a mi mundo.

John le miro.

-Eso no importa. Aunque lo que dices fuera verdad, y ni por un segundo creo que lo sea, ¿qué te hace pensar que sacrificaría a mi hija por tu pueblo?

Vuestra cárcel no me retendrá -amenazó Alver.

-Apuesto a que si.

Pero aunque tengas razón añadió Alver-, e incluso si mi gente no envía a nadie más para terminar el trabajo que se me encargó, tu hija seguirá estando en peligro.

John Caraballo entrecerró los ojos en una mueca de furia.

-¡No me amenaces, amigo! ¡No me amenaces y no se te ocurra jamás tocar a mi familia!

No soy yo quien te amenaza. Es el espíritu de la tierra al que consagraste a tu hija: Ya-wau-tse.

-Yo no he consagrado a mi hija a ningún...

Pero, de nuevo, se interrumpió a media frase como si nuevos recuerdos se agolparan en su mente.

¡Cielos! musitó por último.

-¿Papá? Nina le miraba con los ojos desorbitados de estupor-. ¿Es verdad lo que dice?

-Yo... no había vuelto a acordarme de ello desde entonces...

-¿De qué, papá? -insistió Nina con voz aguda.

-Fue el verano que naciste -explicó el padre-. Tu madre y yo estábamos en un festival del Renacimiento, donde se celebraba la mitad del verano. Por entonces nos interesábamos más por el lado espiritual de las cuestiones medioambientales: la tierra es nuestra madre y ese

tipo de cosas. Una noche había una gran hoguera y celebramos una improvisada ceremonia de imposición de nombres, en la que consagramos tu espíritu a la bondad de la tierra...

Las facciones de Nina se quedaron blancas.

¡Oh, cielos! murmuró-. Entonces, es cierto.

Por supuesto que no -replicó el padre . Entonces, tu madre y yo éramos apenas unos críos y nos interesábamos por un montón de estilos de vida y sistemas de vida alternativos pero, desde luego, no participábamos en ningún tipo de culto que exigiera el sacrificio de nuestra hija.

Eso díselo a la tal Ya no sé qué...

Ya-wau-tse -apuntó Alver. Al unísono, padre e hija le lanzaron una mirada cargada de rencor.

-Nina, todo esto sólo son tonterías -insistió John Caraballo.

-¿Ah, sí? Bueno, ¿y si esa Ya-wau-tse ha cometido el mismo error que Alver y es ella quien tiene a Ashley?

-Yo... su padre sacudió la cabeza-. Es imposible... Todo este galimatías de espíritus de la tierra y otros mundos y demás que nos cuenta este tipo no puede ser verdad. Tal vez tenga algo que ver con la desaparición de Ashley, pero será una relación muy tangible, muy de este mundo. Dejemos que sea la policía quien lo investigue.

Tú verás... -murmuró Alver.

¡No! replicó John . ¡Serás tú quien verá! -Se volvió hacia Nina . ¿Podrás vigilarle mientras llamo a la policía, cariño?

Nina asintió.

-Así me gusta.

Cuando el padre se puso en pie, Alver empezó a hablar de nuevo, pero esta vez lo hizo en un idioma que ninguno de los tres entendió. Emitía los sonidos con una tonalidad nasal, arrastrándolos y uniéndolos hasta fundirse unos en otros. Al escucharle, a Nina le subieron por la columna unos pequeños escalofríos de temor reverencial. La voz de Alver se convirtió en un canturreo al tiempo que el sudor empezaba a perlar su frente. Tenía los ojos completamente cerrados.

-¿Papá...?

-No sucederá nada le aseguró él, y se dirigió a toda prisa a la cocina para realizar la llamada.

En el vestíbulo, las dos muchachas contemplaron a su prisionero cantor.

-¡Señor, realmente, sólo de mirarle me dan escalofríos!

-dijo Judy.

Nina asintió, pero no hizo comentarios. Volvía a estar asustada porque iba a suceder algo. No sabía qué; sólo tenía la certeza de que en el relato de Alver había algo más que las divagaciones de un chiflado. De pronto, la atmósfera del vestíbulo parecía cargada de electricidad. Se le puso la piel de gallina y no pudo evitar un estremecimiento.

-¿Nina...? -empezó a decir Judy. Pero Nina también lo había visto.

El aire se estaba nublando. Una extraña niebla surgía del suelo donde estaba tendido Alver y llenaba el vestíbulo.

-¡Papá! -gritó Nina.

La sensación de algo inminente se agudizó de pronto. Cuando su padre estuvo de vuelta, sin haber hecho la llamada todavía, el pasillo estaba lleno de una niebla densa. Seguían oyendo el canturreo de Alver, pero éste se había convertido en apenas un susurro, como si les llegara de muy lejos.

-¿Qué diablos...? -inició una pregunta el padre de Nina.

El canturreo ceso.

Nina y Judy se pusieron en pie trabajosamente y se quedaron detrás de John mientras éste avanzaba unos pasos y alargaba la mano hacia donde el prisionero quedaba oculto en aquella niebla misteriosa.

Pero la mano no encontró nada que agarrar.

La bruma se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. Cuando se hubo aclarado, comprobaron que Alver había desaparecido con ella. Lo único que quedaba del intruso eran las vueltas de cuerda con las que le habían atado, que ahora formaban un montón desordenado sobre el suelo.

Nina y Judy se abrazaron, temblando. El padre de Nina dio otro paso adelante y se inclinó lentamente para recoger la cuerda. Cuando se volvió a mirar a las muchachas, la cuerda colgaba de su mano, laxa.

-Esto... esto es imposible murmuró. Pero la evidencia estaba allí, en su mano, a la vista de todos.

Lo único que pudo pensar Nína mientras miraba la cuerda fue que, si Alver podía hacer aquello, si era capaz de desaparecer mágicamente como lo había hecho, ¿no tenía que dar como cierto todo lo demás?

Otros mundos y búsquedas de tótems y espíritus de la tierra...

Ya-wau-tse.

A quien sus padres la habían consagrado.

Un espíritu que se marchitaba y necesitaba sangre nueva para rejuvenecer.

Estaba condenada, se dijo Nina.

Aquel convencimiento le cayó como una losa fría en la boca del estómago. Miró a su padre, pero no halló consuelo en su reacción de desconcierto. La realidad de la magia de Alver parecía haberle absorbido las fuerzas.

Condenada.

Ash

Sabes esquiar? -preguntó Lusewen.

Ash apartó la vista del bosque a sus pies para mirar a su acompañante.

-Pues no -contestó . ¿Por qué?

-Sería el modo más rápido de bajar la cuesta.

Ash asintió. Una espesa capa de nieve cubría el valle y las laderas que lo rodeaban, compacta como un tazón de gachas. No iba a ser divertido abrirse paso por ella. Se ajustó más la chaqueta. Ninguna de las dos llevaba tampoco ropas adecuadas para el frío de allá abajo; en especial Lusewen, con su tenue vestido negro y aquel largo velo.

Puedo aprender -se ofreció Ash. Lusewen se echó a reir.

-No es una habilidad que se adquiera en pocos minutos. Pero no importa. Tengo otra idea que nos servirá.

Desprendió del brazalete un dije en forma de pequeño tipi y lo arrojó al suelo. En el instante en que tocó el páramo, el amuleto de plata creció hasta convertirse en torno de ellas en una tienda de campaña que las envolvió con su calor. En el centro del tipi ardía con llama baja una pequeña hoguera; las brasas se amontonaban en ella, circundadas de piedras, y el humo escapaba a través de una abertura en el vértice superior, donde se juntaban todos los palos del armazón. El suelo estaba alfombrado de gruesas pieles. La atmósfera estaba cargada de olor a humo y a cuero húmedo. Ash notó que le picaban los ojos, pero agradeció el calor.

-Mira si encuentras algo adecuado dijo Lusewen, indicando un montón de ropas de piel apilado en un rincón de la tienda de cuero.

-¿Cómo funcionan esas cosas? quiso saber Ash.

-¿Los dijes?

Ash asintió.

-Son mágicos -respondió Lusewen con una sonrisa.

-Eso ya lo sé. Es sólo que... ¿cómo puede una cosa tan pequeña y hecha de plata convertirse en otra de tamaño natural y real? Me resulta completamente incomprensible.

-La magia es así. Estos amuletos funcionan aquí, en el mundo de los espíritus, en todos los aspectos del mundo de los espíritus, pero no en el nuestro.

-Es una lástima.

-Cada mundo tiene sus propios prodigios.

-Supongo que si.

Mientras hablaban, Lusewen se había dado más prisa en vestirse que Ash. Había escogido una chaqueta de piel con capucha y unos pantalones, una gruesa bufanda y unas botas cálidas de piel vuelta. La muchacha se apresuró a imitar su indumentaria. Salvo un par de botas que le ajustaban perfectamente, el resto de la ropa que encontró le venía un poco demasiado holgada.

-Parecemos un par de esquimales -comentó mientras se echaba la bufanda al cuello.

-Pero no pasaremos frío -replicó Lusewen.

En otro rincón de la tienda, sobre las pieles del suelo, había una especie de trineo que la mujer recogió.

-¿Todo a punto? -preguntó. Ash asintió.

Lusewen hizo de nuevo aquel extraño movimiento con los dedos y el tipi volvió a su forma de dije, llevándose con él su oscuro calor. Ash parpadeó ante el brusco cambio de luminosidad y tomó el trineo de manos de Lusewen mientras ésta recuperaba el amuleto y volvía a colgarlo del brazalete.

-¿Cómo es que todo esto no desaparece también? - preguntó Ash, pellizcando la manga de la chaqueta de piel. Lusewen se encogió de hombros.

-Por la misma razón que dejamos de tener hambre después de nuestra comida de hace un rato. No se qué son esos amuletos, de dónde vienen o cómo actúan. Sólo sé el modo de utilizarlos. Tomó de nuevo el trineo, lo colocó sobre la nieve en la parte alta de la ladera y añadió-: ¿Prefieres sentarte delante o detrás?

-Decididamente, delante dijo Ash.

-Sabía que dirías eso -sonrió su acompañante.

El descenso hasta el bosque resultó estimulante y regocijador. Kyfy y Hunros planearon sobre ellas Llenando el aire de voces ásperas y estridentes que se emparejaban con las carcajadas que surgían de la garganta de Ash. Por unos instantes, los problemas y preocupaciones quedaron olvidados. Cuando llegaron al fondo estaba sin aliento. Ni siquiera la tenebrosa penumbra del bosque logró disipar su repentino buen humor. De momento, Ash se sentía contenta de estar viva.

Se apearon del trineo y se sacudieron la nieve acumulada en las chaquetas. Lusewen hizo aparecer de nuevo el tipi, guardó el trineo en su interior y, acto seguido, colgó de nuevo el dije en el brazalete. Mientras lo hacía, Ash estudió el bosque. Sus inquietantes sombras le pusieron los nervios de punta. Poco a poco, la euforia que había sentido fue difuminándose.

Noto como si alguien nos estuviera observando

-comentó.

-Así es, en efecto. Pero no te preocupes añadió Lusewen y, al ver que Ash le dirigía una brusca mirada de inquietud, añadió-: Sólo son los espíritus de los árboles. No rompas ninguna rama ni prendas fuego y no tendrás nada que temer.

Algo en su tono de voz avivó todavía más la inquietud de Ash.

-Lo has dicho como si no fueras a venir conmigo

-apuntó.

-En efecto. Aquí te dejo.

-Pero...

-Esta empresa es cosa tuya -añadió Lusewen con voz suave mientras acariciaba las plumas de Hunros, que se había posado en su hombro con las zarpas profundamente hundidas

en la piel de la chaqueta. Kyfy seguía aún en el aire, revoloteando sobre sus cabezas en grandes círculos.

Sí, pero todo esto ha sido idea tuya protestó Ash . Yo no sé nada de Ya-wau-tse. ¿Cómo daré con ella? ¿Qué debo hacer cuando la encuentre?

-Encontrarla es fácil. Cuando entres en el bosque verás un sendero. Síguelo y te llevará directamente a su torre. Pero no te apartes del camino.

-¿O apareceré en otro lugar?

-....o en otro tiempo -añadió Lusewen, asintiendo.

-Pero, ¿qué hago entonces? ¿Cómo puedo derrotarla?

-En ningún momento hemos hablado de luchar

-puntualizó la mujer-. Si he entendido bien, lo que te proponías era rescatar a tu hermana.

-¿Y cómo se supone que voy a hacerlo?

-Podrías ofrecerte a ocupar su lugar.

Ash miró a la mujer con una expresión de desconcierto. Lusewen se limitó a sostener su mirada con aire apacible.

-No hablarás en serio, ¿verdad? -dijo la muchacha.

-Es una opción.

-Una opción fantástica. Así, Nina vuelve a recuperarlo todo y yo me quedo sin nada. Lo pierdo todo.

-O tal vez lo ganas... todo.

-Me parece que algo falla en lo que dices -insistió Ash . Si entregarse a Ya-wau-tse es tan buena cosa, ¿por qué no dejar que Nina se aproveche de ello?

-Porque tu hermana no lo hace voluntariamente.

-¿ Yeso cambia las cosas?

-Las opciones que tomamos siempre cambian las cosas.

-Ya entiendes a qué me refiero.

-Y tú también entiendes a qué me refiero yo -replicó Lusewen.

Ash volvió de nuevo la mirada hacia el bosque. La nieve se amontonaba en las ramas de los pinos. Salvo el sonido de sus propias respiraciones, el silencio era absoluto. Más allá de los primeros árboles, la oscuridad se hacía impenetrable. La muchacha miró otra vez a su acompañante. Kyfy se había posado por fin y estaba acicalándose las plumas sobre el otro hombro de Lusewen.

La mujer hizo saltar el broche que cerraba el brazalete y ofreció los dijes a Ash.

-Ahora, esto te pertenece a ti proclamó.

-¿A mí?

Ash cogió con cautela el brazalete. Los amuletos aún estaban calientes del contacto con Lusewen.

-¿Puedo utilizar alguno de ellos para derrotar a Yawau-tse? -preguntó.

Lusewen movió la cabeza en gesto de negativa.

-Los amuletos son para crear, no para destruir. Puedes encontrar o inventar otros y añadirlos al brazalete; recuerda solamente que deben ser de plata auténtica y que no han de ser símbolos de forma alguna de destrucción. Si añades un solo dije de estas características en el brazalete, se convertirá en lo que es en nuestro mundo: apenas una pieza de orfebrería más. Sin poderes especiales.

-Llevaré cuidado.

-Para dar vida al amuleto continuó Lusewen-, debes concentrarte en una imagen mental muy clara de lo que quieres invocar. Y esto... -la mujer hizo de nuevo aquel extraño movimiento con los dedos, pero en esta ocasión lo efectuó lentamente, de modo que Ash pudiera observar cómo se hacía- es para devolver a lo invocado a su aspecto de dije.

Ash asintió para demostrar que lo había entendido, pero en aquel instante le costaba bastante concentrarse. Mientras sostenía el brazalete, la asaltó un recuerdo que su mente se negó a pasar por alto.

En él, vio a Cassie sentada junto a ella en el banco de los jardines de Sileno, extendiendo las cartas sobre el mármol como había hecho aquella mañana, antes de que empezaran todos aquellos sucesos sobrenaturales. La novena carta, la que representaba las propias esperanzas de la consultante, había mostrado una imagen de la propia Ash intentando alcanzar una cumbre en la que no quedaban ya más asideros. En la carta, una mano descendía de la parte superior para prestarle ayuda. Y -Ash lo recordaba ahora con claridad- esa mano auxiliadora lucía en la muñeca un brazalete de amuletos.

El mismo que ahora tenía en su poder, advirtió la muchacha. Tenía que ser el mismo brazalete.

Lo cual significaba que la mano que aparecía en la carta había de ser la de Lusewen.

-¿Quién eres? -preguntó Ash. Lusewen sonrió:

-¿Todavía andas buscando una categoría en la que poder encasillarme definitivamente?

Te aseguro que no.

-Soy quien tú podrías ser.

Ash sostuvo el brazalete en la palma de la mano.

-¿Te refieres a que podría convertirme en una hechicera como tú?

-Ante cada opción que realizamos se abre un millar, mil millares de futuros posibles -respondió Lusewen-. Y cada uno se convierte en un mundo entero donde desarrolla su vida la persona que ha tomado la decisión de crearlo.

-¿Estás diciendo que podría?

-¿Quién sabe? En alguno de esos mundos, tal vez. Cualquier cosa es posible, sobre todo aquí, en este lugar.

-Pero, ¿sigue siéndolo cuando una regresa a su mundo? -insistió Ash-. ¿O el objeto pierde sus facultades y vuelve a ser normal?

-Depende de quién lo utilice y de qué facultades se trate -contestó Lusewen. Se llevó la mano al bolsillo, sacó aquella curiosa granada de franjas grabadas con imágenes, la sostuvo a la altura de los ojos unos instantes y se la entregó a Ash.

-Esto también es para ti -anunció.

-¿Qué es?

-Lo que tú quieras que sea -respondió Lusewen encogiéndose de hombros.

-No hables así, por favor. Me desconciertas

-Recuerdas lo que te he dicho sobre este lugar cuando me has encontrado?

Ash asintió.

-Que es el mundo de los espíritus el que está 1oco y no la gente que lo habita.

-Exacto. Pero puede volver loco a cualquiera. Ahí está la trampa. Este mundo intenta cambiarte para que te parezcas a él, en lugar de dejar que seas tú misma. Tienes que ser fuerte.

-Pero...

-Buena suerte, Ash.

-¡Espera un momento! -suplicó la muchacha-. ¡No te vayas!

Pero ya era demasiado tarde. Lusewen dio una zancada da hacia un lado y desapareció como si se hubiera ocultado entre los pliegues de un telón invisible.

-¡No puedes dejarme aquí! -exclamó Ash-. No soy mas que una niña.

Apenas terminó de decirlo, se levantó una ventolera que hizo volar la nieve en torno a ella.

Eso hemos sido todas alguna vez, oyó que susurraba al pasar.

El viento se calmó.

Volvió el silencio.

Y Ash se encontró sola, plantada entre los ventisqueros en el lindero del bosque.

«Me ha tendido una trampa», pensó. Todo aquello había sido una encerrona. Lusewen estaba conchabada con Ya-wau-tse.

Bajó la vista hasta el puño izquierdo, cerrado con fuerza. Lentamente, abrió los dedos y estudió el brazalete que sostenía en la palma. Después, observó con la misma atención la extraña... fruta de joyería, fue el único nombre que se le ocurrió para describir el objeto.

Nada tenía ya lógica ni sentido.

No sabía en quién o en qué confiar ya.

Lusewen le había parecido la amiga perfecta. Un poco extraña al principio pero, una vez la había conocido mejor, Ash había sentido una auténtica afinidad con la mujer. Había creído que podía confiar en ella a pesar de sus ojos inquietantes, de la magia, de los pájaros y de todo lo demás. Lusewen había parecido mostrar auténtico interés por ella; no en cómo le iba en la escuela y con los demás chicos y chicas, o en si ayudaba en las tareas de la casa o en si era puntual, sino interés por ella. Por lo que sentía, por sus esperanzas y aspiraciones, por sus temores...

Ash se había abierto a ella como nunca lo había hecho a nadie... ni siquiera a Cassie.

Y ahora Lusewen la abandonaba.

Igual que había hecho su madre.

Y su padre.

Esta empresa es cosa tuya.

Claro. Como si pudiera llevarla a cabo sola.

Había entendido que te proponías rescatar a tu hermana.

Como si Nina fuera a hacer alguna vez lo mismo por ella.

Podrías ofrecerte en su lugar.

Seguro. Sacrificarse por Nina, que siempre conseguía lo que se proponía.

¡De ninguna manera!

Tal vez lo ganes todo.

Ash volvió a mirar el brazalete.

¿Todo?

La magia no lo era todo, comprendió en aquel instante. La magia sólo era una herramienta que se utilizaba para ayudar a conseguir un objetivo, pero lo más importante era el proceso, el aprendizaje, y no el resultado final. Esto era lo que decían todos los libros serios que había leído sobre el tema. Importaba el viaje, no el destino, aunque se necesitaba éste para embarcarse en aquél.

Y, en último término, tenía que hacerlo una misma. Los demás podían señalar direcciones, marcar buenas rutas, pero el viaje tenía que realizarlo una misma paso a paso.

Esto era lo que había querido decir Lusewen, ¿verdad? Esta era la razón de que se hubiera marchado de aquella manera.

Ash deseó convencerse de ello porque quería confiar en la misteriosa mujer. Porque necesitaba confiar en alguien.

Necesitaba amigas de verdad.

Con un suspiro, se ajustó el brazalete sobre la muñeca, guardó la granada en el bolsillo y, volviéndose, contempló de nuevo el bosque.

Naturalmente, pensó, por eso había ido a escoger por amiga a una persona como Cassie, que estaba más tiempo fuera de la ciudad del que pasaba en ella. Pero no era preciso que las amigas estuvieran siempre justo al lado para saber que una contaba con su amor y su apoyo, ¿verdad? Y cuando una tenía que hacer algo por sí misma...

¿Deseaba realmente hacer aquello?

En absoluto.

Pero Lusewen lo había dejado muy claro: Ash estaba tan absorta en lo que consideraba que iba mal en su vida, tan concentrada en sus aspectos negativos, tan dispuesta a dejar que todo fuera pasando y a aceptar aquel estado de cosas, que ni siquiera había intentado nunca

Librodot

mejorar su existencia. Cualquiera que tuviese un ápice de autoridad sobre ella se convertía automáticamente en el enemigo. Y todo el mundo lo era...

Cuando estaba con Cassie, no hacía más que hablarle de sus problemas. En realidad, Ash no sabía gran cosa acerca de su amiga. Por ejemplo, ignoraba la razón de que una mujer de su evidente buena educación hubiera escogido vivir en las calles como echador de cartas.

En cuanto a los chicos y chicas de la escuela... Estaba claro que ninguno de ellos era más que fachada. Poses de suficiencia y frialdad. Aires de rudeza.

Y Nina.

Si tenía que ser sincera consigo misma, pensó Ash rememorando el pasado, debía reconocer que su prima se había esforzado realmente por hacerla sentirse cómoda cuando se había mudado a la casa de sus tíos. Ella no le había concedido entonces la menor oportunidad, por lo cual no era de extrañar que Nina hubiese terminado por responder a la hostilidad de Ash con su enojo.

¿Podrían ser amigas alguna vez? ¿Realmente deseaba ser amiga de alguien como Nina, con su peinado perfecto y sus ropas de anuncio de revista, su música sensiblera y sus notas excelentes?

Pero, en realidad, todo aquello no tenía nada que ver, ¿verdad?

Una no se metía en un asunto como aquél intentando calcular lo que podía sacar de él.

Una lo hacía, y basta.

El bosque la engulló no bien hubo traspasado sus límites. El sendero que Lusewen le había indicado, fácil de seguir, serpenteaba entre los árboles como una cinta desenrollada. Bajo el dosel que formaban las copas de los pinos, la nieve no era muy profunda, pero el frío parecía colarse entre las pieles y aterirla hasta la médula. A cada paso que daba, notaba las miradas de los espíritus arbóreos más y más concentradas en ella. «No rompas ninguna rama ni enciendas fuego y no te sucederá nada», le había dicho Lusewen, pero Ash percibió que los árboles abrigaban desconfianza hacia ella por el mero hecho de haber penetrado en su territorio.

¿Desviarse del camino?

De ningún modo. En aquel mundo, no. Ya había aprendido la lección cuando se había visto separada de Cassie y de Huesos y no tenía intención de repetirlo. En aquel extraño lugar era demasiado fácil perderse y quién sabía cómo podía ser el siguiente mundo al que fuera a parar. Pero, si conseguía salir con bien de la confrontación con Ya-wau-tse, estaba dispuesta a aprender todos los secretos de viajar por aquellos otros mundos.

Ash se preguntó si sus ojos estarían adquiriendo ya aquel extraño brillo que había visto en los de Lusewen y de Huesos.

Pensó en lo agradable que sería estar tumbada tranquilamente en la cama, leyendo un libro y con una cinta de The Cure sonando en los auriculares.

Continuó caminando.

E intentó no preocuparse.

Por Ya-wau-tse.

Por lo que haría cuando, por fin, estuviera cara a cara con aquel espíritu de la tierra.

Tenía ya unas agujetas atroces en las pantorrillas cuando, por fin, el sendero fue a desembocar en lo que Ash tomó por un claro del bosque. Este se había hecho más ralo conforme la muchacha se acercaba al lugar, una extensión que se había convertido en un cementerio de árboles. Una serie de pinos enormes yacía en el suelo en un confuso montón, con las agujas agostadas y muertas y las ramas rotas a consecuencia de la caída, durante la cual los árboles de mayor tamaño habían arrastrado consigo a los más pequeños. El sendero zigzagueaba entre los restos hasta terminar en lo que parecía una zona abierta, pero resultaba difícil determinar con precisión qué había más allá. Allí donde terminaban los árboles, las ráfagas de viento levantaban cegadores velos de nieve que impedían ver más allá de donde alcanzaba la mano.

Ash hizo una pausa, protegiéndose los ojos de la nieve impulsada por el viento. No sentía el menor deseo de meterse en la tormenta.

Si Ya-wau-tse era un espíritu de la tierra invernal, pensó, aquél tenía que ser el sitio donde vivía. Y si aquél era el sitio donde vivía Ya-wau-tse, continuó diciéndose, había llegado al final del viaje. Lo que no sabía era si podría continuarlo.

Yo no he hablado nunca de luchar, había dicho Lusewen. Bueno, menos mal, porque Ash no se sentía con fuerzas ni para enfrentarse a un ratón. Pero la otra posibilidad que le había presentado Lusewen, ofrecerse a ocupar el lugar de Nina...

Eso requeriría un valor que Ash no creía poseer.

El temor a aquel instante había ido creciendo progresivamente en su interior con cada nuevo paso que daba por el sendero. Y en aquel momento, allí, al término del viaje, se sentía aterida de miedo, más que de frío. Era incapaz de moverse.

«Vamos -se dijo-. No seas tan gallina. ¿Dónde está la tía dura de la calle que siempre tiene una respuesta mordaz para todo y para todos?»

Ash supo dónde estaba. Tal persona no existía. Era sólo un artificio, un disfraz, para ocultar las heridas recibidas. Y para evitar recibir otras nuevas.

«Muy bien -se dijo a sí misma-. Entonces, haz el cambio. Hazlo, simplemente».

Con un estremecimiento, tomó una bocanada de aire helado y penetró en el velo de nieve, para detenerse otra vez casi de inmediato. En esta ocasión, debido a la sorpresa.

El bosque desapareció de pronto, sin dejar el menor rastro, y con él desapareció la ventisca, aunque no la nieve. Ésta continuaba formando una fina capa sobre el duro suelo. El viento seguía soplando también, levantando nubecillas de nieve granulada contra la piel de la muchacha y barriendo luego una llanura que se extendía en todas direcciones hasta donde abarcaba la mirada. Y allí, a unos centenares de metros de donde estaba Ash, había una edificación que le resultó extrañamente familiar. Tardó unos, momentos en reconocerla como la torre de la consulta del tarot que Cassie le había efectuado en el banco del par que Fitzhenry.

Había sido la quinta carta.

La que representaba el futuro próximo del consultante

Pues bien, aquel futuro ya había llegado.

Y debía limitarse a darle cumplimiento, se dijo.

Se disponía a avanzar un paso más cuando unas pisa das en la nieve, a su espalda, le hicieron volverse rápida’ mente, con el pulso acelerado. Sus temores no se alivia ron en absoluto cuando se encontró frente a frente con e tipo que la había seguido a casa desde la tienda de ocultismo la noche anterior.

Esta vez, su aspecto era algo distinto. Seguía llevando el cabello muy corto pero, en lugar de la ropa callejera d punk con la que lo había visto en su anterior encuentro lucía una indumentaria de pieles muy parecida a la suya. Llevaba ambas manos metidas en los bolsillos.

Sus ojos, en cambio, no habían cambiado en absoluto y su mirada permanecía fija en la muchacha con una intensidad amenazadora.

¿Tú? -murmuró Ash-. ¿Qué estás haciendo aquí?

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso ella era la única persona que no había viajado nunca entre los mundos?

-Yo vivo aquí respondió él.

-Sí, claro.

-Es cierto. La verdadera pregunta es qué haces tú aquí.

Ash indicó con un gesto de cabeza la torre que tenía a su espalda.

Estoy tratando de rescatar a mi prima -respondió.

El extraño suspiró y sacó las manos de los bolsillos. En la derecha blandía una navaja.

-Entonces, estoy aquí para detenerte anunció.

Nina

Cuando su marido y su hija terminaron de explicarle lo sucedido, Gwen Caraballo permaneció callada, sentada a la mesa del comedor. Nina la contempló con admiración. La expresión pensativa y algo preocupada de su madre reflejaba exactamente sus pensamientos.

-Nos crees, ¿verdad? -dijo Nina.

Se sorprendió de sus propias palabras. Ella misma, que había estado presente mientras todo sucedía, aún no estaba segura de lo que había visto. Si alguien le hubiera venido a ella con semejante historia...

-Pues claro que os creo respondió la madre-. Sé que lo que me habéis contado parece imposible, pero vosotros dos sois las personas que más quiero en el mundo y, si no puedo creer en vosotros, ¿en quién voy a confiar?

¡Cielos! exclamó Judy-. Ojalá mis padres fueran así de comprensivos...

Judy se había negado rotundamente a volver a su casa. Lo que había sucedido allí era aterrador, explicó, pero aún le daba más miedo pensar en estar en su casa, sola. Sabía que los fantasmas no la habían perseguido hasta entonces, pero no quería correr el riesgo de que, ahora que conocían su existencia, fueran también tras ella. En su casa, nadie podría ayudarla. Sus padres nunca lo entenderían.

-Quizá deberías darles un poco más de margen -dijo John.

No hago más que intentarlo -respondió Judy-. Con cosas normales como tener una cita, pero son demasiado anticuados.

-Ya he podido oírlo asintió el padre de Nina.

Había sido él quien había llamado a la madre de Judy para preguntarle si su hija podía quedarse a pasar la noche.

-Entonces, ¿qué hacemos? -preguntó Nina.

¿Llamar a los Cazafantasmas? -respondió la madre con una leve sonrisa.

-No tiene gracia.

Ya lo sé. -La madre exhaló un suspiro y se volvió hacia su marido-. Tal vez deberíamos volver a llamar a la policía para ver si han averiguado algo más.

John Caraballo movió la cabeza en gesto de negativa.

-Ya les he llamado tres veces esta tarde. La última, me han dicho que telefonearían cuando tuvieran novedades, así que dejémosles hacer su trabajo en paz, por favor.

Por una vez, Nina no se descubrió pensando algo así como, «dejaos de darle vueltas a la desaparición de Ashley y preocupaos de mí y de esa bruja del hielo que me persigue» pues, cosa extraña, también ella se sentía preocupada por su prima. Por fin tenía lo que desde hacía tiempo soñaba -Ashley se había esfumado y volvía a tener a sus padres para ella sola-, pero ahora sólo deseaba que Ash regresara. Se sentía culpable de haberle deseado algún mal en alguna ocasión porque no podía acallar la irritante vocecilla que no cesaba de recordarle desde el fondo de su mente que, en parte, ella era la responsable de su ausencia.

Por desear continuamente que Ashley desapareciera de su vida.

Por tener un espíritu persiguiéndola y haber involucrado a Ashley en aquel embrollo por el mero hecho de ser su prima.

Porque aquello era lo que debía de haber sucedido. Aquella Ya-wau-tse debía de haberla capturado.

¿Qué va a saber la policía de mundos mágicos y de espíritus de la tierra? -preguntó Nina.

-Tienes razón... -asintió su padre con un suspiro.

-Lo que necesitamos es un brujo -apuntó Judy.

-O un chamán precisó el hombre. Nina notó un arrebato de excitación.

-¿Conoces a alguno? quiso saber. Su padre dijo que no con la cabeza.

-Pero podríamos indagar un poco, ¿no os parece?-propuso Gwen . En la tienda de productos naturales hay una mujer que siempre habla de cristales curativos y vidas pasadas.

-Y está esa tienda donde Ashley compra todos esos libros raros -añadió Nina.

Me sentiría un estúpido protestó John.

Para ellos, no lo serás -respondió Gwen-. Si realmente creen en lo que dicen, te tomarán en serio.

¿Qué hay de los tipos del festival del Renacimiento? continuó preguntando Nina-. Los que organizaron lo de la ceremonia de consagración, por ejemplo.

-¡Señor!, no puedo creer que todo lo que está sucediendo sea consecuencia de eso -comentó la madre-. Era todo tan inocente: paz, amor y flores...

-Lo cual nos enseña una lección -dijo John . Y demuestra perfectamente una verdad muy sencilla: Uno siempre ha de tomar responsabilidad de todo lo que hace, por trivial o frívolo que le parezca en el momento de hacerlo.

Nina puso los ojos en blanco. «Por favor pensó el discursito sobre la responsabilidad, no.» Si no lo había oído mil veces, no lo había oído ninguna.

-Sí, pero, ¿qué me dices de los tipos del festival? preguntó, con la esperanza de evitar la disertación.

-«El Mago»... Peter Timmons -apuntó su madre-. Él fue quien organizó reuniones como la danza de las cintas de las fiestas de mayo y la ceremonia de bautizo y consagración.

John asintió.

-Tienes razón, pero la última noticia que tuve de él fue que estaba en Marruecos.

-¿Otra vez?

-Mejor di «todavía». Wendy comentó que había recibido una postal suya hace unos meses. Al parecer, nunca volvió.

Entonces, ¿qué hay de Paul Drago? ¿No trabajasteis juntos el invierno pasado?

Invierno. Al escuchar la palabra, a Nina le subió por la espalda un escalofrío como las zarpas de un gato. ¿Hacía más frío en la estancia, o eran imaginaciones suyas? Miró nerviosamente a su alrededor, pero pronto comprendió que no podía ser Ya-wau-tse. Esta sólo se presentaba cuando Nina estaba dormida... ¿verdad?

-Esto no nos lleva a ninguna parte.

-Ya lo sé, cariño su madre le puso la mano en el brazo-, pero todo esto es nuevo para nosotros. No sabemos qué debemos hacer. La única manera de que podamos sacar algo en claro es consultando con alguien que quizá lo sepa.

-Pero todos esos tipos de los que habláis no son más que...

Dejó la frase a medio terminar cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir.

-¿Viejos hippies? -sonrió su padre-. ¿Como nosotros?

-Bueno... Sí.

-Que en esa época fuéramos unos idealistas no significa que todo aquello en que creíamos fueran tonterías.

-Ya lo sé. Pero en eso vuestro había mucho de divague de alucinados: filosofías de regreso a la naturaleza y cosas así. ¡Esto es real!

-Los asuntos del medio ambiente también son muy reales -protestó su padre-. Y ayudar a los menos afortunados que nosotros, como hacían los Diggers y otros grupos en esa época, también era muy real.

-¡Igual que lo de consagrar a vuestra hija a un espíritu de la tierra! -soltó Nina. De inmediato, se llevó una mano a la boca.

Sus padres la miraron, dolidos.

-Lo siento -se apresuró a murmurar-. No pretendía decirlo así...

-Pues yo no tengo ninguna excusa para lo que hicimos respondió el padre-. Repetir que no teníamos ni idea de lo que podía suceder no sirve de mucho, ¿verdad?

-Ya sé que no lo hicisteis a propósito -asintió Nina-. Que no sabíais que fuera a suceder todo esto. Es sólo que...

Se estremeció, presa de un frío que parecía penetrarle hasta los huesos.

-Estoy realmente asustada -añadió por fin.

-Nosotros también, cariño dijo Gwen.

-Es que ahora mismo siento tanto frío... es como si ese fantasma viniera a por mí otra vez...

Sus padres intercambiaron unas miradas de preocupación. Judy empezó a temblar también, aunque no de frío, sino de puro miedo.

-¿Nina...? -dijo John, inclinándose hacia su hija. Esta sólo alcanzó a ver una imagen borrosa de su padre.

-Tanto frío... murmuró.

Nina notó la mano de su padre posada en su brazo. Estaba caliente, al contrario que el comedor. La estancia parecía el interior de un frigorífico. Podía ver su propio aliento cada vez que respiraba y unos copos de nieve flotando en el aire sobre la mesa, aunque nadie más parecía verlos.

-Está helada oyó que decía su padre, pero la voz le llegó como si estuviera muy lejos.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó su madre, cuya voz sonaba también cada vez más lejana-. ¿Qué hemos de hacer?

Nina notó en el brazo el contacto de otra mano, muy caliente también.

Nina, cariño -decía su madre-. ¿Puedes oírme?

Intentó asentir, pero la cabeza le pesaba demasiado y empezaba a caerle hacia la mesa, muy lentamente. El frío se adueñó de todas las partes de su cuerpo. Percibió un pitido en los oídos. La estancia olía a un día de invierno. Y, a continuación, la muchacha se sintió arrastrada lejos de allí.

Sumida en el frío.

Sumida en la fría oscuridad.

Oyó a su madre pronunciar a gritos su nombre, pero fue como una mota de sonido en un vasto océano de silencio sombrío.

Y, finalmente, la muchacha se desvaneció.

Sumida en aquella fría oscuridad.

Con un parpadeo, abrió los ojos a una nueva y extraña perspectiva. Una vez más, se encontró en un cuerpo ajeno. El cuerpo de un animal. Pero en esta ocasión, las sensaciones eran diferentes. Esta vez se sentía... a gusto.

Se hallaba en un extraño bosque de altas plantas verdes que tardó un poco en reconocer como simples hierbas. Su nuevo cuerpo era grueso, bajo y robusto, con la piel seca y llena de arrugas, pero las patas traseras estaban dotadas de una poderosa musculatura. Nina estaba tan cómoda en su nueva forma que casi se sentía mejor que en su propio cuerpo.

El frío había desaparecido.

Recogiendo las patas, dio un salto de prueba. El cuerpo prestado respondió con una gracia y agilidad que le hizo sonreír de placer.

Esta vez era un sapo.

Y se sentía estupendamente.

La búsqueda del tótem, pensó, había terminado. Y, ahora que lo había encontrado, Nina se preguntó por qué había experimentado tanto miedo en las anteriores ocasiones. El cuerpo del sapo, el extraño y acelerado funcionamiento de la mente del animal y su manera de entender instintivamente su relación consigo mismo y con todo lo que existía en torno a él produjeron en la muchacha una sensación de paz que la dejó sin respiración.

Aquello no tenía nada de alarmante; era pura belleza, en el sentido en que su padre había empleado el término en cierta ocasión al referirse al concepto que tenían de ella los indios: cada cosa en su sitio y todos los vínculos efectuados y entendidos. Una especie de armonía interna que se reflejaba en el entorno de aquel que la poseía, inundándolo de belleza.

¿Y no había dicho también su padre algo acerca de que el sapo tótem significaba buena fortuna?

Pues bien, ahora se sentía afortunada. Habían desaparecido todos los viejos temores: los cuerpos extraños, la torpeza con la que intentaba moverlos, el pánico total que sentía cuando estaba atrapada en su carne... Todo aquello había desaparecido.

Hasta que oyó los pasos.

Hasta que la enorme figura monstruosa apareció ante ella y un rostro viejo y arrugado, grande como una casa, descendió sobre su nuevo cuerpo de anfibio. Unos dedos dignos de un leviatán la atraparon y la arrancaron de su refugio entre las hierbas.

Ya-wau-tse.

-Bien venida, hija murmuró el espíritu.

De nuevo, las palabras sonaron en un idioma desconocido, pero Nina las entendió otra vez.

-Ahora que te he ayudado a descubrir quién eres, es momento de que me ayudes.

A Nina se le aceleró el pulso y el pequeño corazón del sapo se lanzó a latir en su tórax como un tambor frenético.

-No debes tener miedo -dijo Ya-wau-tse-. No sentirás ningún dolor. Será como quedarse dormida, como caer en la eternidad donde esperan para recibirte los espíritus de tus antepasados. Alégrate. La Rueda gira y volverás a subirte a ella.

«¡No quiero morir!», gritó Nina en silencio.

Hay cosas peores que la muerte continuó el espíritu-. Como vivir sin esperanza. Como no haber conocido nunca el amor. Como no descubrir nunca quién es una misma. Tu vida ha sido breve, hijita, pero has conocido todas estas cosas y más.

Los dedos que la tenían apresada eran fríos como carámbanos. Nina estaba tan aterida que su cuerpo anfibio empezaba a adormilarse. Tuvo una breve visión de un edificio y lo reconoció como su propia casa.

Se encontraba en el patio de atrás de su casa, pensó, ocupando el cuerpo de un sapo. Por alguna razón, aquello le pareció gracioso. No gracioso de echarse a reír, sino lleno de ironía.

El frío estaba adormeciéndole el miedo, adormeciéndole la capacidad de pensar. La modorra era un bálsamo que la atraía hacia el oscuro abrazo del sueño.

Como quedarse dormida, había dicho Ya-wau-tse.

Caer en el sueño eterno...

Una parte de su ser intentó reunir la energía necesaria para combatir la somnolencia, intentó advertirle del peligro, pero estaba demasiado cansada para prestar atención. Cuando Ya-wau-tse pasó del patio trasero de la casa al otro mundo, Nina ya había dejado que la oscuridad se adueñara de ella.

John se incorporó de su silla y detuvo la cabeza de su hija justo a tiempo de impedir que golpeara la mesa. Apretó a Nina contra su pecho y notó sus músculos flojos, sus brazos colgando inertes como las extremidades flexibles de una muñeca de trapo.

-Está helada -dijo . Está como...

No pronunció la palabra, pero ésta flotó en la estancia entre todos los reunidos.

Muerta.

Intentó encontrarle el pulso poniéndole los dedos en la muñeca sin saber apenas lo que hacía.

-¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué vamos a hacer? -exclamaba Gwen entre lágrimas.

-No nos dejemos llevar por el pánico -respondió él, estrechando aún más contra sí el cuerpo frío y exánime de su hija . Vamos a... ¡Oh, Dios!, no se...

Gwen se había acercado a ellos y, con una mano, apartó un mechón de cabello de la frente helada de Nina.

-Tenemos que llevarla al hospital -dijo. Y, al contemplar las facciones cenicientas de su hija, notó que algo se le moría por dentro.

Y, en ese momento, sonó el timbre de la puerta.

Los padres de Nina se miraron, pero ninguno de los dos llegó a identificar el sonido.

Sentada a la mesa con ellos, completamente aturdida, Judy aún seguía temblando de espanto; un espanto que le subía por el espinazo como las afiladas zarpas de una pesadilla que no quería soltarla. ¿Por qué no se habría ido a casa? No quería estar allí. No quería ver a Nina con aquel aspecto. No quería saber nada más de magias y de horribles misterios.

El timbre volvió a sonar.

-Ya..., ya abriré yo dijo.

Lo que fuera, con tal de salir de aquella estancia donde el olor a muerte parecía hacerse más intenso a cada momento que pasaba.

Abrió la puerta principal y observó a la pareja de tipos raros que esperaban en el porche. Una mujer negra y un indio. La mujer parecía que acabara de salir de uno de esos tenderetes de ropa y bisutería antiguas del mercado de Crowsea, cargada con la mitad de sus existencias. El hombre tenía el aspecto de un punk de Foxville, pero se le veía demasiado viejo para serlo. Sus ojos eran tan parecidos a los de Alver que Judy, involuntariamente, retrocedió un paso.

-¡Ma... señor Caraballo! -gritó.

John apareció en el pasillo con Nina en brazos. Él tampoco conocía a la pareja.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó.

-Amigos de su hija -respondió la mujer-. Nosotros...

El hombre se abrió paso entre ella y Judy y corrió hasta donde se encontraba John, sosteniendo a su hija.

-¡No tengo tiempo para...! -empezó a decir John.

El desconocido alargó la mano y colocó la palma sobre

la frente de Nina. Después, volvió la cabeza hacia su compañera.

-Hemos llegado demasiado tarde -le dijo-. Ya se la ha llevado.

¡Te dije que debíamos venir en seguida! -exclamó ella.

-¿Qué diablos es todo esto? ¿Quiénes son ustedes?

-volvió a preguntar John.

Amigos de su hija repitió la mujer.

-¿De qué hija? intervino Gwen, quien también había salido al pasillo y estaba de pie junto a su esposo. Cuando Judy avanzó furtivamente por el corredor hasta ella, pasó el brazo en torno a los hombros de la aterrada muchacha y la estrechó contra sí.

Tu hija Ash declaró la desconocida. Me llamo Cassie. Cassandra Washington. Y éste es Huesos. Conocíamos el peligro que corría Nina, pero no creímos que fuera tan inminente.

-No tengo tiempo para todas estas tonterías -le interrumpió John-. Salgan de en medio. Tengo que llevar a mi hija al hospital.

-Lo que le sucede a Nina, no se lo podrán curar en ningún hospital sentenció Huesos.

-¿Ah, no? ¡Pues de todos modos voy a...!

-Mírame -dijo Huesos. Luego, con una voz que no admitía discusiones y un peligroso centelleo en los ojos, añadió-: ¿Qué ves?

Un indio loco, pensó John, pero el comentario murió antes de surgir de sus labios porque, de pronto, supo sin lugar a dudas quién era Huesos. No habría podido expresar con palabras cómo lo sabía, pero así era.

La sangre llama a la sangre dijo Huesos-. Ahora sabes que no te deseo ningún mal. ¿Cómo podría, si somos del mismo linaje?

Antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, John se encontró inclinando la cabeza ante el chamán, en actitud de respeto.

-Mi... mi hija -murmuró.

Intentaré aliviar su tránsito -respondió Huesos-,

pero es de los vivos de quienes tenemos que preocuparnos ahora.

-Necesitamos algo que pertenezca a Ash -indicó Cassie.

Gwen se limitó a mirarla, aturdida. Lo que acababa de decir el chamán fue penetrando en ella lentamente.

Aliviar su tránsito...

-¿Nina...? musitó.

-¿Quieres perder también a tu otra hija? -le preguntó Huesos.

-¿Qué..., qué es todo esto? -insistió John. Había desaparecido de su voz toda beligerancia. El hombre que hablaba ahora sólo parecía perdido.

-Es una historia muy larga -dijo Cassie-. Y te aseguro que ahora no tenemos tiempo para contarla.

Huesos tomó suavemente a Nina de brazos de John. Pese a su delgadez, el indio no pareció notar el peso del cuerpo exánime.

-Traedme algo de Ash -pidió mientras trasladaba a Nina al salón . Algo a lo que tenga aprecio.

-Yo... -empezó a decir John, pero calló, asintió y salió corriendo hacia la habitación de las chicas.

-Nina... -murmuró Gwen con una vocecilla mientras seguía a Huesos hasta el salón . ¿Va a...? ¿Está realmente...?

Cassie recordó las cartas que había echado a Ash. La imagen del naipe en blanco se hizo muy presente en su mente. Rogó a Dios que no significara que Ash iba a terminar igual que su prima.

Cassie se volvió hacia la mujer y sintió una profunda pena por ella. En aquel momento, Gwen estaba en pleno shock; tenía los ojos vidriosos y se movió con gestos tensos, a tirones hasta quedar de rodillas junto al sofá donde Huesos había dejado tendida a Nina.

Cassie ayudó a Judy a acomodarse en una silla. Luego, se acercó al sofá y posó la mano en el hombro de Gwen en gesto consolador.

-Confía en Huesos le dijo. Es el mejor en lo suyo. Va a hacer todo lo que pueda por ella.

La adivina se odió a sí misma por las falsas esperanzas que estaba dando a la mujer pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Era preciso seguir pensando en Ash.

Ash, perdida en algún lugar del Otro Mundo.

No deberían habérsela llevado allí con ellos. No debería haber permitido que la muchacha se viera involucrada en nada de aquello. Pero el mundo de los espíritus ya llevaba mucho tiempo actuando sobre esa familia. Bastaba con ver a la pobre chica tendida en el sofá.

¡Maldita fuera!, ¿por qué no habrían llegado antes?

Aquella tarde lo había hablado con Huesos.

No podemos quedarnos de brazos cruzados -había dicho ella.

-Ya estamos haciendo algo. Buscar a Ash. Ésta es nuestra responsabilidad prioritaria.

-Pero, ¿y su prima?

-¿Qué podemos hacer nosotros? -había respondido Huesos con un suspiro-. ¿Crees que su familia va a recibirnos cuando llamemos a su puerta? A ellos, todo esto les va a sonar a fantasías increíbles. Lo primero que harán no será escucharnos, Cassie, sino llamar a la policía. Y nosotros no somos lo que se entiende por ciudadanos, así que, ¿imaginas dónde terminaremos?

En comisaría, había pensado Cassie. Porque eran gente sin casa, gente de la calle. No importaba que, en su caso, hubieran escogido esa vida voluntariamente y no como otros, que se veían arrojados a aquella existencia. Los «ciudadanos» tenían empleos, vivían en casas, pagaban impuestos y consideraban a los policías como empleados suyos. ¿Que había un

problema? Llamada a la policía. Cuando una vivía en la calle, no se podía permitir el lujo de llamar a los hombres de azul en cuanto las cosas se ponían un poco peligrosas. Una resolvía las cosas por sí sola. Como mejor podía.

Y cuando se trataba de espíritus...

Huesos tenía razón. No podían ir a ver a los Caraballo pero, al pensar en lo que sucedería cuando el espíritu que perseguía a la prima de Ash la atrapara finalmente...

-No te preocupes -había dicho Huesos, adivinando

sus pensamientos-. No es probable que el espíritu vaya a adueñarse de ella tan pronto.

Cassie había asentido y había dejado que Huesos volviera a la tarea de seguir el rastro de Ash en el mundo de los espíritus, pero la tarde había transcurrido sin éxito. Al caer el crepúsculo, Huesos se había dado finalmente por vencido.

-Necesito algo que le pertenezca, un objeto personal había dicho. Me dará la precisión extra que necesito para penetrar en los velos. Hoy forman una capa muy tupida. Debe de haber mucho movimiento en el mundo de los espíritus.

Yo no tengo nada de ella.

-Bien, parece que finalmente tendremos que hacer esa visita a los Carabalbo. ¿Tienes la dirección?

Cassie movió la cabeza.

-No, pero creo que estaba por Lower Crowsea. Podemos buscar la calle y el número en una cabina, mientras vamos para allá.

-Espera -había replicado Huesos . Puede que Ash esté perdida en el mundo de los espíritus, pero seguro que aún soy capaz de rastrear dónde vive en este mundo.

Donde no había tantos pliegues del tiempo incompatibles superponiéndose unos a otros, pensó Cassie. Ni manitús haciendo trucos con la percepción de una.

Tras esto, Huesos había cerrado los ojos mientras sus dedos jugueteaban con el cristal de los sueños que colgaba de la presilla del cinturón de sus tejanos, sujeto con una tira de cuero con abalorios. Cassie se había preparado para una larga espera, pero Huesos había abierto los ojos con un parpadeo apenas unos segundos después de cerrarlos. Y se había puesto en pie a toda prisa.

-¡Vamos! -había exclamado entonces, ayudando a incorporarse a Cassie y arrastrándola después por el pasillo del edificio-. ¿Llevas encima dinero para un taxi?

-Claro -había respondido Cassie, azorada de preocupación-. ¿Qué sucede?

El espíritu viene a por la prima de Ash.

-¿Esta noche?

-Ahora mismo -había asentido Huesos con un gesto de cabeza.

Habían tenido la suerte de encontrar un taxi apenas salieron a Gracie, pero luego habían tardado mucho en encontrar la casa de los Caraballo porque Huesos sólo había podido señalar direcciones al taxista, y no un número concreto de una calle: Vuelva a la derecha por aquí, siga de frente tantas manzanas, tome a la izquierda...

Cuando llegaron, era demasiado tarde. El espíritu se había presentado y se había llevado a la prima de Ash al mundo de los espíritus dejando tras ella un cuerpo vacío, como un cascarón. Y éste, carente de un alma que lo animara, no tardaría en morir.

Cassie contempló a la desdichada Nina y se le desgarró el corazón al verla. La pobre muchacha, pensó, ni siquiera había llegado a saber qué le sucedía.

El tío de Ash regresó entonces con un osito de peluche viejo y deshilachado en la mano.

-Ash siempre quiso... quiere mucho a este muñeco-dijo.

Huesos miró a Cassie, que ocupó su lugar al lado de Nina y acarició con suavidad la frente helada de la muchacha. Hubiera querido hacer algo por ella, pero las hierbas no servían de mucho cuando entraba en juego una magia tan poderosa como aquélla. De todos modos, si podía de algún modo aliviar el tránsito de la desdichada...

-Pon un poco de agua a hervir -dijo a la madre-. ¿Podrás hacerlo?

Gwen asintió débilmente y salió de la estancia. Mientras estaba ausente, Cassie rebuscó en su bolsa de bona y sacó un saquito de tela lleno de paquetes de hierbas secas, cada cual envuelta por separado en papel marrón. Detrás de ella, Huesos ya había tomado el osito de manos del padre y estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, el muñeco entre ellas y los ojos cerrados.

Encendió la pipa y el humo formó unas volutas en torno a él, haciéndose más espeso de lo que podría considerarse normal. Judy y el padre de Nina le miraron con los ojos como platos.

Huesos empezó a canturrear.

Le habló al humo y ladeó la cabeza como si escuchara su respuesta. Cuando Gwen regresó con un tazón y la tetera expulsando vapor por el caño, el humo ya se desvanecía.

-No la encuentro -dijo Huesos.

-Vamos, inténtabo otra vez -replicó Cassie.

Huesos le dirigió una breve mirada al oír el tono impaciente de su voz; luego, asintió y encendió la pipa de nuevo. Cassie escogió un paquete de hierbas. Llenó el tazón de agua hirviendo, echó las hierbas en el líquido y luego sostuvo el tazón bajo la nariz de Nina para que el vapor penetrara en el organismo de la muchacha aprovechando su respiración, apenas perceptible. El vapor devolvió un poco de color a las mejillas de Nina y la respiración se hizo un poco más profunda pero, aparte de eso, no hubo más respuesta.

Gwen se acuclilló en el suelo junto a Cassie, con las manos temblorosas en torno a las rodillas. Judy permaneció sentada en la silla donde la había acomodado Cassie y parecía incapaz de hablar o de moverse. John estaba arrodillado en el suelo delante de Huesos, contemplando con esperanza el humo que formaba espirales alrededor del chaman.

Por la expresión de su rostro, Cassie adivinó que Huesos no estaba teniendo más suerte en la búsqueda de Ash que ella en sus esfuerzos por reanimar a Nina.

Cerró los ojos con gesto de cansancio.

¡Oh, vaya!, exclamó para sí. ¿Alguna vez había tenido alguien una nochecita peor?

Ash

Eh, oye! -dijo Ash-. ¿No podríamos hablar del asunto? El desconocido movió la cabeza en gesto de negativa.

-Ya he hablado suficiente contigo y con tu familia.

Ash se sobresaltó. ¿Qué significaba aquello? Observó la navaja del hombre sin mirarla directamente y retrocedió un paso. El desconocido acortó de inmediato la distancia que le separaba de ella.

«Haz que siga hablando -se dijo Ash-. Hasta que se te ocurra algo.»

Buen plan. Magnífico. ¿Ocurrírsele, qué?

-¿Cómo he de tomarme eso? -preguntó-. ¿Y quién eres tú, por cierto?

Pero, nada más decirlo, Ash recordó los árboles, aquellos viejos pinos del bosque nevado que la habían estado observando, que habían espiado su avance con la misma mirada malévola que brillaba en los ojos de aquel individuo.

Tenía que ser uno de aquellos espíritus arbóreos.

-Tú vives en los árboles -afirmó-. Eres un...

-buscó en su mente la palabra que Huesos había utilizado y por fin la encontró-: ... un manitú.

El desconocido volvió a mover la cabeza.

-No, nosotros no somos esos pequeños misterios; sólo somos los espíritus de los árboles. Los manitús tienen los mismos poderes que los chamanes, sólo que nacen con ellos, y los poderes nacen de la magia del humo y del tambor. Mi pueblo no es muy diferente del tuyo, excepto que nosotros vivimos más tiempo... y en los árboles.

-Lo que tú digas -asintió Ash. La muchacha trató de no fijar la mirada en la navaja. Lo único que quería era que el tipo siguiera hablando.

-No he encendido ningún fuego ni he roto ninguna rama -añadió, recordando lo que Lusewen le había explicado sobre el bosque-. ¿Por qué, pues, quieres hacerme daño?

-Me llamo Alver -reveló él, hablando lentamente, como si se dirigiera a un niño. Sólo sus ojos traicionaban la impaciencia que sentía-. En esa torre vive un espíritu femenino llamado Ya-wau-tse. Hubo un tiempo en que ese espíritu vivía libre como siempre han vivido los manitús, pero luego saboreó el gusto de la veneración y se aparto del girar normal de su Rueda. La veneración de sus fieles la mantuvo, erigió esta torre para ella y cambió su percepción del lugar que ocupaba en el orden natural del mundo. Pero sus seguidores desaparecieron y, ahora, Ya-wau-tse se marchita y busca la energía del alma de tu prima para alimentarse de ella.

-Todo eso ya lo sé -respondió Ash-. ¿Por qué, si no, crees que quiero detenerla?

-Donde vive Ya-wau-tse -continuó Alver como si la muchacha no hubiera dicho nada-, siempre es invierno. Las ramas están cargadas de hielo y de nieve y el frío penetra profundamente en el suelo. Y este invierno nos está matando.

-Ya entiendo -asintió Ash-. Si ella muere, desaparecerá la influencia que ejerce sobre vuestro bosque, ¿no es eso?

Alver asintió.

-Pero si se apodera de Nina, de mi prima, esa Yawau-tse recuperará toda su fuerza.

-Exacto.

-Entonces, ¿qué problema tienes conmigo? Los dos tenemos el mismo enemigo.

-Tú no podrás derrotarla -afirmó Alver-. Si fuera tan fácil, mi pueblo habría conseguido acabar con ella hace años.

-Pero...

-Y, aunque lograras rescatar a tu prima, Ya-wau-tse se limitaría a llevársela de tu mundo otra vez.

Ash recordó lo que le había dicho Lusewen antes de desaparecer.

Nunca hemos hablado de luchar.

No. Para salvar a su prima, Ash no debía intentar combatir contra Ya-wau-tse. Lusewen había salido con una idea realmente brillante:

Puedes ofrecerte tú en su lugar.

Pero la muchacha se dijo que, probablemente, el tipo de los ojos brillantes no aceptaría de buen grado tal solución.

Sus dedos se pusieron a jugar con el brazalete de los amuletos, deseando que éste no tuviera las limitaciones que Lusewen le había explicado. Deja de desear, se dijo, que entre los dijes hubiera un uzi, una espada o cualquier otra arma. Un simple escudo sería bien recibido, en aquel momento.

-¿De modo que has hablado con Nina y con mis tíos? -comentó.

-Con Nina, con tu tío y con otra chica.

-Ash tragó saliva con esfuerzo-. ¿Y qué sucedió?

Alver levantó una mano hasta el costado de la cabeza y sus dedos rozaron apenas el cuero cabelludo, sin llegar a tocar realmente la piel. A pesar de ello, hizo una mueca de dolor. Al observarle con más detenimiento, Ash descubrió restos de sangre pegados a su corto cabello. No se había fijado hasta aquel momento porque había estado demasiado ocupada tratando de no volver la vista hacia la navaja o hacia los ojos desquiciados de su interlocutor.

-¿El tío John te hizo esto?

-No -respondió Alver-. Fue tu prima.

«Vaya, vaya -se dijo Ash-. Nunca habría pensado que Nina fuera capaz de algo así.»

-Pero no permitiré que vuelvan a sorprenderme tan fácilmente -continuó diciendo Alver.

Ash retrocedió otro paso.

-Lo siento -dijo él, avanzando hacia ella.

«Sí, seguro», pensó ella.

-Escucha... -probó de nuevo. Pero, de pronto, Alver se puso en acción. Se lanzó contra la muchacha con la navaja por delante, moviéndose más deprisa de lo que Ash habría creído posible. Ella metió el estómago e intentó hacerse a un lado, pero el arma quedó enganchada en los pliegues de la chaqueta. Mientras Alver trataba de soltar la navaja, Ash le empujó con ambas manos. El resbaló en la nieve y cayó al suelo, arrastrando consigo a la muchacha. Esta se revolvió mientras Alver caía. La navaja, aún prendida en la chaqueta de piel, se le escapó de las manos.

Alver cayó pesadamente. Ash, por su parte, consiguió parar el golpe con los brazos. La fuerza del impacto la sacudió de pies a cabeza, pero consiguió liberarse de las manos de su agresor. Los dedos de éste agarraron el bolsillo de la chaqueta de la muchacha, desgarrándolo en su intento de atraerla hacia él. Ash le soltó una patada, pero Alver detuvo inesperadamente su ataque.

La muchacha se apartó gateando e hizo una pausa cuando hubo puesto unos palmos de distancia entre ella y el espíritu arbóreo. Pero Alver ya no parecía interesado en seguir atacándola. Había desaparecido de él toda la agresividad; de pronto, toda su atención se concentró en el objeto que había caído del bolsillo desgarrado. El brillo severo de sus ojos se suavizó de sorpresa y temor reverencial.

La granada de metal con sus grabados icónicos estaba caída en la nieve entre los dos. Más cerca de ella que de Alver. Lentamente, la mirada de éste se alzó desde el objeto hasta los ojos de Ash.

-¿De dónde has sacado esto? -preguntó.

-¡Vete a la mierda!

-No sabes qué es, ¿verdad?

-Claro que si.

-Mientes.

-Entonces, dímelo tú -replicó Ash.

-Esas bandas grabadas se refieren a la Abuela Sapo, aquella cuya Rueda es la luna, mientras que la fruta en sí es el corazón de la primavera. Su forma y su estructura interna son un símbolo de la reconciliación de lo múltiple y lo diverso en una manifiesta unidad. Ambas cosas juntas, como aparecen aquí, representan la promesa de que las Ruedas volverán a encontrar su adecuado equilibrio por mucho que se hayan desviado de su movimiento inicial.

Ash recordó las aves de Lusewen, el cuervo y el azor, cuyos nombres significaban «Confianza» y «Sueño», respectivamente. Al parecer, Lusewen era una gran amante de la simbología. La muchacha acarició el brazalete, cuyos amuletos también eran símbolos.

Pero ¿cómo debía interpretar todo aquello en conjunto?

-¿Y bien? -preguntó.

-Esa granada es un fetiche muy poderoso, con capacidades curativas. La..., la sangre que contiene en su interior curará nuestro bosque.

«Muchísimas gracias por informarme de todo esto, Lusewen», pensó Ash.

-¿Quieres decir que puede romper el hechizo al que os tiene sometidos esa como se llame?

-Ya-wau-tse precisó Alver con un gesto de asentimiento.

-Entonces, cógela -dijo ella-. Es tuya. Y ahora, déjame sola para que pueda...

Dejó la frase sin terminar al observar la expresión que se adueñaba de Alver. Sus facciones eran presa de un terror absoluto. Un instante después, captó unas pisadas sobre la

nieve, a su espalda. Alver dirigió una mirada a la. granada, se puso en pie trabajosamente y huyó. Desapareció igual que había hecho Lusewen.

Temerosa de lo que se disponía a hacer pero consciente de que no podía tomar la misma opción que Alver y desaparecer, Ash miró hacia atrás desde el suelo y vio acercarse a ella una versión viva de la imagen que aparecía en la carta de la causa última del tarot de Cassie.

Ya-wau-tse tenía la piel morena más arrugada que la muchacha había visto jamás. Llevaba el mismo vestido de gamuza con cuentas y abalorios y la capa de piel que lucía en la imagen de la carta. Sus ojos eran aún más imperiosos en la realidad: dos abismos castaños, profundos e insondables, dos pozos de aguas oscuras sin fondo. Las cuentas y las pequeñas conchas de molusco sujetas a sus trenzas produjeron un leve tintineo cuando se acercó hasta quedar frente a Ash. En torno a sus pies danzaban pequeños remolinos de nieve, aunque la muchacha no notaba que corriera el menor viento. La aparición llevaba en una mano su báculo con un penacho de plumas. En la otra sostenía un sapo.

La mujer-espíritu dijo algo que a Ash le sonó a un puro galimatías. Entonces, en el fondo de los ojos de Ya-wautse parpadearon unas chispas y la muchacha notó un zumbido en la cabeza pero, cuando la aparición volvió a hablar, Ash entendió sus palabras.

-Vaya, vaya -dijo Ya-wau-tse-. ¿Qué tenemos aquí? Un débil rumor sordo parecía llenar el aire. Ash lo atribuyó al ritmo acelerado de sus propios latidos hasta que se dio cuenta de que procedía del exterior. Era como un trueno lejano.

O como el batir de unos tambores.

Ash empezó a incorporarse lentamente.

-Yo...

-¡Pero si veo que somos parientes! -le aseguró Yawau-tse, mientras a Ash se le ponía pastosa la boca y no lograba articular los sonidos como era debido.

-¿Parientes...? -consiguió balbucir.

-Lejanas, pero parientes -le aseguró la mujer-espíritu-. Tranquila, chiquilla. No voy a hacerte daño.

Ah, no?, pensó Ash. Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera a punto de morir?

De pronto, a pesar de la chaqueta con capucha, los pantalones de piel, las botas y el largo pañuelo en torno al cuello, se sentía helada. La aparición despedía algo, una especie de fuego frío invisible que penetró hasta los huesos de Ash, helándolos hasta la médula. Ahora sabía lo que debían de sentir los árboles helados de Alver. ¿Y ella tenía que ofrecerse a aquella extraña mujer?

Se obligó a pensar en Nina. Su prima no era como ella. Si algo le sucedía a ella, no significaría una gran pérdida para el mundo. Además, ¿quién la echaría de menos? Nina, en cambio... Nina aún tenía todo el futuro por delante. Era inteligente y estaba bien integrada.

«No como yo pensó Ash-. Yo no valgo nada.»

Lo único que tenía era su rabia. Y su desconcierto.

-Yo... insistió . He venido a... a proponerte un trato.

Ya-wau-tse enarcó las cejas inquisitivamente.

-A mí. Llévame a mí en lugar... en lugar de a mi prima. Para... ya sabes...

El ruido de tambores parecía haberse hecho más potente, pero Ash tuvo la certeza, en ese momento, de que sólo era el sonido de su propio pulso acelerado.

Ya-wau-tse alzó la mano en la que sostenía el sapo y declaró:

-Ya tengo lo que necesito.

Ash contempló al animal, sin comprender a qué se refería. El sapo parecía comatoso; una criatura pequeña, débil y arrugada sujeta en una mano que, si acaso, tenía aún más arrugas. Pero, en aquel instante, el animal se movió y abrió los ojos con un parpadeo. Y Ash vio aquellos ojos.

El corazón se le detuvo durante un largo y letal instante.

¡Oh, cielos!

Allí, atrapada, estaba Nina. Atrapada en el cuerpo de aquel sapo como antes lo había estado en el del lobo.

La búsqueda del tótem...

-Pero...

Ya-wau-tse soltó una risotada breve y áspera que sonó como el yip-yip-yip de un coyote.

-Vuélvete a casa, pequeña -murmuro.

A continuación, antes de que Ash pudiera replicar, la mujer-espíritu pasó junto a ella y se dirigió hacia la torre, dejando tras de sí remolinos de nieve. El rumor de los tambores continuó, pero volvía a sonar como un trueno lejano, difuminándose.

Ash, confusa, siguió con la mirada a Ya-wau-tse. No era así como se suponía que debían salir las cosas. Lusewen no le había dicho nada sobre la posibilidad de que Ya-wau-tse rechazara su propuesta...

-¡No puedes dejarme así! -gritó.

La mujer-espíritu no se volvió ni dio la menor señal de haberla oído. Ash recogió del suelo la granada y la guardó en el bolsillo que Alver no le había arrancado. Contempló la navaja, pero la dejó donde estaba. ¿Qué sabía ella de navajas? La mera idea de empuñarla la asustaba y se sentía incapaz de usarla.

Se puso en pie y volvió a gritar a la figura que se alejaba:

-~ Escúchame!

Tampoco esta vez tuvo respuesta. Era como si Ash ya no existiera para ella.

-¡No dejaré que me trates de esta manera! -murmuró la muchacha-. ¡Ya haré que me escuches!

¿De veras? ¿Y cómo haría para conseguirlo?

Pero se puso en marcha tras los pasos de Ya-wau-tse, deteniéndose sólo cuando creyó oír una voz que pronunciaba su nombre. Paseó la mirada por la llanura nevada y escuchó con atención, pero no tardó en comprender que debía haber sido su imaginación.

O un eco extraño del tamborileo.

Ash continuó apretando el paso tras la mujer-espíritu, dispuesta a encontrar algún modo de ayudar a su prima antes de que Ya-wau-tse le hiciera a Nina algo peor que convertirla en sapo.

Ya-wau-tse alcanzó la torre antes que Ash. Cuando ésta llegó, no halló puerta alguna. Ni siquiera pudo encontrar huellas de la mujer-espíritu en la nieve. Sobre la blanca superficie sólo había unas pisadas: las suyas. La torre se alzaba ante ella, redonda y cónica, empequeñeciendo a Ash hasta la insignificancia con su enorme altura. Los muros circulares del edificio, picados y desgastados por el viento y el paso del tiempo, eran de piedra labrada, gris y veteada de cuarzo. Cada piedra estaba encajada perfectamente con las demás y sólo unas mínimas rendijas indicaban dónde terminaba una y empezaba la siguiente. No sólo no había ninguna puerta, sino que tampoco se observaba en los muros abertura alguna. Ni siquiera una ventana.

Aquel edificio no se parecía en nada a la torre de la carta de Cassie, con sus filas de ventanas en lo alto del muro.

Ash dio un puntapié a la piedra con su bota.

-¡Déjame entrar! exclamó.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta. Como si la torre estuviera desierta.

Volvió la vista en la dirección por la que había venido y no encontró rastro alguno de la tormenta de nieve a través de la cual había avanzado para llegar hasta allí. Sólo alcanzó a ver las llanuras, frías y desoladas, extendiéndose hasta el horizonte. El aire crepitaba con la promesa de una tormenta venidera. Escuchó un trueno... pero no, pensó mientras lo oía; las tormentas de nieve no traían rayos y truenos, ¿verdad?

Nina habría sabido decírselo con certeza. Nina, la asombrosa chica sapo...

Ash contempló de nuevo la torre y descargó un puño contra sus piedras.

-¡Tienes que cogerme a mí! -gritó.

¿Por qué habría de hacerlo?, le preguntó una voz incorpórea.

Ash se apartó unos pasos del muro y miró a su alrededor. Aunque no podía ver a Ya-wau-tse, reconocía su voz. Los oídos le zumbaban con una leve disonancia.

El rumor de fondo, de truenos o tambores o lo que

fuera, se hizo cada vez más próximo. Seguía siendo confuso y poco potente, pero ahora producía una sensación de proximidad. Como si quienes lo producían estuvieran apenas a un pensamiento de distancia.

A ti no te importa nada, continuó Ya-wau-tse. Te da lo mismo vivir que morir. ¿Qué podría querer yo de un espíritu como el tuyo? Ni siquiera me necesitas para que te saque de tu Rueda. Ya has saltado de ella por tu propia cuenta.

-Eso... eso no es cierto.

¿Que no te importa nada, o que has saltado de tu Rueda?

Ash percibió en la voz de su invisible interlocutora un tonillo burlón que la enfureció.

-¡Ninguna de las dos cosas! -exclamó a gritos. Ya, replicó la voz de Ya-wau-tse. Entonces, ¿qué me puedes ofrecer, chiquilla.., chiquilla a la que todo importa tanto?

La pregunta estaba cargada de ironía.

-Desde luego que me importa -contestó Ash-. Es sólo que...

Pensó en su madre.

Ausente.

En su padre.

Ausente de otra manera, pero igual de lejano.

Ella les había querido a ambos.

Sus amistades.

Podía contarlas con un solo dedo.

Cassie.

Sus tíos.

Ocupándose de ella por obligación.

Nina.

Con ella no se había llevado bien desde el principio. - ...es sólo que yo no le importo a nadie -

terminó la frase.

El espíritu que me ofreces está tan marchito como el mío, replicó Ya-wau-tse. ¿Por qué habría de quererlo?

-Porque... porque te lo ofrezco libremente.

El trato que me propones no me parece beneficioso. Un espíritu duro y arisco a cambio del de tu prima, lleno a rebosar de amor a la vida y por quienes la rodean. Incluso a ti, chiquilla. Ella tiene espacio hasta para quererte a ti.

-¡Y yo..., yo la quiero también! -exclamó Ash, y sólo al pronunciar aquellas palabras se dio cuenta de que lo decía de corazón.

Entonces, recuérdala con ese amor.

-Tómame a mí en su lugar.

Lo que tienes no me basta, replicó Ya-wau-tse.

Ash se postró de rodillas y apoyó la frente en el muro.

-Por favor -suplicó-. Ha de bastarte. Lo único que tengo es a mi.

No hubo respuesta.

-Por favor...

Ash enmudeció al darse cuenta de que la presencia intangible de la mujer-espíritu había cesado de nuevo. Apretó la frente contra las piedras hasta que sintió dolor y permaneció en aquella postura largo rato, con el frío calándole los huesos y la nieve golpeándole el rostro hasta formar una costra de hielo en torno a los ojos y la boca.

El sonido de los tambores casi había cesado.

Poco a poco, se incorporó con los hombros hundidos por el peso del fracaso.

¿No era aquello lo peor de todo? Había fracasado porque no era lo bastante buena.

Pero, en fin, aquello no era ninguna novedad, ¿verdad?

Desde luego, ésa era la opinión de su padre. Y de los inútiles que hacían de consejeros de estudios en la escuela, fingiendo preocupación por los alumnos. Y del psiquiatra al cual la habían enviado sus tíos.

Todos ellos eran iguales. Todos habían llegado al mismo veredicto. Que no era lo bastante buena.

Incluso tío John y tía Gwen debían de pensar lo mismo; si no, ¿por qué la habían mandado al loquero?

Se llevó las manos a los bolsillos. Una de las manos no encontró nada porque el bolsillo en el que intentaba introducirla estaba arrancado. La otra se cerró en torno a la granada. Ash la sacó y la estudió, siguiendo con la mirada los dibujos grabados en la plata. ¿Qué era lo que había dicho Alver de aquella combinación de fruta y plata? Algo respecto a que era un fetiche. Respecto a que cuando ambas cosas se combinaban...

Son una promesa de que las Ruedas volverán a encontrar su debido equilibrio por lejos que se hayan desviado de sus giros iniciales...

-Muy bien dijo al fetiche-, equilibra esto.

Llevando el brazo hacia atrás, arrojó el objeto contra el muro de la torre con todas sus fuerzas. Al chocar, la granada produjo el estruendo de una campana enorme. En torno a Ash, el sonido mortecino de los tambores se intensificó de pronto. La fruta se había convertido en un amasijo de jugo y pulpa que bañaba las piedras, mientras la piel y las bandas de plata yacían en la nieve, al píe del muro.

El jugo parecía sangre que rezumara de las piedras.

Ash se acercó un paso y se llevó los nudillos a la boca, sin poder apartar la vista del líquido que resbalaba por el muro.

Era sangre de verdad.

La torre estaba sangrando.

El sonido de los tambores se intensificó hasta producirle dolor de cabeza.

Sus ojos siguieron el lento descenso de la sangre hasta el suelo. Allí donde tocó la nieve, se levantó un denso vapor y tras él apareció una capa de verdor, unos brotes de hierba y, luego, una flor: el pequeño capullo amarillo de un ranúnculo. La capa de verdor, que surgía de una tierra en acelerado deshielo entre siseos y crepitaciones, se extendió como agua derramada: tréboles y albahacas, dientes de león y matas de violetas, radiantes florecillas silvestres... Inmediatamente después de esta primera vegetación empezaron a crecer los arbustos y unos arbolillos jóvenes, coronados de yemas y brotes tiernos que formaron hojas y las desplegaron a una velocidad sólo comparable a la de una película filmada a cámara rápida. La atmósfera se llenó con el repentino y embriagador aroma de la primavera.

Curar, recordó Ash. Eso era lo que Alver le había dicho que haría el fetiche de la granada. Curar la tierra.

Pero la torre... Visibles grietas recorrían el muro que tenía ante ella. El movimiento de las piedras resonaba como la capa de hielo de un río al resquebrajarse en primavera. De las profundidades de la tierra surgía ahora un ruido sordo. La torre osciló y una nube de polvo de roca llenó el aire.

Ash retrocedió lentamente, con los nervios atenazados por el miedo.

Entonces, con un estruendo como el seco crepitar de un trueno, las piedras que había golpeado con el fetiche se derrumbaron. Durante unos momentos, a Ash se le nubló la vista. Cuando volvió a enfocarla, Ya-wau-tse había aparecido entre los cascotes, envuelta en polvo.

La mujer-espíritu tenía las facciones aún más ajadas y llenas de arrugas que en su anterior encuentro y, al observarlas, Ash evocó automáticamente la fotografía de un cadáver momificado que había visto en un número del Natíonal Geograpbic. Era como si todo el líquido contenido en su carne estuviera evaporándose. En sus ojos flameaban unas luces

amenazadoras. Aún tenía el sapo en una mano y, con la otra, blandía el báculo en dirección a la muchacha.

-¿Qué has hecho? -exclamó a gritos Ya-wau-tse.

Una sensación gélida atenazó el pecho de Ash, le congeló el aire en los pulmones, detuvo su corazón y le heló de tal modo los tuétanos que tuvo la impresión de que los huesos se le rompían en mil pedazos.

-Yo..., yo...

No podía hablar. Apenas era capaz de articular sonido alguno. Todo estaba envuelto en una tenue bruma de escarcha y hielo.

-Chiquilla perversa -masculló la mujer-espíritu-. Te voy a hacer...

-No vas a hacer nada -intervino una nueva voz.

Ya-wau-tse volvió lentamente la cabeza y fijó la mirada más allá de Ash. Tan pronto como apartó la vista de la muchacha, ésta descubrió que podía moverse otra vez. Con jadeos entrecortados, llevó aire a sus torturados pulmones mientras se abrazaba a sí misma con brazos temblorosos. Muy despacio, se volvió para ver quién había interrumpido la amenaza de la mujer-espíritu.

Y descubrió al responsable del rumor de tambores que había estado escuchando.

Formando un semicírculo en torno a ella y a Ya-wautse había aparecido un grupo de gente; al menos, por tal la tomó Ash en un primer momento. Gente vestida con blusas y pantalones de cuero, tanto hombres como mujeres. Diversos adornos de abalorios y cuentas decoraban sus bandoleras, las bolsas de amuletos que colgaban de sus cintos y los propios cintos.

Y todos llevaban máscaras.

Había un zorro con un tocado de plumas. Un oso con trenzas entrecanas. Un cuervo con una cinta de abalorios en la frente. Una tortuga con un pañuelo de brillantes colores en la cabeza, como los de las viejas italianas de Foxville. Una rana arborícola de piel moteada de verde y amarillo con un gran sombrero negro de ala ancha. Un halcón con una cornamenta de ciervo. Un ratón con un casquete de cuentas de cristal. Un barbo, una liebre, un alce...

Y un lobo con una corona de brezo.

-No tenéis derecho a intervenir en esto -dijo Yawau-tse a los recién llegados.

-Ella nos ha dado el derecho -replicó la mujer-oso.

-Ella nos ha llamado añadió el hombre-zorro.

Ash reprimió una exclamación de sorpresa.

Lo que estaba viendo no eran unas máscaras ingeniosas y elaboradas, sino las cabezas auténticas de aquellos seres.

-¿Qué... quiénes sois? -preguntó con una vocecilla curiosa.

Soñadores -respondió la mujer-ratón.

-Nosotros llenamos el reino de los espíritus con nuestros sueños -añadió el hombre-sapo.

-Y mostramos sus Ruedas a los soñadores terció el hombre-cuervo.

Sus voces provocaron en la cabeza de Ash el mismo zumbido que la de Ya-wau-tse, pero la muchacha no percibió peligro alguno en aquellos seres entre animales y humanos. Los contempló con asombro y placer, se fijó en los tambores colgados de sus cintos y observó los dedos que los golpeaban primero un tamborilero, luego otro-

-Sois..., sois tótems, ¿verdad? -apuntó.

La mujer-lobo inclinó la cabeza con gesto grave.

-Nosotros guiamos -dijo.

-Nosotros vigilamos -añadió el hombre-halcón.

-Nosotros soñamos -terció la mujer-alce.

-Vosotros os entrometéis -intervino Ya-wau-tse.

-No -replicó el hombre-barbo-. Sólo estamos aquí para darte la despedida en tu viaje largo tiempo aplazado.

-Y para asegurarnos de que no llevas contigo a aquellos cuyo tiempo todavía no ha llegado -declaró el hombre-tortuga.

-No voy a hacer ningún viaje -les aseguró Ya-wau-tse.

Contémplate -le contestó la mujer-liebre.

El proceso de momificación había continuado mientras hablaban. La carne de Ya-wau-tse sólo era ya una piel marchita adherida a sus huesos, los ojos eran dos profundos huecos y sus labios habían enflaquecido hasta el punto de desaparecer. Pero aún sostenía en alto a Nina con una mano esquelética.

-Ella me renovará -proclamó.

Sostuvo al sapo a la altura de la frente, apretó al pequeño animal contra su piel cuarteada e inició un cántico. Los dedos de los extraños seres batieron sus tambores y de éstos surgió una música, majestuosa y al tiempo alegre, cuyo ritmo contrarrestó el canto de Ya-wau-tse diluyendo su poder, difuminándolo.

De pronto, el aire volvía a ser cálido y las llanuras estaban radiantes de verdor. La torre había quedado reducida a un montón de piedras apiladas, como un enorme hito, detrás de la marchita mujer-espíritu.

-Me estáis matando -murmuró Ya-wau-tse.

La mujer-lobo movió la cabeza.

-Nada de eso. Sólo es tu Rueda, que vuelve a girar deprisa, deprisa, para recuperar todos los años que has hurtado al tiempo que te correspondía.

-Pero tu momento llegará otra vez -añadió el hombre-halcón.

-Entonces ya no seré la misma.

-¿Y por qué ibas a serlo? -replicó la mujer-liebre con una ligera risa-. Ya has agotado esta Rueda y es hora de que montes en otra.

-Yo...

Pero Ya-wau-tse no pudo seguir hablando. La carne re-seca que sostenía su mandíbula cedió y el hueso cayó al suelo. Ash contempló, horrorizada y temblorosa, cómo el resto de la mujer se convertía en un amasijo de polvo y huesos que se derrumbaba sobre la verde tierra. El hombre-barbo cogió al vuelo a Nina antes de que se estrellara contra el suelo y se la entregó a Ash con un gesto solemne. El hombre-tortuga recogió el báculo de Ya-wau-tse y lo rompió en dos ayudándose de la rodilla. Después, clavó ambas mitades en el suelo, con los extremos astillados hacia abajo. Cuando se retiró unos pasos, las dos varas empezaron a desarrollar una maraña de ramas rebosantes de brotes tiernos.

-Adiós, hermana -murmuró el hombre-sapo.

Con sumo cuidado, Ash sostuvo en la palma de la mano al pequeño animal que era su prima.

-Entonces... ¿esto era todo lo que tenía que hacer?-preguntó-. ¿Sólo tenía que romper la granada?

-No. El fetiche era un catalizador -explicó la mujer-ratón-, pero necesitaba un sacrificio para poder ser efectivo.

-Primero, tú tenías que morir -añadió el hombre-cuervo ante la mirada de desconcierto de Ash.

-Pero yo... nunca...

-¿Aún sigues siendo la misma que eras? -preguntó la mujer-lobo con suavidad. Ash movió lentamente la cabeza en gesto de negativa.

-Pues eso -dijo el hombre-tortuga-. ¿Lo entiendes ahora?

-¿Mi... mi viejo yo... ha muerto? ¿Y... y ahora soy otra persona distinta?

-Exacto.

Pero... -Ash frunció el entrecejo-, esto parece demasiado fácil...

-¿Lo ha sido, realmente? inquirió la mujer-lobo.

Ash volvió a mover la cabeza. No. Los cambios que había experimentado en su interior habían sido cualquier cosa menos fáciles.

-Y la tarea se hará todavía más ardua -apuntó la mujer-liebre, pues ahora debes mantener lo que hace tan poco has conseguido.

¿Te refieres a ser buena con los demás y hacer lo que me dicen y esas cosas?

El hombre-barbo hizo un gesto de negativa.

-No. Sólo sé honrada contigo misma. Todo lo demás de valor te llegará a partir de esto.

Sal a recibir con alegría los días futuros, en lugar de esperar a que ellos vengan a ti -añadió el hombre-halcón . De lo contrario, te convertirás en lo que Ya-wautse apuntó acertadamente: en lo mismo que ella. Pero tú te marchitarías antes de tu hora, en lugar de mucho después.

Ash pasó suavemente un dedo por el lomo del sapo, admirado de la finura de su piel. Desde el ancho rostro de la criatura, los ojos de Nina le devolvieron la mirada, llenos de confianza.

¿Puedo..., puedo hablar con mi madre? -preguntó Ash.

-No está aquí respondió la mujer-oso-. Ya ha montado en una nueva Rueda.

Ash intentó ocultar su decepción, pero notó un nudo en la garganta y tuvo que apartar la mirada para disimular el brillo de las lágrimas, a punto de saltarle de los ojos.

Alégrate -dijo suavemente la mujer-ratón.

Ash alzó la vista. A través del velo de sus lágrimas, aquellos seres mitad humanos y mitad animales parecían otras tantas figuras oníricas. Irreales.

-¿Alegrarme?

El hombre-tortuga asintió.

-La canción de tu madre no tiene fin, muchacha. Todos, tu pueblo y el mío, formamos parte de la misma canción. Esa canción continúa eternamente. Nuestras características individuales siempre formarán parte de ella, no importa en qué Rueda nos hallemos.

-Entonces, mi madre... ¿está bien?

-Por supuesto que sí -le aseguró la mujer-lobo-. El dolor sólo existe para los que se quedan. Deshazte de tu pena. Recuerda a tu madre con alegría, con gran alegría, pero sacúdete de encima su influencia.

Ash asintió lentamente. Después, durante un largo rato, nadie dijo nada y sólo se escuchó el sonido de los tambores. Ash dejó que sus latidos se acompasaran al ritmo de aquellos hasta que la desesperación que sentía por dentro empezó a calmarse un poco.

-Supongo que ahora debo irme -murmuró-. Para llevar de vuelta a Nina. Todo esto debe de ser espantoso para ella.

-Ya no contestó el hombre-cuervo-. Ahora que Ya-wau-tse ha seguido su camino, ya no. Tu hermana es feliz ahora porque, en su forma totémica, ve el mundo y su lugar en él como son realmente.

Ash ni siquiera pensó en corregir al hombre-cuervo respecto a su parentesco con Nina. Se limitó a aceptar que eran medio hermanas, como debería haber hecho hacía anos.

-¿Y yo? ¿Tengo también un tótem?

-Búscalo respondió el hombre-sapo.

-En sueños -añadió la mujer-lobo, sacando algo de un bolsillo y colgándolo del brazalete de amuletos de Ash. Era un pequeño dije de plata que representaba una cabeza de lobo . Estaremos aquí para ayudarte a encontrarlo.

El sonido de los tambores bajó de intensidad. Ash se volvió y contempló, por primera vez en mucho rato, el lugar donde se hallaba. Las llanuras habían desaparecido y ella y los extraños seres se encontraban en un claro de bosque. A su alrededor, verdes y llenos de vida, estaban los árboles del bosque de Alver. La muchacha notó de nuevo la presencia de los espíritus arbóreos observando al grupo, pero en esta ocasión no captó en ellos rencor ni malicia, sino mera curiosidad.

Cuando se volvió otra vez hacia el grupo de seres mitad humanos y mitad animales, sus rasgos ya no estaban tan definidos como antes. Era como si empezaran a desvanecerse.

¿Por qué no detuvisteis a Ya-wau-tse vosotros mismos? -preguntó.

¿A Ya-wau-tse? -repitió el hombre-zorro. Ash asintió.

-No nos correspondía a nosotros hacerlo -explicó la mujer-liebre-. Cuando los humanos se entrometen con los manitús, tienen que asumir la responsabilidad de sus actos.

Nosotros sólo podemos observar -dijo la mujer-alce.

Y esperar -apuntó el hombre-cuervo.

Sus voces se hacían cada vez más distantes y Ash ya podía ver a través de sus cuerpos.

-¿Lusewen es una de vosotros? -se apresuró a preguntar. Había tantas cosas que necesitaba saber...

No contestó el hombre-barbo.

-Pero es una querida amiga nuestra -añadió la mujer-lobo.

El grupo casi había desaparecido ya. Sólo quedaban unas siluetas borrosas, fantasmales.

-¿Volveré a veros? gritó Ash.

Las siluetas desaparecieron por completo. El débil sonido de los tambores respondió a su pregunta y continuó apagándose hasta hacerse inaudible. Pero en su ritmo dejó una promesa.

Ash contempló el sapo que tenía en la mano.

-Bueno, es hora de volver a casa -dijo. Se sentía eufórica y capaz de cualquier cosa-. ¿Que cómo vamos a hacerlo? -preguntó a Nina sin esperar respuesta-. Observa.

Colocó el sapo en el suelo y se quitó la chaqueta de piel, dejándola caer sobre la hierba. Después se sentó para quitarse los pantalones y las botas. En comparación con el clima que reinaba allí cuando Ya-wau-tse dominaba el territorio, hacía un calor bochornoso. La muchacha hizo materializarse el tipi con uno de los amuletos, guardó en su interior la ropa de invierno y volvió a colgar el dije en

el brazalete. Tras repasar los restantes amuletos de éste, Ash descubrió por fin uno que estaba segura de encontrar: un pequeño grabado en plata de una casa de Lower Crowsea, incluido un patio trasero del tamaño de un sello de correos. Descolgó el amuleto del brazalete, recogió del suelo a Nina y se puso en pie.

-Allá vamos -dijo.

Pero antes de que pudiera arrojar el amuleto al suelo y despertar su hechizo, una figura apareció de entre los árboles al otro extremo del claro.

Alver.

Esta vez no blandía ninguna navaja, pero sus ojos conservaban aquel brillo desquiciado del mundo de los espíritus.

-Sólo quería... darte las gracias -empezó a decir.

Ash lo miró largo rato, tratando de sentir cólera por lo que había estado a punto de hacerle. Pero sus esfuerzos fueron vanos.

-Está bien dijo al fin.

Acto seguido, arrojó el amuleto al suelo.

Ante ella apareció al instante la parte de atrás de la casa de sus tíos. Estaba en el patio trasero. Agachándose, dejó suelto al sapo. El pequeño animal alzó el rostro hacia ella, con los ojos de Nina aún presentes, y la contempló durante un largo momento, tras el cual volvió a ser un simple sapo. Ash, aún en cuclillas, dio media vuelta sobre sus talones para observar cómo se alejaba a saltos. Después, muy despacio, se incorporó y contempló la pared de la casa.

Era hora de entrar.

Era hora de que la nueva Ash iniciara su nueva vida.

Llegó hasta el hueco de la puerta del salón y se detuvo allí a observar la escena. Sus tíos rodeaban a Nina dando rienda suelta a sus emociones. Tía Gwen abrazaba a su hija entre lágrimas; tío John parecía a punto de llorar. En el salón estaba también una de las amigas de Nina

-Ash no recordaba su nombre-, sentada en una silla con una expresión feliz y, al mismo tiempo, aturdida. Cassie y Huesos también se encontraban allí, tan contagiados de

entusiasmo por el milagroso regreso de Nina como el resto de los presentes.

Había cosas que nunca cambiarían.

Todo el mundo prestaba atención a Nina. Como siempre.

Ash notó que la determinación que tanto esfuerzo le había costado adquirir en el mundo de los espíritus se tambaleaba y, finalmente, se desmoronaba.

Mientras daba media vuelta con la intención de abandonar la casa otra vez, se preguntó si alguien habría llegado a echarla en falta.

Nina

Ashley! -exclamó Nina.

Para Nina, todo lo que acababa de vivir en el mundo de los espíritus era como otro de sus extraños sueños: recordaba lo sucedido, pero sólo lejanamente. Como si le hubiera sucedido a otra persona. La experiencia ya le parecía remota y perdida en el tiempo.

Salvo la figura de Ya-wau-tse.

Y la presencia de Ashley, que había estado dispuesta a darlo todo por ella.

El recuerdo hizo que Nina se sintiera fatal por el modo como había tratado a su prima.

Vio titubear a Ashley en el quicio de la puerta. Todo el resto de los presentes pareció moverse como a cámara lenta y, durante un largo e interminable instante, el mundo quedó reducido a ella y Ashley. El entendimiento que circuló entre ellas hablaba un idioma que nunca podría expresarse en palabras. A continuación, se organizó un revuelo cuando sus padres corrieron a preocuparse por Ashley. Gwen la estrechó contra su pecho mientras John las rodeaba a ambas con sus brazos.

Por una vez, Nina no sintió ni un ápice de celos.

-¡Ah!,nos tenías tan asustados -decía la madre-. No vuelvas a hacerlo nunca, ¿me lo prometes, Ashley? Si te sientes desgraciada por algo, cuéntanoslo primero. No te escapes.

-No me escapé -contestó Ashley-. Se me llevaron.

-¿Qué sucedió? -quiso saber John.

Cuando éste y Gwen le dieron ocasión, fue el turno de Cassie de abrazar a Ash.

-¡Vaya si nos has tenido preocupados, muchacha! -le dijo.

Y, a continuación, el tiempo pasó como un soplo mientras cada cual explicaba lo que le había sucedido aquella noche. Se estableció entre todos una corriente de simpatía y franqueza -como si todos fueran amigos, en lugar de adolescentes y adultos, de padres e hijas-; únicamente Ashley se calló la manera en que había salvado a Nina. Al relatarlo, hizo que sonara como si lo hubieran hecho los manitús. Y no mencionó el brazalete de amuletos que llevaba en la muñeca izquierda. Pero Nina sabía de qué se trataba. Su animal tótem seguía vivo dentro de ella y le permitía ver el mundo con nuevos ojos. Podía establecer relaciones entre hechos aparentemente inconexos como jamás habría creído que haría.

Sabía que el brazalete era mágico.

Igual que sabía que ella y Ashley, pese a ser sólo primas, estaban tan unidas como lo habían estado sus madres.

-¿Amigas? -dijo a su prima cuando finalizaron las explicaciones. Ella y Ashley estaban sentadas en el sofá con Judy entre ambas. Nina se inclinó hacia Judy y le pasó un brazo por los hombros mientras ofrecía el otro a Ashley.

-Amigas -respondió Ashley, tomándole la mano.

-Las cosas van a cambiar -dijo Nina.

-Pues espero que empieces por esos cabellos -replicó su prima.

Librodot

-¿Qué le pasa a mi pelo?

-Necesita un cambio de estilo total. De verdad. Ese flequillo tiene que desaparecer.

-Tal vez tenga razón -intervino Judy.

-¡Vaya, muchas gracias! ¿Os vais a poner todos contra mí?

-Ash sólo está de broma -dijo Judy-, ¿verdad? Ashley se encogió de hombros.

-Tal vez...

Pero en sus ojos había un brillo desconcertante.

-Muy bien, ¿qué hay, entonces, de esa chaqueta tuya?

-contraatacó Nina.

¿Qué le pasa a mi chaqueta?

¿Que qué le pasa? ¿Dónde vas con todos esos parches de conjuntos de heavy?

Los padres de Nina estaban sentados con Cassie y Huesos al otro extremo del salón, pendientes de la conversación. La adivinadora y su amigo, el chamán, asistían divertidos al diálogo de las muchachas, pero Gwen frunció el entrecejo de preocupación.

Pensaba que por fin iban a hacerse amigas -comentó-, pero ya las oís...

-Quizá sea mejor que te decidas a considerarlas hermanas dijo Cassie.

John asintió y cogió de la mano a su esposa.

Me decidiré a ello cualquier día.

Huesos les miró y sentenció:

-Me temo que no vais a tener más remedio.

Ash

El lunes siguiente por la tarde, a la salida de clases, Ash y Nina acudieron juntas a una de las salas de lectura de la biblioteca de la Universidad Butler para consultar un diccionario córnico-inglés, inglés-córnico.

-¿Qué te hace pensar que vas a encontrar algo ahí?

-quiso saber Nina.

El modo en que la mujer me dijo su nombre -respondió Ash, recorriendo con el dedo una página del diccionario . En realidad, no me dijo que su nombre fuera Lusewen, sino que podía llamarla así. Tiene que haber una razón para que escogiera ese nombre, pues las dos aves que la acompañaban tenían nombres que significaban algo.

-Pero, ¿por qué estás tan segura de que Lusewen es una palabra del idioma de Cornualles?

-Porque yo nací en esa región y porque los nombres de sus aves eran palabras cómicas.

Su dedo se detuvo a media página.

Lusewen.

En inglés, «Ash».

-Tu nombre -dijo Nina mientras se inclinaba hacia adelante para leer lo que su prima estaba señalando.

-Sí -respondió Ash-, pero ¿qué significa?

La muchacha dejó que su mirada vagara por la biblioteca sin advertir siquiera las largas estanterías repletas de volúmenes ni la presencia de los estudiantes que preparaban sus tesis.

¿Qué significaba aquello?

«Ash» era, en efecto, la abreviatura de su nombre.

Pero sus extensas lecturas sobre diversas tradiciones místéricas sugerían otros significados; unos significados más esotéricos, más... sugerentes de lo que Lusewen representaba para ella.

En inglés, «Ash» era también «ceniza», lo que deja el fuego una vez ha quemado por completo un objeto; un claro símbolo de la naturaleza transitoria de la vida humana. O, como diría un manitú, un recordatorio de la Rueda vital de cada individuo, cíclica como las estaciones del año. La duración de una vida podía parecer breve, pero siempre volvía al punto de partida.

Otra acepción de «Ash» en inglés era «fresno», el árbol que servía de vínculo entre los mundos interior y exterior en la mitología druida. Yggdrasil, el Arbol Mundo del que colgó Woden para obtener su iluminación. En el alfabeto ogham de los druidas, Gwidion tomó el lugar de Woden y, con él, los misterios se hicieron más insondables. Para los druidas, que lo denominaron Nuin, este árbol conectaba los tres círculos de la existencia, que unos denominaban pasado, presente y futuro, y otros llamaban confusión, equilibrio y fuerza creativa.

Círculos. Ruedas.

¿Dónde dejaba todo aquello a Lusewen?

Nosotros llenamos el mundo de los espíritus con nuestros sueños, le había dicho a Ash el manitú.

¿Significaba eso que los propios manitús habían creado a Lusewen para que le sirviera de guía, o acaso Lusewen era la persona en la que Ash podía convertirse con el paso del tiempo?

Yo soy quien tú podrías ser, había respondido Lusewen la última vez que Ash le había preguntado quién era.

-¿Ash?

La muchacha parpadeó y volvió la vista hacía su prima.

-Parecías estar a muchos kilómetros de aquí -comentó Nina.

-Lo estaba.

Le contó a Nina lo que había estado pensando, satisfecha con el sencillo placer de tener a alguien con quien compartir un asunto como aquél; alguien de su misma edad, en quien podía confiar.

-¿Significa eso que tu tótem es un fresno? -preguntó Nina cuando hubo terminado la explicación-. ¿Es posible, siquiera, una cosa así?

No lo sé.

-¿Y cómo podríamos averiguarlo con certeza? -quiso saber Nina.

Ash tardó un buen rato en contestar. Primero, se puso a jugar distraídamente con los dijes del brazalete que Lusewen le había regalado; después, pensó en la granada.

Definitivamente, decidió, iba a tener que dedicarse a la orfebrería en plata.

-Sólo hay un modo de descubrirlo.

Encontraron a Huesos en el parque Fitzhenry, leyéndole el futuro a una turista. Las dos muchachas esperaron en las proximidades, observando la caída de los huesecillos y el gesto delicado con el que los dedos del chamán trazaban sus dibujos en el aire encima de las tabas. Cuando la consulta terminó y la turista se hubo alejado tras expresar su satisfacción en forma de un billete de diez dólares que depositó en el cuenco de madera que Huesos tenía junto a sus rodillas, el indio se volvió hacia ellas.

-¡Eh, hola...!

Sus ojos volvían a presentar aquella expresión burlona, aquellas llamitas desquiciadas y vivaces en sus oscuras profundidades.

-¿Habéis venido para oír hablar a los espíritus a través de mí? -añadió con una sonrisa.

Ash movió la cabeza en gesto de negativa.

-Lo que queremos es que nos enseñes a recorrer el mundo de los espíritus -respondió.